



Francisco Serrano

Música que
cuenta el tiempo
Poesía reunida

FRANCISCO SERRANO

MÚSICA QUE CUENTA EL TIEMPO

Poesía reunida

2022

A PATRICIA

Reúno en este volumen una parte significativa de los poemas que he escrito a lo largo de más de 40 años. Descarté lo anterior a 1980, convencido de que no eran más ensayos y balbuceos. De lo que incluyo, he procurado atenuar sus excesos. Sé que no existen las versiones definitivas, y aunque podemos pasarnos la vida rehaciendo nuestros versos en busca de una perfección inalcanzable, al final tenemos que resignarnos y aceptar el resultado. Lo que queda con todo da cuenta de quiénes hemos sido, qué hemos querido y, sin excusa, lo que hemos sido capaces de lograr. Ordené los poemas cronológicamente, de modo que su lectura refleje cómo, desde y hacia dónde se ha desarrollado mi poesía. En todo caso, he procurado incluir lo que considero representativo de cada una de las distintas etapas de escritura.

El lector percibirá una diversidad de estilos, tonos, modos y tesituras que, creo, caracterizan mi trabajo. El *Libro de hexaedros*, por ejemplo, es el primer movimiento de una pieza de poesía estocástica, *La rosa de Ariadna* es un poema dramático sobre el que se compuso una ópera, *Satán en Varanasi* es un poemario de viaje y *Música que cuenta el tiempo* una colección de sonetos. No es una antología ni un volumen de poemas escogidos; se trata de una selección de algunos de los libros que he publicado y de los poemas que he continuado escribiendo, muchos inéditos. Excluí de esta compilación varios poemas en prosa, un par de poemas dramáticos, varios otros textos experimentales y numerosos poemas sueltos, sin relación ni formal ni temática con otras colecciones.

Un poema no es confesión ni testimonio: es un artificio verbal cuyo valor es esencialmente lingüístico. La poesía es introspección pero es también descripción, mejor dicho, es recreación del mundo, una recreación verbal que al proponer una pieza de lenguaje, un entramado de relaciones significantes, crea vínculos nuevos entre la realidad enunciada y quien la percibe.

I can't get no satisfaction. Queda sólo la aceptación de lo definitivo. Lo que los eventuales (y espero que indulgentes) lectores de este libro encontrarán al asomarse a sus páginas, pese a sus imperfecciones y carencias, es la versión de uno deslumbrado con algunas de las más incitantes creaciones, inquietudes, paradojas, certezas e incertidumbres de nuestro tiempo.

TEATRO DE SOMBRAS

(1981)

POEMA DEL ALBA

1

AL ALBA

los objetos adquieren un contorno difuso:
un fino temblor los recorre,
una imperceptible agitación
pulsando a través de sus líneas.
Conforme emergen de la sombra, las cosas
se precipitan en otra zona de oscuridad,
no física sino interior,
que las deja en una relación ambigua
respecto de sí mismas.
La marejada nocturna las deposita
chorreando sombra: todavía
bañadas en el torpor del principio
a la orilla de la forma,
y las cosas no se reconocen.
Pareciera que al perder la sombra
perdieran el nombre,
que volviendo de lo anónimo
quedaran momentáneamente transfiguradas.

¿Son o no son eso que parecen las cosas
cuando vibran traspasadas por la luz del alba?
Como si la noche las hubiera dejado vacías de significado,
como si algo en ellas se desvaneciera al romperse la sombra,
por un instante las cosas no están en sí.
A punto de ser ellas mismas, vacilan
en el umbral de lo indistinguible,
tiemblan en el temor de la disolución:
Identidades que la noche ha socavado.

2

Las cosas emergen y salen de la noche atónitas.
En la aterida claridad, inermes,
expulsadas de su lecho de sombra,
las cosas penosamente
tiritan y se abandonan a la incipiente
realidad que las desborda.

Detenidas a la deriva de su propia sustancia
 las cosas fluyen hacia adentro, inmóviles,
 recuperando al perder la finitud que nos permite
 fijarlas como objetos.

¿De dónde vienen las cosas?
 Bajo la luz del alba el mundo se deshace:
 se abren las puertas del amanecer
 y una inminencia de abismo
 arroja sobre el mundo su vaho,
 su inaprensible horror;
 como si en torno a cada objeto
 se abriera un espacio de aniquilación.

Cada mañana el mundo repite,
 sin vergüenza, sin tedio,
 la unánime caída inicial.

Ánimas en pena, las cosas, ausentes de sí,
 andan en busca de su mutilada unidad:
 restos de una voracidad antigua
 quebrando la opacidad de lo cierto.

Aquí o en ninguna parte están las cosas.
 Rumor de contigüidad.

Soltando amarras en la orilla de lo desemejante
 a contra sombra las cosas recuperan su forma;
 la masa de oscuridad, al retirarse,
 desbarata y reintegra la huella que las ata a la memoria,
 esa ausencia del cuerpo.
 Las cosas pierden peso cuando cuajan
 en el perplejo espejo de lo distinto.
 No el sueño sino el alba prefigura a la muerte.

5

La luz planta sus pabellones
en la piscina refinada y difícil
de lo conocido.
Todo está en su sitio.

6

Un viento de incertidumbre
agita la zona del nombre.
Al alba el mundo ve a otra parte.
¿A dónde va el mundo al alba?
Porque se abre una fisura entre la imagen
y el cuerpo del objeto, entre la forma
y la figura de su representación...

Uno elige sus formas, las identifica;
se afirma en ellas, respira tranquilo:
miseria de la percepción.
Vemos y creemos.
Interponemos entre la realidad
y nuestra facultad de aprehenderla
aquello que llamamos "lo cierto".

Las apariencias se borran:
sólo queda la desnuda delicia
de la idea de la forma.
Poco a poco las cosas,
las sombras buscan sus nombres.
Las formas buscan su disolución.

POEMA DEL FINO AMOR

1

ES CIERTO: todo podría recuperar su deslumbrado mecanismo,
sus ademanes de lluvia coronando el verano,
pero no se trataría más que de una simulación,
de una ambigua manera de intentar de otro modo lo mismo.
Porque ya las cosas derivan hacia su propio abandono:
también su ruido atraviesa nuestra zona de sombra,
fiel substancia que se altera al cumplirse.
Una respiración de metales en el ruido visible.
Mi amor va y viene por sus sitios más finos,
hablando de la luna y la lluvia,
cantando en una lengua enjoyada.
Está en esa sensación sorprendida
de preguntas que no hallaron respuesta,
en el peso de briznas que se vuelan en las alas del aire.
Mi amor va y viene por sus suaves sentidos:
su cuerpo ondula y brilla en el aire como un río.
Hay un silencio, hay un rumor de grillos, hay una estatua
que diluye su sombra en las aguas de un estanque clarísimo.
Mi amor va y viene cantando en el aire repartido.
(Yo estoy de pie en la extremidad más codiciosa del deseo.)

2

La que tiene una estrella de cinco puntas en el seno derecho,
que está sentada sobre las aguas,
la que conoce todas las palabras
y sabe mirar hacia adentro,
la que siembra sobre las aguas,
abre dejadamente los dedos de su mano
y hace madurar el cuerpo de los astros en el fruto del día.
Llega una luna suave: tus palabras la tocan;
te despiertas en ella. Alzas
los párpados: su cuerpo
ha encarnado en tus labios.
Si ella abre los ojos
se encienden las galaxias,

si los cierra
retroceden siglos las delicias
en las provincias del alma.
Mi amor está en el mundo.
A una sonrisa suya se desbandan los pájaros.
El aire le abre paso cuando pasa.
Yegua blanca.

3

Tal vez llueve en un patio lejano.
La veo caminar por la calle, con la cabeza inclinada, triste
en el recuerdo azul de una tarde lavada por la lluvia:
bajo el paraguas, su claro rostro
se reflejaba en los nítidos charcos.
¿De qué fisura, de qué pliegue del tiempo
viene ahora a inquietarme esta fiebre?
Yo hubiera querido reinventar el rumor
de unas cuantas palabras dichas al alba, temblando,
recobrar *su aroma, su innumerable amor*,
volver a enredarme en sus hilos de plata,
empaparme con su vestido de agua;
aunque no se tratara más que de una saturación,
de una desesperada forma de corromper el olvido.
Porque querer recuperar los actos del pasado
es aferrarse a las sombras
y no saber nada
y andar como dormido.

4

Hay un lugar donde el futuro no reposa:
ahí la memoria erige sus pasillos de espejos.
La veo ahora en los jardines de una antigua hacienda
—restos de abolido esplendor:
jugaba con una rama de eucalipto entre las manos
y las hojas al moverse daban leve sombra a su cara.
Atrás las corvas raíces del amate
desgarraban
 lentísimas,

muros donde ardían
los *fuegos de artificio de la bugambilia*.
Un grito y otro y otro: zanates:
dispersa constelación de tizones errabundos.
Luego vendrían los dulces ojos de venado atónito,
sus modales de animal fino y ágil
mirando de soslayo:
la carne deslumbrada
disolviéndose
 en el húmedo asombramiento,
reconociéndose, reconociéndome,
volviendo del fondo del pantano del placer,
bordeando el litoral del desfallecimiento.
Desde otro sitio evoco
la transparencia de su mirada:
la carga entera del espíritu
abriéndose paso entre los tensos rumores de la carne
encendida.

5

Ha crecido un fermento de ausencia,
ese vaho fugitivo que sopla sobre la imagen de los muertos,
sobre los ateridos recuerdos.
Lo cubro cuidadosamente con algo de mí en lo que ella estaba:
he perfeccionado la forma de vendar esas pústulas.
Vuelven también pedazos de aquella diafanidad rota:
las llegadas en auto, las rápidas visitas,
el subrepticio amor acostándonos a escondidas de sus padres;
la primera vez, mientras reíamos, viendo el fuego
sin saber qué hacer con esa felicidad
súbita que nos traspasaba,
nos llenaba el corazón de una saliva...;
o perseguidos por un guardia en el bosque
que pretendía multarnos por *amorear*, ah sí,
suavemente bajo los pinos;
o frente al espejo cepillándose el pelo:
la suave-doble-oscura cascada cayendo, relampagueando en lo oscuro;
o al salir del baño, empapada:
trémulas escamas de plata esmaltaban su cuerpo...

La codicia de esos momentos consume
mi pensamiento: rescoldos de otros días:
colocaciones: sitios que el vacío deseo creó.
Y es cierto, podría hablar de esos modos, de aquella exaltación
de ademanes difíciles, de posturas suntuosas y deseables,
de miradas y entregas y repudios.
La codicia de esos momentos que se alza
entre mi voz y su imagen

6

Ven, ven, con tus terrores de niña y tus canciones árabes,
ven, con tus puentes colgantes, con tus pájaros desenlazados, ven,
con tus historias, con tus celebraciones,
escucha esta canción que recomienza
en los límites de la colmena del sueño:
déjame dejar constancia de la amenaza.
Pues no tendría sentido enarbolar estos diezmados frutos
si no fuera porque ya bajo las iluminadas redes de la lluvia
mi nombre resulta inhabitable: no me reconozco
y recorro mis huellas
como un viajero que ha perdido el camino
y avanza preguntando al primero que pasa;
como si alguna vez hubiéramos sido expulsados
quietamente de una memoria ajena.
Entonces recobro y disperso a la mujer que una vez fue mi mujer:
la veo alejarse, desmadejarse
entre los pliegues de esto que recibo
como si el recuerdo funcionara al revés,
como si evocarla fuera también una manera de deshacerme de ella.
Y la dejo, hundiéndose y ya para siempre
fija y ya serena...

LIBRO DE HEXAEDROS
(1982)

Los poemas de este libro interpretan, algunos muy libremente, las imágenes y significados de los sesenta y cuatro hexagramas del libro clásico chino *I Ching*, o *Yi King*, como prefieren otras versiones. Los versos esticomíticos (esto es, una sola palabra o frase ocupando un verso) que lo componen pueden combinarse entre sí para engendrar nuevos, y casi infinitos, textos. Corresponden a una pieza de poesía estocástica titulada *El cubo de los cambios*, que injiere el oráculo chino en el tiro de dados mallarmeano: cada poema ha sido inscrito en un cubo (en total son sesenta y cuatro cubos), a cada uno de cuyas caras corresponde un verso siguiendo un orden semejante a la disposición de las cifras en un dado. Estos cubos-dados pueden lanzarse para obtener cada vez distintas constelaciones de signos según la configuración que (in)determine el azar. La pieza original integra una síntesis gráfica de los hexagramas chinos hecha por el pintor Arnaldo Coen.

HACIA EL PRINCIPIO

En el comienzo
el silencio:
el hombre
crea
el lenguaje,
el fundamento.

ABNEGACIÓN

Con devoción
la tierra
sin límite
sustenta,
amable y firme,
una mujer.

ALUMBRAMIENTO

Dudando
el pensamiento
(ansia
del alba)
vibra
en la oscuridad.

VEINTE AÑOS

Ciegamente
te paras
al borde
del abismo.
Y de pronto
¿no hay salida?

CONFIANZA

Viene
la lluvia
refrescante.
Alégrate y confía:
todo llega a su tiempo.
ráfagas de claridad.

OPOSICIÓN

En el agua
se abisma
el cielo:
ondula
interminablemente
inmóvil.

BELIGERANCIA

Se
honra
quien
sabe que
no hay
guerra justa.

UNIDAD

Como un cántaro
comparte
el amor,
la amistad,
la paz
del mundo.

GENTILEZA

Con gentileza
incansable,
como el viento
acumula
la nube
flexible.

SOLIDARIDAD

La confraternidad:
luz
sobre el vacío,
se afirma,
dulce y fuerte,
en la diversidad.

TRAS LA HUELLA

Avanza
con cautela
impecable:
deja
muy poco
al azar.

ABUNDANCIA

Destaca
quien
emplea
la riqueza
a favor
del bien común.

PROSPERIDAD

Vuelve
la estación prodigiosa:
la sabiduría
procura
el apogeo
de la naturaleza.

MODESTIA

Es un hecho
innegable:
la grandeza
mengua,
prospera
lo modesto.

DETENCIÓN

Nada altera
el desastre:
la mañana
depara
la ilusión
de un principio.

ENTUSIASMO

El entusiasmo,
potente
como la semilla,
contiene,
imperceptible,
el movimiento.

ADHESIÓN

Acata
la norma,
igual que un guerrero
infatigable
descansa
en la noche.

CORRUPCIÓN

Rechaza
la corrupción:
suprime la afrenta
agitando
sin tregua
el espíritu.

PROXIMIDAD

Alegremente
se acerca
la primavera.
Profusión.
También
vendrá la muerte.

CONTEMPLACIÓN

Nuestra mirada
(el viento
sobre la hierba
sorprendente)
se anula
en lo que vemos.

DETERMINACIÓN

El juicio:
fogata de zarzas
en la aurora.
Bajo esta claridad
se disipa
el obstáculo.

GRACIA

La belleza:
verdor tenue
brillando,
enlaza
el contorno
más frágil.

SEPARACIÓN

Arrostra
imperturbable
el mal tiempo:
ya probarás
otra vez
su fruto.

VUELTA

Como el año
en el solsticio
se renueva,
regresa
el esplendor,
la certeza.

INOCENCIA

En estas líneas
el deseo,
no el fruto,
determina
la posesión
del cuerpo.

ACOPIO

El saber
implica
conocimiento
de la tradición:
la clara palabra
purifica.

NUTRICIÓN

Cultiva
el hambre:
te nutre,
como un tigre,
un deseo
insaciable.

DEMASÍA

La fuerza
ofrece
un tiempo
excepcional:
el triunfo,
tal vez...

SOBRE EL AGUA

Fluyendo,
como el agua
supera
todo obstáculo
y continúa
fiel a sí.

COMO EL FUEGO

La inteligencia,
como el fuego,
con avidez
se adhiere
y transforma
aquello que enciende.

SEDUCCIÓN

Desde
tu piel,
tu sueño
aviva
el curso
de la historia.

SEGUIMIENTO

El cambio
produce
un efecto
perdurable:
cambia
porque permanece.

RETIRADA

Llega
la oscuridad:
el invierno
muestra
inequívocamente
su fuerza.

SOBRE LA FAMILIA

Escribimos:
“La familia
sugiere
el orden”
(más bien
el horror).

SOBRE EL PODER

El poder,
como
el eje,
actúa
calladamente.
Tómalo en cuenta.

CONTRADICCIÓN

La alteridad
reconcilia,
esparciéndose,
la semejanza
que nos reúne
en la diversidad.

PROGRESO

Aquel
que comprende
progresas
trabajando
en compañía
capaz.

OCUPACIÓN

Se expande
y se recoge,
avanza
y retrocede,
la razón
—y no cesa.

OCASO

El crepúsculo,
punto último:
el tiempo
es la nada
en el interior
de la rueda.

LIBERACIÓN

Nada es
imprescindible:
utiliza
el medio
pertinente
hasta el fin.

DECADENCIA

Decae
sin remedio
el gobierno
que crece
a expensas
de un pueblo.

GANANCIA

Surge
una constelación
casual:
la pasión también
lanza
un tiro de dados.

RESOLUCIÓN

El agua
baja
hasta los labios.
La sed
sube
hasta tu frente.

ENCUENTRO

Una muchacha
codiciable
se ofrece
buscando
la influencia:
¿cómo resistir?

REUNIÓN

Sin duda
un vínculo
infame
une a la familia
irreprochable.
¿Qué se puede decir?

EXALTACIÓN

La voluntad,
semejante
a la planta,
asciende
de lo oscuro
a la plenitud.

OPRESIÓN

Uno
pone en juego
la vida:
su empeño
resiste
a la muerte.

EL POZO

Como
el pozo
cuya fuente
perdura,
la vida
es inagotable.

REVOLUCIÓN

La vaca
no vacila:
se convierte
en pantera
cuando llega
su día.

EL ATANOR

Un hombre
alcanza
el conocimiento:
como jade
de todos modos
se quiebra.

COMO EL TRUENO

Ríe
estrepitosamente,
como el trueno,
no obstante
se conmueve
y tiembla.

SANGRE FRÍA

La quietud
reposa
en el movimiento.
de tal modo,
cada cosa
a su tiempo.

AUGE

Una mirada
inventa
el espacio:
sobre la montaña
ya es visible
un árbol.

VIAJE DE BODAS

Diáfananamente
tu cuerpo
ha tomado
la forma
de tu sombra
bajo la luna.

PLENITUD

La luz
estalla
donde
no
brilla
el sol...

EL EXTRANJERO

No con odio,
con nostalgia,
hace frente
al exilio:
no conoce
el olvido.

EL VIENTO

Incesante,
tenaz,
con violencia
invisible
hace polvo
la piedra.

LA ALEGRÍA

La alegría:
muy grande
es
la virtud
de la alegría
sobre los hombres.

DISPERSIÓN

La dispersión
conduce
a la demasía.
sobre ello no piensa
regularmente
el hombre.

MODERACIÓN

Limita
tu fuerza:
domínate
para que
otra gente
te sufra.

SINCERIDAD

Alguien
llama;
alguien
comparte
la fortuna
contigo.

MINUCIA

Aun
el pájaro
que vuela más alto
puede caer
en la mano
del cazador.

CUMPLIMIENTO

Sin tristeza
arde
la brasa:
prevé
con precaución
que se extinga.

LA TRANSICIÓN

El futuro
no reposa,
radiante
como el sol
después
de una tormenta...

DERIVA

(1995)

De la vivaz Sibila los antros.

OVIDIO

1. Norte

DERIVA INAUGURAL

NO QUEDAN YA quelonios ni en la luna,
dramatizó

mirando la bahía.

Bellísima: mordía un trozo de pan.

La barca se meció.

Tenía un lunar en la barbilla

y otro en la nariz, como la Mutti.

Pardeaba.

Sus manos acariciaron las olas:

el terso lomo de delfín del agua

oscilante y turquesa.

Magnífica,

culiempinada

sobre el mar de Cortés.

¡Cómo resplandecía a esa hora

la lámina azulísima!

Madonna!

Dueña de la Consolación...

Sus pechos se transparentaban

a través de la blusa

de seda gris.

La quilla hozaba

mascando, triscando la espuma.

Un pájaro en la proa: dorsirrojo.

(El flanco de la peña, como en Cumas,
humeaba, quizá, como un augurio.)

Más allá están los Cabos

y bordeando radas y surgideros

la rugosa costa septentrional:

lomas erizadas de rocas,

piedras desparramadas,

amontonándose como las vértebras

de un cetáceo inmenso

sobre la arena deslumbrante.

Cristalizaciones, espuma petrificada.
En ese lugar nos tendimos.

Olas
reventando en el farallón.

(Cada siete segundos
aquí se levantan, emergen,
restallan retumbando
indomeñables lomos,
garras, monstruos bramantes,
mil toneladas de agua,
cada siete segundos
chocan

torbellinos de arena,
montes de espuma hirviente,
precipitaciones,

en las orillas
el esmeril del tiempo
royendo, bruñendo, luyendo,
los grandes pilares terrestres.
Taladro ágil del agua
en la piel de la piedra).

Rachas de coromuel rizaban sus cabellos,
ah, rizaban las altas palmas.
“Podríamos ir hasta el pueblo
para comprar algo de trigo moro,
uvas, flores de ciclamor.”
Sus palabras suenan a ensalmo.

Y gritó, en medio de la jungla
bajo la sombra de los plátanos,
en este simulacro del Edén,
junto a las garzas
y la mirada impenetrable
de los pelícanos.

Gritó,
aulló como una loba en celo,
como una pitonisa en el fondo de su antro.
Soñábamos con un dulzor de chicle en el manglar.

*Ay de mí,
la sal del mar en los labios
y en sus pechos recogí.*

Un tufo a brisa salobre
nos llegó de la dársena.

Altos cúmulos
como ópalos radiantes
agravaban un cielo de cinabrio.

Ay de mí...

2. Oeste

PALINODIA

¡VAYA SED, Eritrea!

Dime,
¿qué fue de estos parajes?
Escoriaciones, aftas:
un entorno pelado.

Llameaba
un cuerpo de mujer sobre la arena.
Tersa espalda de almizcle, tibio
regazo de durazno:

deleitabile
armonía de músculos.
Una trama translúcida
en cada pliegue expuesta al sol.

Hierba muy tenue: como en la falda
de una colina la vegetación
se concentra y espesa
al sentir cerca el agua
así se adensa, suave, el vello
en las inmediaciones de las ingles,
en los hormigueros de las axilas,
en el sombreado remolino de las sienes,
al alba, en la rosada claridad.
Junto al ojo resbala,

y trémula
flamea, esfera tornasol,
una gota
de perlado sudor.
Hay ojos en la gota: ella no ostenta
no, la menor imperfección.
Y en torno del oído,
junto a la tenue conca,
un claro rizo orna la hélice
y una fina pelusa
como un campo de trigo desde lejos
se irisa con la gota.

Pronto esa placidez
desaparecerá,
cuando se manifieste, atónito,
el intratable deseo de Dios.
Hasta entonces...

En el salón pentástilo,
bajo la gran panoplia en forma de oca,
acucillado

entre las sombras
bebí tu esmegma,
Talamasga:
el epitelio carbuncular,
la Grieta palpitando.
Como un caballo
me encendí
y tú, *potra de nácar*,
relinchabas
poseída: el furor
adivinatorio ¿qué, iría
a hacer presa de ti?

Desmelenada,
el pecho palpitante...

(Después, la zagala se zafa,
furibunda, y en su sulfuración
defenestrada, cual la fémina
del malogrado Cabestán.

y luego ¡Cataplás!:
a la piscina).
Santo y seña:
el espinazo
le tronó al caer al agua.
como si fuera
el animal más dulce y más sencillo.

Ni ninfa o náyade,
aunque
en su intensidad
calectasia.
Casi desnuda.

Y luego
vinieron las estrellas.

3. Sur

THE VISION QUEST

*Que hacían sacrificios con su propia sangre... se sajaban partes de su cuerpos...
se agujereaban las lenguas, al soslayo... con grandísimo dolor.*

FRAY DIEGO DE LANDA

ATACADA, Mirreina, de talalgia,
rengueas
trepando el graderío.
En torno
zumban
moscas de panza verdinegra,
tornasoladas,
gordas como un limón.
"Lo que me faltaba — dijiste — ,
una neuralgia jija".
Ajá,
y miras por dónde continuar.
Cuelga un tapiz de fucsias junto al muro;
hay flores, blancas y amargas,
orquídeas,

troncos como raíces,
lianas y plantas trepadoras.
El arco sin sombraje.
'Aquí esta estela
 cifró el fasto del sol',
declina el guía.
Casuarinas, helechos.
Sopor de tierra tórrida.

*(Fumando sin parar,
los ojos bizcos,
 el Huinich
enjoyado,
 con tocas de quetzal,
miraba periféricamente
bajo los parasoles dignatarios.
Sacerdotes y nobles en las escalinatas,
y al pie todo el pueblo ávido.
Bajo el sol, ante los pórticos colmados
de cifras y onomásticos sinuosos,
con una espina pícea
se pincha el sacro glande.*

Aclamaciones.

*La Reina entonces, de rodillas,
se perfora la lengua y la atraviesa
con un cordel de esparto.
¡Sangre, savia solar,
reclamo de la vida
para atraer las lluvias!*

Preciadísimas

gotas que un pontífice junta.

Y luego

*en el barreño ardiendo
tintos los papeles ceremoniales:
el humo hacia los astros).
¿Viste? Allí... Haz una foto.
y un escarabajo en el piso
calcáreo
 empujaba
su bolita, prodigiosamente...*

4. Este

DESEO DE DIOS

Y ESTOS son testimonios
de la oronda Extranjera:
En el umbral del templo,
frente a la escalinata,
al sesgo, —talamasga al fin —,
Agawewein, agawewein!
repitió,
 como si fuera un conjuro,
y luego con fruición
fundente empinó el codo.

El nepente le había inoculado ánimos.
Recordaba el fervor
extático con que libaba
y liaba con cualquiera
en las anchas mesas sacramentales,
en la neomenia, al retornar Venus.
De su vivencia evidenciaba
qué voluble acrimonia la vicaria.
¿Tendrá algún pico córneo, como pulpo?

Con sibilas así mejor ni verla
ni temerla.

 Que los dioses impidan
cualquier acercamiento con tal saga,
que hagan que pierda la cabeza
y que arrojen su fiambre, poseída,
a las cariadas sombras de los vivos
o de plano destacen
su bien formados miembros
y que se dispongan a comulgar.

(No vendrás a decirme
que las cosas futuras
están abiertas para ti.
No podría creerte,
aunque te perforaras

la lengua con diez mil esparadrapos.
El frenesí, anhelante,
no se consigue así nomás).

Arriba, como tropos,
las estrellas
rodando, ávidos dados.

Y la mar
que fluía: ofidio sibilante,
recamada de espumas y de encajes,
rezumante de púrpura
retomando su graciosa espiral
a ultranza: aquella trama
que arropara al señor
prolijo de la aurora.
y tanta turba túrpida
evocando su arrebató y su pérdida.

Hogueras en el este
rememoran sus giros.

5. Centro

FRAUENGESTALT

“ALCÁNZAME el pocillo”,
susurró el Oficiante
(arrastraba las eses)
viendo ascender sinuosas,
erráticas volutas
como torso de víbora
ondulando en la boca del cazo:
vapor de la tizana: de pisate.

Francachela finisecular.
Alza
tu vaso y mírame: tú, turnia,
si bien no estrábica, como cabal
matrona cakchiquel,
ni lene, lerda o luida,

ni contumaz en tus deprecaciones,
sino solícita, sentada ahí.

“Es tiempo de pedir los dados”, gritas
sin dolo y sin ambages
(¿los dados o los hados?),
y es cosa de esperar
a que el arrobo alcance el punto,
culmen de tu entusiasta frenesí,
y a que el furor extático
tuerza tu cara y te extravíe
como a la horrenda Herofilea.

“Los viejos no caducan”,
decía susurrando el senecto asistente,
visiblemente beodo ya ¡Zas!
¡Salud, piérdele el miedo!

Y repartía
un brebaje espumoso que servía
de una jarra con pico de zacuán,
mientras un compadrito
carilampiño hinchaba una ocarina
y una joven nativa y rubicunda
sonaba las sonajas.
(El grupacho tenía, qué duda cabe, ritmo.)

¡Ah jijo!,
y el ancestro incorporado
inopinadamente, hacía estragos,
mientras el Oferente, entre columnas
de ondeante humo, computaba
su registro de cifras, onomásticos,
retornos, cálculos: los desafíos
de una alterada conciencia galáctica.

La escena está pintada
en un vaso cilíndrico
colmado de inscripciones.
Oh goce fugitivo...

FONDEADERO

(2004)

MARINA

ESTÁS de pie ante al mar.
Frente a ti cabrillea
el Caribe cerúleo,
serenísima la dilatada extensión.

De pronto

 salta una ola:
crespa transparencia turquesa,
melena suelta, resbalante
cuerpo del agua y de la sal volátil
esculpido en la espuma
 que el peñasco
reproduce bajo tus pies.

Riscos: olas petrificadas.
Piedra y espuma: dos momentos
a distinta velocidad plasmados
de una misma pasión.

Dices:

 Aquí
pactan lo fugaz y lo perdurable.
Como ellos somos
fundación y vacío;
como ellos, un hecho provisional,
un lance sólo...

FONDEADERO

*Ay que me anego
bajelito nuevo.*

QUEVEDO

A Gabriel Macotella

SOL de desasosiego:
en la airosa mañana
barcas, sin nadie, barcas
en el atracadero.

Cabrilleo de quillas,
cuerdas, amarras, remos.
El agua pone al sesgo
estas barcas exiguas.

Nada anhela la barca
a la luz del crepúsculo,
ni siquiera el reflujo
ferviente de las aguas.

Como divisa ondea
fulgurante y marina
una tristeza íntima
en la barca pesquera.

El viento mueve blancas
velas inexistentes.
Partir implica siempre
guardar una esperanza.

(Tal vez el porvenir
sea como esta barca
meciéndose en el agua:
puro suceso en sí.)

Barcas de pescadores
con nombres de mujer:
“Molly”, “Eva”, “Salomé”.
Faros en la alta noche.

Flor de melancolía:
en la fluctuante rada
atracada, esta barca
sola, al caer el día.

*

Barcas junto a los muelles
al aire, al sol, y siempre.

Pasión del horizonte,
las barcas en la noche.

Barcas entre la espuma
salpicadas de luna.

Barcas a la deriva:
nostalgia de la orilla.

Barcas bajo las nubes:
vientos de incertidumbre.

Todas conocerán
las fatigas del mar.

*

Barcazas de madera
a la orilla del mar
son como una promesa
fugaz de eternidad.

EL NADADOR

In memoriam Manuel Ulacia

Sólo hay un mar donde estuvimos y estaremos.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

BAJO la claridad de la mañana
el nadador sintió
la unidad de su ser
en la unidad del mar.

El agua le dio por un instante
la sensación más viva:
su cuerpo era del mar.

Suspendido en las ondas
supo que en esa plenitud
su tiempo se cumplía.

Flotaba en la fluidez
nutricia de las olas,
solazándose.

Entonces
un remolino lo enredó.

El agua lo hizo suyo.
Sus ojos, de un azul
líquido, se inundaron.

No flotaba: volaba.
No se hundía: ascendía.
Ángeles de espuma
le izaban los cabellos.

Jinete inexplicable
de un caballo violeta,
cabalgaba agua abajo.

El mar lo ejercitaba
en la pasmosa dicha de los fuertes:
¡despertaba del sueño que es la vida!

Vuelto del mar, el mar al fin
lo trajo del silencio.

El cielo se inclinó
sobre la playa inmensa.
Su cuerpo refulgió sobre la arena.

PÁJARO CABALGANDO UNA OLA

CABALLO rojo, la noche
desciende a trote la rada;
destella su grupa láctea.

Jinete lúcido, erguido
sobre la espuma, almohaza,
viva estrella equilibrándose,

aguza el paso, no piafa,
un irisado velero,
muelle embarcación alada
en los rápidos del viento.
Campante, caracolea:
sol en el agua alumbrada.

ALES STENAR

(Sixty non-rolling stones)

A Lasse Söderberg

CIELO de primavera.
Frente al brumoso Báltico
el viento empuja
velas de viento.
Surcando olas de arena,
eternamente inmóvil,
el gran barco de piedra
navega hacia la muerte.

ALES STENAR

(Segunda versión)

THE STEADY still stone ship
and a Heany's haiku
fires my imagination.
I wrote: the wind
swells sails of wind.

Above our heads
in the spring sky
a sea gull cries.

No more no crew,
no mat, no deadeye
will sail over the sea.
Only the wind,
the wind that tacks into the wind.
An unknown king
was buried here, burnt
into the shaggy shaking sea.
The people of the sea,
able to read the stars and winds,
the very frequenters of the fjords,
rovers and robbers, raised
a mutely moody monument.
Sixty non-rolling stones remind us
of the constancy of death.

Ales Stenar es el nombre de un imponente monumento megalítico en el sur de Suecia, erigido hacia el siglo X en memoria de un rey vikingo, que semeja un barco cuya quilla está formada por sesenta grandes bloques de piedra.

CUENTA DE MIS MUERTOS

(2006)

*Those who have crossed
with direct eyes, to death's other Kingdom
remember us.*

T.S. ELIOT

Mas yo estoy desvelado en la cuenta de mis muertos.

GILBERTO OWEN

LA ESTACIÓN MÁS CRUEL

1

NO SÉ por qué imagino verdosa la patria de los muertos,
sumergida en un velo de lama, ferruginosa, vítrea,
perpetuamente sitiada por la lluvia,
un reino siempre crepuscular y húmedo, goteante,
recubierto de limo, color de jaspe o resinoso feldespató,
como si un hálito de musgo permeara el aire,
como si una tenaz pátina de verdín o bronce nebuloso
saturara cada rumbo, cada rincón ahí.

Un mundo humedecido de líquenes creciendo,
una estéril penumbra opaca
que anega cipreses, tumbas, frondas,
un vaho fosforescente y turbio
esparcido en el viento, ondulante, negruzco.

Tal vez una eterna llovizna sea el talante del tiempo en esa región borrosa,
una lluvia pertinaz, desleída, tristísima,
un cortinaje de terciopelo y bruma.

Todo el tiempo está como pardeando en la patria de los muertos.
Brotos entre la tierra blanda, tallos
entre terrones y retamas, tubérculos,
dedos crispados, surcos, ramas grises, humo.
Quizá como un estruendo de ramas agitadas,
de caballos con cascos de trueno
sea la voz de los muertos.

Los muertos quizá viven el tiempo de la niebla,
un oleaje nocturno, ascendente y oscuro,
un orbe vegetal, grisáceo y pútrido.
Quizá el viento entre los árboles y no los sibilantes
murmullos que ascienden de grietas de la tierra
sea el sonido de la voz de los muertos.
Tal vez replegados en yemas de futuro nos aguardan
tenues, ramificados en la savia que se yergue delante de la luz.
Toda la tarde suena la lluvia oscura.

Tal vez deambulan bajo esa napa de gotas opresivas,
lejanos, ateridos, difuminándose, difusos.

Ánimas que se agitan en la boca del viento.

2

Un espejo, un espejo en donde se condense
el vaho moroso de la voz de los muertos,
una claridad, una lámina de luz, copa del aire,
para acoger sus diluidas palabras,
un estanque de contricción y duda,
ciega fulguración, ánima atormentada.

Aunque tal vez no sea cierto
y este impulso de dirigirme a ellos ,
este intento de oírlos
sea tan sólo una forma,
irrelevante, espuria,
de aturdir el olvido.

Tal vez lo que los muertos nos dicen sea el silencio,
un silencio *abismal*, que nos descoloca
y nos vulnera, despojándonos.

Tal vez ese silencio sea
un impulso secreto, incontestable
como la floración de fibras de hierro
en las facetas de un cristal,
olivina o pirita, proliferante, mohoso,
o la aspersión de granitos de arena
en el ramaje seco de una esponja fosilizada.

Tal vez es el reflejo
de un tiempo que está detrás del tiempo,
detrás de lo vivido y los recuerdos,
tal vez es su reverso, paralelo y ubicuo,
una capa de nada que está en todo
cubriéndolo, telaraña intrusiva.
(Tal vez las arañas aniden detrás del espejo.)

El silencio es como una marea levantada
por la luna febril de los muertos.
Tal vez quererles hablar los confine
a una zona indigente de angustia, quizá la voz
sea como una presión que los disemina y los desfonda
y los colma de ausencia
y no los pacifica.

Porque los muertos viven
el tiempo de la niebla.
y lo que ahí priva es el miedo.

3

En ese aire plumizo pululan mis muertos.
Los oigo trajinar en el umbral del año
bajo el cubierto cielo de pizarra
con un murmullo de élitros,
amargos como helechos,
indistintos, nudosos:
roce de cuerpos intangibles, sombras de sombras.

Cuchichean sobre los techos, en las losetas
del patio: un bordoneo incesante,
un desapacible susurro que se filtra
bajo el pretil de las ventanas,
entre los vanos de las puertas.

El pertinaz tamborileo trae sonidos,
frases, cadencias: vivacidad vacía.

Al filo del crepúsculo
mis muertos cuchichean:
alboroto de pájaros, chillidos, quejas.
Un jardín enlamado, una burbuja de cardenillo y niebla.

Dura, áspera, saliente como líquenes córneos,
como peñas recubiertas de líquenes es la voz de los muertos.
Follajes taciturnos,
un círculo de rocas apretadas,
un pardo tropel de casas, una heredad derruida.

Rumor de días rotos, de afanes sin retorno.
Opacidad de un tiempo inexpresable.

ELEGÍA LEJANA

¿TODA la vida fuiste únicamente un nombre:
tres armoniosas sílabas, y el ajado esplendor
de una fotografía de principios del siglo
pasado? Tu inasible existencia perdura
sólo en breves escenas, imágenes veladas:
el llanto de mi madre cuando hablaba de ti,
el fulgor de una hoguera, los ecos militares
del apellido Salas, la intensa, inolvidable
letra de una canción triste que te gustaba,
pormenores diluidos, delusiones que han sido
más que vagos recuerdos, una bruma tendida
deliberadamente, con aflicción tenaz,
sobre hechos y detalles de tu vida y tus cosas
para alejar la sombra de una nostalgia viva,
como si eliminar su efecto en la memoria,
ignorar su presencia, borrar su existencia.

Muerta en la juventud, cuando tus ojiverdes
hijas eran adolescentes, no alcanzaste siquiera
a imaginar qué rumbo podrían tomar sus vidas
ni de quién provendría tu farragosa estirpe,
mucho menos que un día esas inquietas hijas
—que adoraban los tangos y eran *fans* de las óperas
cuyas tramas tremendas actuaban disfrazadas
con ropajes de fiesta frente al ruidoso radio--,
que esas hijas, posesas de un furor incendiario
a tu muerte abrasaran todo rastro de ti:
cartas, fotos, vestidos, sombreros, guantes, libros,
esquelas, escrituras que ardieron consumidos
en la hoguera implacable, y con ellos la traza
de tu estar en el tiempo, buscando conjurarte,
librarse de un dolor que amagaba sus vidas
en el momento justo en que habían empezado
a saber que podías seguirlas y apoyarlas.

La quemazón no pudo suprimir unas pocas
reliquias: dos o tres retratos, un collar,
una cruz, un anillo, un manojo de cartas
con tu letra menuda, atadas con un lazo,
las canciones que amabas cantar tocando el piano
y poemas de Nervo, cuyo amor transmitiste
a través de tus hijas intacto hasta tus nietos.

(No sé por que de niño cuando hablaban de ti
pensaba en la palabra “*Samarcanda*” como algo
asociado contigo: el gusto de las aes
y la enes, quizá , ese aire de lejano
misterio, de conjuro o de hechizo, no sé.)

De todo esto me acuerdo ahora que contemplo
el único retrato tuyo que he conservado.
Apareces, abuela, en todo el esplendor
de tus treinta y tres años, delgada, de perfil,
con la suave belleza de un grácil camafeo,
el rostro levemente inclinado a la izquierda,
los labios apretados, un aire melancólico
velándote la cara, serena, retraída,
con un vestido negro de alto cuello bordado,
el largo pelo lacio recogido en un chongo
sujeto con un moño, la mirada distante,
como viendo hacia adentro con grandes ojos negros,
la nariz afilada y la piel olivácea,
con algo de princesa hindú o de beldad árabe,
sin que nada nos muestre —no había el menor indicio—
que pronto llegaría el tormento sombrío
de la tos y la asfixia a roer tus pulmones.

Te imagino esas noches reclinada en tu cama
acezando estragada por el fuelle inclemente
del asma asoladora. Al final tus pulmones
cedieron y una noche te azotó para siempre
la pugnaz pulmonía que terminó contigo.

Poco más sé de ti, abuela evanescente,
pero hoy quiero evocarte, aunque tu cercanía
y el calor de tu amor sean ya inalcanzables

mientras intento en vano, porque nada te guarda,
rechazar el asedio de una indócil nostalgia.

ELEGÍA TRISTE

LA que ríe en el centro de esta foto
en el campo, con su joven esposo,
joven pareja, joven vehemencia,
joven beldad sentada entre los árboles
tan lozana y tan tierna que parece
haber sido fotografiada ayer,
el claro rostro vuelto hacia la cámara
con ese dejo de coquetería
que las mujeres que se saben bellas
suelen tener: los ojos entornados,
como si vieran lejos, la honda boca
humedecida, abierta, la cabeza
levemente inclinada, ¿esa muchacha
con el pelo revuelto que en el prado
acaba de besarse con su amante
y que nos mira con malicia limpia,
¿fuiste tú, abuela triste? ¿Quién hubiera
pensado entonces que muy pronto el miedo
la impiedad, la barbarie irrumpirían
destrozando tu vida, corroyendo
ilusiones, afectos, esperanzas:
el mundo que lograste edificar?
Nada en aquellas horas auguraba
la fiereza del dolor que vendría:
el suplicio, la aflicción de la pérdida,
los años de infortunio, la viudez,
la zozobra, la errancia vigilada,
estaciones de una pasión deshecha.
De una etapa no supe hasta tu muerte:
tu matrimonio con un abogado
probo que se hizo cargo de educar
a tus hijos, un liberal sensible
al que sin duda debo muchas cosas.
(Es curioso ignorarlo prácticamente
todo de alguien cuya influencia quizás
fue decisiva: gustos, fobias, hábitos,

pasiones transmitidas a través
del muchacho que luego fue mi padre.)

Envejeciste en un clima marchito
—un clima espiritual quiero decir,
víctima de la sombra de un marido
ultimado que no te dejó en paz,
que no descansó en paz, cuya tragedia
como un ánima en pena persiguió
cada uno de los días de tu vida.
Siempre he creído, abuela, que la muerte
atroz del general generó efectos
devastadores para la familia,
que lo sangriento de su sacrificio,
el horror excesivo, la sevicia,
los impactó, igual que las esquirlas
de una explosión, dañándolos, que el hecho
hirió profundamente almas y mentes
de los suyos, de los más inmediatos,
empezando por ti, que la violencia
destruyó algo esencial y que el quebranto
se extendió por una generación
lisiándola en cierto modo, torciendo
su voluntad, su fe: sobrevivientes
de una laceración y un desamparo
más crueles por ubicuos y difusos.

Vapor de estanques pútridos, niebla ardua,
emanaciones de cieno y de noche.
El aire no circula ahí, la luz
se empasta, los objetos, ay, naufragan
en un opaco mar de ecos discordes:
reflejos en una campana sorda.
Recuerdo muchas cosas de ti, algunas
entrañables: tonadas y canciones
que me cantabas, cuentos terroríficos
de aparecidos, sombras, hadas, magos,
las historias del Grial, que aún asocio
con tu memoria, las últimas obras
de Debussy o de Goya, y pocas veces
vagas reminiscencias de oraciones.

También ciertas anécdotas, corridos,
relatos, episodios, sitios, fechas
de la Revolución, dichas, desdichas
como la noche en que se quemó el huerto
o la historia de aquella hermana grande
asomada al balcón, atravesada,
sorda, imprevisiblemente por una
bala perdida en la Decena Trágica,
que cayó parpadeando a tus pies
cuando eras una niña, y cuya imagen
no te dejó jamás, hosco preludio
del dolor que los años te darían.
Me acuerdo: rememorabas esa muerte
y el brillo de tus mansos ojos grises
asediados ya por las cataratas
se ensombrecía; entonces comentabas
que algo debía quemarse en la cocina,
que el humo te picaba, y sin ambages
comenzabas a sollozar. O tu ira
tu vergüenza, tu mortificación
por las torpezas de tu hermana loca
en su senilidad, a veces cruel,
imprudente, mezquina, avara, tonta:
evocarla es entrar en las callejas
de una ciudad de adobe en el invierno,
una ciudad reseca, carcomida,
de polvosos baldíos, de paredes
derrumbadas y pozos azolvados,
vieja tía señorita y amarga
cuyo mayor placer era asustarnos
con la saga del viejo del costal,
del roba-chicos que rondaba la esquina
siempre listo a llevarnos si renuentes
nos portábamos mal, y nos ataba,
obtusa, a la piecera de su cama.
Ese *coco* mestizo, tremebundo,
espantable y volátil, nebuloso,
rondó muchos crepúsculos mi casa.

Vuelven, vagos o nítidos, instantes
donde tu ser adquiere consistencia:

tu tenue voz leyéndome la *Ilíada*,
sí, y a Kipling: *El Libro de la selva*,
mientras convalecí de una hepatitis.
Quizá no lo supiste abuela, pero
después de tus miríficas lecturas
me iba a acostar con la imaginación
en llamas: manantial de sueños, nombres,
sitios, actos, paisajes, ahora briznas
polverulentas que el viento dispersa
en el sopor pardusco de la tarde.

Dos veces te perdí, abuela: primero
cuando después de la muerte del hijo
que fue mi padre, y que sus hijos, ásperos,
quisimos esclarecer, decidiste
echarnos de tu vida y de tu afecto.
Ya no volví a tener noticias tuyas.
Tu ausencia y tu silencio con los años
se volvieron escombros, grietas, sombras.
Queríamos saber por qué afirmaron
cosas sobre su muerte que mentían.
Al final renegaste de tus nietos,
de los hijos del hijo que adorabas
¿sólo porque no fuimos nada dóciles
a consentir la hiel de la derrota,
suspicientes e inquietos, y negamos
dispensarle la autopsia? ¿Fue eso, abuela,
fuiste hasta el final rehén de aquel encono?
¿Dejaste de querernos? ¿Lo lograste?

Supe de ti por otros: seguí así
tu ocaso, tu turbación, tu declive.
En los últimos años, perturbada,
perdiste la razón: te comportabas
como una niña, escondías las cosas,
mentías, te robabas las monedas.
Te encerraron en un asilo, a ti
que tanto temor, tanto asco sentías
de la degradación de la vejez.

Muchachita poblana, capullito
de rosa arrebatado por la furia
implacable de la Revolución,
¿qué me queda de ti? Polvo, terrones...
Vuelta a la tierra, fuiste siempre como
la tierra: arca reconcentrada, anónima .

Que en la honda pesadumbre de tus noches
estas palabras sean como el polvo
en el polvo: blandas en tu reposo,
aire sobre la tierra que se esparce,
fulguración y olvido de unas cuantas
partículas que se van con el viento.

ELEGÍA SONÁMBULA

EN el solar de aquellas tías,
tragaluces muy altos y el fulgor
de un patio de azulejos
rodeado de plantas.

Corredores y cuartos: el vetusto
esplendor de una casa en Tacubaya
alta y sombría en mi recuerdo.
Precedida por una reja

doble de hierro forjado
daba al patio morisco
en cuyo centro se erguía una fuente
oxigenando a carpas rojas.
Macetas con helechos,
las graves mecedoras, en los brazos,
muy blancas, carpetas tejidas
al pie de esbeltas palmas.

¡Y ese olor a romero, a toronjil!
Tras las grandes vidrieras se extendían
hondas habitaciones habitadas
por un rumor de chales y de sedas.

Esas tías, ¿quiénes eran? La voz
de una de ellas, la tía Amelia,
que apoyaba sus dichos con sus pecosas manos,
no se me va a olvidar.

Casi nada retengo
de aquella casa augusta que impregnaba
la lenta emanación azucarada del anís.
Muebles como montañas,

cortinajes, un loro, la ley de los espejos
y una enorme tortuga de carey
disecada: fantasmagorías
de las que sólo queda la difusa

brasa que brilla en mi memoria
un instante y se extingue:
vestigios espectrales
de una añeja elegancia.

ELEGÍA TRÁGICA

A LA LUZ de un violento relámpago regresas,
desfigurado y muerto muchos años atrás,
martirizado, acribillado, roto
por la insaciable codicia del poder,
prisionero en los hilos de una conspiración
astutamente urdida para cerrarte el paso.
No verás culminar una obra de gobierno
ni crecer a un linaje.

Te madrugaron, General.
Acabaron contigo
la prevaricación, la iniquidad,
la ambición sin escrúpulos.
De nada te valió confiar en los valores
que sustentaban y daban sentido
a la incipiente democracia.
Te eliminaron, se deshicieron de ti,
como quien elimina a un forajido
peligroso: con saña y sin piedad.

Y luego procuraron denigrarte
confinándote en esa región en que se pudren
traidores y golpistas, y al final
te descalificaron, repitiendo
que eras un fornicario,
borracho, parrandero y jugador.

Águila de alas rotas,
abuelo, ¿en qué creías?
Siempre he querido saber si la imagen
de irredento don Juan
que la familia, con un gusto ambiguo,
honró como el icono familiar
en realidad te correspondía.
En la sorda lucha por el poder,
en la compleja trama de traiciones,
insidias, sediciones, desafíos
en que se había convertido
la vapuleada Revolución,
¿nada que no hayan sido los placeres
de la exultante carne o los equívocos
favores del coñac
como un baldón dominaron en ti?
Dolosa imagen que privilegiaron
para justificar su crimen
tus fraternales enemigos.
Tu valor, tu talento, tu inmensa simpatía personal,
tu gallardía, tu proverbial generosidad,
¿fueron sólo una máscara?

En ese México áspero que se despedazaba,
¿qué pretendías? ¿Cuáles fueron tus convicciones?
¿Quisiste un país mejor, Tamborino?
Niño flaquísimo tocando en los mitotes de los yaquis,
marcando el ritmo de sus danzas
con un tosco tambor, acompasando
los giros incansables, las salmodias
y gritos junto al fuego, la ingestión
ritual de bacanora, la espinosa vigilia,
el río subterráneo de la conciencia integradora.
¿Aprendiste con ellos la razón de la tierra?

¿Qué hiciste años después, al regresar
para hacerles la guerra?
¿Los traicionaste, Tamborino?
¿Renegaste de lo que te enseñaron
o actuabas convencido
de la necesidad de contener
su rebeldía para consolidar la paz?
¿Por que luchabas?, di.
¿Quisiste alzarte en armas
como pretende la historia oficial?
Esa tarde en la sierra, junto a tus partidarios
detenidos y atados y vejados,
¿te percastaste de lo que pasaba?
¿Comprendiste que te iban a matar?

Todos han pretendido exorcizarte:
El País, el Ejército, el Gobierno,
la Historia Patria, General.
Sigues siendo un fantasma, un cruento estigma
no conjurado aún, una presencia
como una cicatriz secreta,
como un Banco que inquieta los afanes
de perpetuarse en el poder, que siempre
han tentado al gran tlatoani en turno.
Ese fue tu legado.

¿Puede alguien existir como una ausencia,
como un vacante surco en la memoria?
También en la familia fuiste como un espectro,
una trágica sombra que obsesionó los años
de los que te perdieron. Les faltaste
a muchos justo cuando más te necesitaban.
Ah, padre de mi padre, árbol talado,
abuelo por la sangre pero no por los actos,
figura tan distante como un ente ficticio
o una pura entelequia,
no conocimos, nadie en la familia
ultrajada y dispersa, la ternura,
la fuerza que podrías haber diseminado
ni el prestigio o la luz de tu abolengo.

Tus asesinos fueron asesinos
en serie: acabaron contigo y con tu causa
y aniquilaron sueños, esperanzas,
ilusiones, proyectos de los que eran tu estirpe.

Pariente legendario, tu memoria está hecha
de rencor, de nostalgia y de un confuso orgullo.
De tu ser y carácter solamente perduran
los rasgos y maneras del personaje público.

Me pregunto: ¿qué hubiera sucedido
—en el país, en la familia, en el gobierno—
si por encima del complot hubieras
conseguido sobrevivir, triunfar?

Sobre tu sangre derramada se cimentó el sistema
arbitrario y corrupto que por años
medró en este país. Tu sacrificio
selló un ciclo y abrió otro: el de la violencia
y la impunidad vueltas institución, política de estado.

¿Frente al piquete de soldados
que empezaban a disparar
vinieron a tu espíritu
imágenes sensibles de tu vida?
¿Recordaste los días cordiales de tu infancia,
cuando tu hermana mayor te enseñaba
a trazar las primeras letras sobre la arena
a orillas del río Fuerte? ¿Volviste
a ver los industriosos almacenes de Choix,
en donde trabajaste cuando eras aun muy joven
como avisgado tenedor de libros?
¿Pensaste en tus mujeres, en tus hijos,
en el menor, que llevaba tu nombre?
¿Evocaste tu triunfos militares
comandando las tropas,
también tú general invicto
curtido por batallas y tormentas,
los inconjeturables retos de la política,
la ruptura final con quien había
sido más que tu hermano,

jefe, cuñado, amigo,
el vértigo de la campaña
presidencial? ¿Te diste cuenta
de que tu vida se truncaba en plena cima?

En el lugar de la matanza
revivo pormenores
de tu pasión y muerte infames.
La luz en el crepúsculo de octubre
tiene el matiz de los remordimientos.
Una parvada de grajos desfonda
las copas de los árboles, graznando.
Vuelven el frío resplandor
en los ojos de tu verdugo,
las afrentas, los golpes,
la saña inverosímil,
el horror, las descargas...

El viento helado arriaba
toscas nubes color borra de vino.
Quizá comenzó a llover. Llueve,
ha seguido lloviendo sobre las 13 cruces
al borde del camino, a la orilla del mundo.
Un puñado de imágenes crispadas
en un bloque de tiempo.

ELEGÍA NOCTURNA

VUELVO a encontrarte después de tantos años, de tantos desencuentros,
de tanto hacernos bolas sin encontrar jamás el tiempo justo de franquearnos,
desde el volátil barandal de la infancia hasta los precipicios de la insolvente
adolescencia,
en las encrucijadas donde crecí, no sé si para bien,
lejos de tu cercanía, de tu suficiente y tan sabia sinrazón,
de tus alcances, de tus aspiraciones,
vuelvo a encontrarte y no puedo dejar de barbotar mi desconcierto,
mi dolor, la inaceptable ausencia de no haberte sabido,
de no haber tenido tiempo de saberte.

Te veo, remoto, desleído, en la temprana madurez de tus cincuenta
(que no cumpliste nunca), la piel oscurecida a la luz del crepúsculo,

como una fotografía que ha comenzado a borrarse roída por la humedad,
desvanecida en círculos de moho luyendo, royéndote los rasgos,
la ondulación lentísima del hongo como una migración y una sutura.
Rumor de hojarasca, de círculos escamosos.
Un solar abolido por la asechanza de la herrumbre.

Sueño a veces que llegas del fondo de la noche.
Tienes un aire ausente, como absorto en tus cosas.
De pronto parece que tuvieras la boca llena de tierra,
tu imagen adquiere un aspecto sombrío,
la in/consistencia de un espectro,
las órbitas vaciadas, los dientes carcomidos,
la boca abierta en una mueca amarga, como espasmo o sollozo,
como la momia infame de aquel minero en Guanajuato
con las ropas raídas, encogidas,
y los dedos crispados, como pidiendo algo,
en la mano el revólver con que te disparaste
(con cachas de nácar, incrustado de oro,
un revólver que había sido de tu padre),
macilento, cetrino.

¿Vuelves así desfondado, hueco
desde el fondo barroso de tus actos fallidos,
de tu tenaz aturdimiento?
Padre, ¿que ha quedado de ti?
Esa sombra que se desliza en las orillas del crepúsculo, ¿eres tú?
Pienso que quieres decirme algo,
agitas el brazo con un ademán de impotencia.
La reverberación y la angustia estampada en tus rasgos
reblandecidos bajo ese escorzo escaldan.

Hablar de ti, poner en el papel en perspectiva tu recuerdo,
me produce un dolor impronunciable, un dolor moral.
Como una veladura que se cierne detrás de muchas capas de aire
en la inclemencia de la hora vengativa.
¿Es así el infierno?
Veo los paisajes donde solías llevarnos de niños:
el escamoso pedregal tapizado de yucas, palos locos, estrellas de San Juan,
las lomas amarillas cuajadas de magueyes camino al Desierto de los Leones, tierra
arcillosa,
los bosques de pinos y oyameles en las inmediaciones de la ciudad,
el policromo cárcamo de Lerma, las cuevas de Teotihuacán.

Me doy cuenta de que ha empezado a llover en mis recuerdos.

El otoño crepita en cada hoja,
rumor de seda o cañas golpeadas por el viento,
rumor de ásperos juncos, de cardos en las córneas,
de retorcidas ramas al romperse,
un roedor atareado rayendo una bellota,
un crujido de duelas en el piso.

En invierno solíamos salir a la montaña.
Íbamos a recoger “basura” para el Nacimiento:
truncos, guijarros, rocas, ramas, tierra
que luego tú meticulosamente disponías
(siguiendo a tu admirado maestro Pellicer)
en deslumbrantes escenarios miniatura.

Transfigurado en mago indicabas la ruta,
decías en qué sitios nos debíamos detener,
qué tipo de piedras y troncos recoger,
qué forma de qué rama convenía o cuál manchón de musgo o líquen
entrarían en la composición del paisaje recreado.
De vuelta construirías con aquellas minucias
un pasmoso universo en la cochera de la casa.

Como un demiurgo ordenabas el orbe.
Habías trazado una bóveda y distribuido las constelaciones,
establecido la duración del día, el ritmo de la noche
y señalado un sitio al alba y al ocaso.

“Aquí irá la montaña, en este extremo el río, allá el pueblo.”

Y remojabas grandes pliegos de cartón
para dar forma a las montañas
que barnizabas con pegamento
y luego recubrías con musgo y tierra.

Durante largos fines de semana te afanabas
en la reproducción de un vívido paisaje
que serviría de marco al hecho navideño.

Recomponías y retocabas figuritas de barro
para hacerlas representar los gestos que querías:
brazos y piernas rotos y vueltos a pegar,
pastores adorantes, ángeles, peregrinos,
cabezas ranuradas para hacerles brillar una aureola de luz.

Amabas sorprender, y así un aspecto notable de tu ingenio
se consagraba a los efectos especiales:
nubes radiantes de las que surgían al oscurecer ángeles flamígeros,
montes que se iluminaban dejando ver en su interior al pesebre y al Niño,
un paraje oculto donde, en mitad de la noche, resplandecía
una inquietante prefiguración del Gólgota.
Había música, *crescendos*, trozos de gran lirismo:
un ámbito propicio.

Muchas veces fuimos al campo a recoger la exultante materia prima.
Días de campo o excursiones festivas con adultos.
A veces, niños al fin, nos quedábamos solos.
“No se muevan de aquí, no nos tardamos.”
Silbidos, trinos. El viento en los follajes.
El más hondo silencio.
Una patria abdicada.

Recuerdo la olorosa humedad de la tierra esmaltada de musgo,
tréboles y musgo y agujas de pinos fragantes iridiscentes de rocío,
los líquenes trazando en la piel de las rocas los círculos de su expansión lentísima,
avanzadas de minúsculas torres grisáceas, alcázares, ciudadelas, lagos:
ondas reverberando en la mojada superficie de la piedra.
Navegaciones fabulosas.

El bosque guardaba intacta la magia de lo desconocido,
una imagen palpable del poder transmutador de la naturaleza.
En cualquier sitio podría alzarse un castillo, detrás de cada piedra, de cada árbol
acechaban seres prodigiosos, duendes, chaneques, hadas.
Había que irse con cuidado. La tierra se cubría de una neblina opaca,
una manta grisácea y ondulante tendida hacia otro mundo.
La tierra del altiplano ennegrecida, los claros, las veredas,
el vaho de nuestra respiración en el aire de la mañana de diciembre.
La luz entre las ramas caía con un fulgor de vidrio.
Llovía luz, las hojas refulgían,
el aire del invierno recortaba
con una intensidad de nácar
la bóveda azulísima.
Bajo la inmóvil sombra de un encino
un cenizote exploraba
con su canto la soledad en torno.

Vuelve su eco exterior e imprevisto.
Recuerdo otros parajes y otros tiempos:
el cuento alucinante de Katchei y del pájaro,
los poemas al paisaje y al mar, el mar,
la amistad de la música,
tu afición a los toros llevándome a corridas
y a un tenso aprendizaje
de ciertos rudimentos del arte de torear,
puesto después a prueba
en tientas y festivales pueblerinos
(no compartí ese amor.)

O una noche en que fuimos a ver, “para formarme”,
un vulgar pero intenso espectáculo lúbrico.
Parejas de ocasión, noctámbulos, un orbe fantasioso.
Temblé con los ojos vidriosos
ante una voluntariosa pelirroja que fingía una felación
y luego, gimoteando, cabalgaba a su espectral pareja.
Fuerte olor a sudor, a perfume barato.
Aún flotaba al subirnos al coche.

Nubes color de guata en un callejón.
Pulsan las farolas del alumbrado público.
Su luminosidad traza en el asfalto sinuosidades, estrías.
El semáforo desperdiga regueros de rubíes.
Detenidos, fluida luz de magnesio.
Una mujer en el auto contiguo, muy bella, borrachísima,
lasciva y serpenteante se repega al hombre que conduce.
Por un instante veo sus hermosos ojos intoxicados.
Tengo 12 años y confusamente percibo
y me estremezco alterado al pensarlo
que pronto esa belleza desnuda y suplicante
gemirá de verdad en brazos del zafio acompañante.
(La belleza, la belleza física tendría
que tener un mejor destino, pensé.)
Quemante, turbadora, la imagen del deseo en sus ojos
no me ha dejado.

Un domingo llegaste, cosa infrecuente en ti, sombrío, meditabundo.
Hablaste de compromisos, de difíciles retos,
de fechas perentorias.

Todo convergía para afirmar en ti
un sentimiento de errar fuera del tiempo,
de no pertenecer al tiempo que vivías.
¿Quién o qué determina
los verdaderos atributos de un hombre,
quién tiene razón?

Muy joven te marearon en los pasillos del poder,
en los salones de Palacio,
los seductores de la corte
te ofrecieron, buscador de tesoros, los halagos
del privilegio y la fortuna.
Te utilizaron, te engañaron.

Al final
te trituró su tortuoso engranaje,
los enjuagues de la ambición política.
Creíste que ese oropel podía ser tuyo.
Perdiste peso, encandilado y te embarcaste
absurda y peligrosa, ingenuamente,
en una empresa para ti mortífera.
Te hicieron contradecir de tus orígenes
y planteaste la reelección del presidente Alemán.

Cuando te percataste de tu error era muy tarde.
La prensa se ensañó, te repudiaron,
tu inmaduro prestigio vuelto polvo.
Quedaste como marcado, señalado:
echado de tu tiempo.
A partir de entonces comenzó tu declive.

Muchos años después, en la vigilia del alcohol,
entre los versos de algún libro
o en la estulticia de un escritorio burocrático
¿comprendiste que habías dilapidado tus talentos
y esa visión te atenazó?

Pero ya ninguna contrición tiene sentido
No eres más que una esbozo
y una lamentación y una sombra,
huésped oscuro de mis sueños.
Porque has muerto del todo.

ELEGÍA MATUTINA

1

AHORA que los días parecen impregnarse de la melancolía que siempre rodeó tu rostro,
tu mirada, tus cosas,
que el trajín de la lluvia se empeña en borrar cualquier rastro que me queda de ti,
diluyéndolo, distorsionándolo las gotas,
bajo esta opacidad que bruñe las esquinas, empaña las ventanas, difumina el perfil de
los árboles erguidos temblando contra el cielo,
que la mañana emerge humedecida por esta luz obstinada y fina, impenitente como una
veladura que enmascara los contornos del mundo
y pone con su tristeza calosfríos en el alma, ahora que el estribillo de la lluvia machaca
sin descanso la rememoración, la añoranza,
nublando nuestra percepción, emborronando los perfiles, ateriéndolos,
todo el tiempo el mismo aflictivo rumor al caer, la insistente percusión de la lluvia, sus
dedos de agua tamborileando en los parches del alma como un percusionista demasiado
incisivo,
quisiera preservar, poner en orden en las recámaras del corazón la multitud de instantes:
emociones, sentimientos, recuerdos,
predilecciones, manías, gustos, rechazos en los que te has convertido y en los que de
alguna manera sigues viviendo en mí:
la calle en que vivíamos, adornada por un camellón donde se erguían, retorcidas y
augustas, las fulgurantes jacarandas,
una reja de hierro que cercaba un jardín de rocas y de rosas, una escalera con barandal
girando a la derecha, un cuarto cuyas ventanas daban a los volcanes, una terraza con
piso de ladrillo,
la respiración de un hermoso *setter* irlandés arrollado por un automóvil que agonizaba
en el asfalto cubierto de pétalos lila, y a cuyo lado alguien, una mujer, sollozaba
mientras tú procurabas alejarnos de ahí,
algunos objetos traídos después de un largo viaje: figuritas de metal y de barro, lienzos de
seda, un prendedor y un anillo de ámbar, la escultura de una mujer en ébano, un vaso de
cristal, un barómetro,
el jardín de tu hermana en el Pedregal, olas de lava lamiendo altas playas de flores, un
esplendor perdido,
la risa de tu amiga pianista, que vivía encerrada y hablaba con espectros, divertida y
temible, locuaz en su locura inofensiva,
los relatos del tío periodista, desorbitado, fiero y corrupto, bebedor implacable, que
buscaba tu sensatez, tu temple para templarse él,

su mujer, tu hermanastra, elegante y excéntrica, los viajes a Tezcoco y a Puebla, los paseos a caballo, muchos días en el mar, la casa de Mixcoac, sus arcadas de piedra y sus altos fresnos, su patio de adoquines, su claridad cordial, el verdor de tus ojos cuando hablabas de tus días de estudiante en Boston e ibas los fines de semana a escuchar música, o cuando hablabas de la pira que encendieron tus hermanos y tú para librarse del asfixiante recuerdo de la madre muerta, imágenes de ti que conservo y que en esta mañana gris de julio han vuelto con su cauda de luces, con sus estampas de guardar, sus cromitos de niebla: regresan a inquietarme, a hurgar en las comisuras de mis sienes, a erigir su tinglado de aflicción y tristeza donde no cabe más que el placer de la reminiscencia. Curiosidad, tenacidad, entusiasmo, sed de lecturas, el amor de la música, la templanza, el fiel de los ancestros, eso eras. La intersección de estas formas traza algo de tu perfil, que va adquiriendo una concisa pátina bajo la tarantela de la lluvia que cae deslavándolo todo.

El cielo, que ha hecho agua, trae ahora tu imagen, mamá.

2

Tu cuarto olía a caoba y a rosas, a flores de jardín, a musgo tierno, los objetos apenas se atrevían a existir muy quietos en sus sitios esperando tu vuelta, lámparas, perfumeros, libros, el ropero, la cama, el espejo, todo parecía susurrar en las horas acuosas de la madrugada que contenía la respiración aguardando como el que al borde de un desfiladero no decide cual pie desplazar, y un vuelco de alegría aliviada los inundaba al oír que las duelas del pasillo crujían bajo el peso de tus pisadas, al alba, cuando volvías de tu trajín nocturno, estragada por la exigencia de una tarea sin pausa, fatigada por su ingrata tensión a lo largo de salas y pasillos y cuartos del hospital donde como un hada, nimbada y blanca, velabas una noche sí, una no, y entrabas sigilosa para no despertarnos a pesar de que en unos minutos deberíamos levantarnos para ir a la escuela, gabrielito, adrián, maría, y fingías dormir hasta que entrábamos a darte los buenos días, a despedirnos, como si no te hubieras ausentado, como si toda la noche hubieras estado ahí y la vida anduviera su curso normalmente, leona obligada a alimentar a sus cachorros, dormidos en la noche y vigilantes en el día, te diste con rigor a la tarea de afirmar un hacer acuciante y difícil. ¿Cuántas noches en vela pasaste, navegante de golfos sombríos, recorriendo caletas

purpúreas, evadiendo remolinos y arrecifes y riscos del no dormir?

¿En la deriva de esas noches sentiste que la oscuridad se espesaba sin remedio y que sólo era posible avanzar a tientas y que el mundo ante ti se deshacía como una telaraña?

¿Pensaste alguna vez que nada podría tener sentido, que tu vida podría muy bien ser ilusoria o inútil, que al final de ese túnel no había nada, que quién sabe, y el alba te salvó?

Una respiración de palabras secretas: el mundo era unas salas de hospital.

3

En el jardín, flores y arbustos: hortensias, gardenias, dalias, el palo loco y sus dedos crispados, su melena amarilla, su baba verde,
las florecitas de San Juan, polvo astral sobre crespas colinas de lava ondeaban en las inmediaciones de Cuicuilco,
recogíamos tarántulas, raíces, flores, grillos, piedras, cada excursión procuraba su cuota de vida para ser observada,
o en los bosques de Hidalgo, junto a las peñas, las hojas se cerraban, púas de pinos y bayas de eucalipto, piñones de oyameles, hojas sobre la tierra leonada,
heno, ramas de cedro, cortinajes de musgo gualda, la claridad cremosa de un claro refulgiendo, campanas de luz,
o aquella navidad que debiste hacer guardia y nos quedamos a celebrar contigo, los pasillos brillaban con una luz metálica,
un resplandor violento y azuloso que hacía más opresiva la atmósfera desolada de aquellos muros,
los cuartos en sordina despedían destellos fosfóricos: país de estrías de vidrio, país de púas, ácido y enconado,
seres de blanco, ángeles fantasmales en las reverberantes salas, las enfermeras meticulosas, blancas, nítidas, beatíficas, aladas casi parecían no dejar nunca de circular, su paso me alteraba,
deslizarse de zapatos con suelas de goma en las losetas enceradas, chirridos, pasos, cofias, la singladura de una navegación angulosa y profusa,
pasos, susurros, pasos, tintineo de frascos de vidrio, rodar de llantas de hule sobre la lisa superficie,
olor a mercurio y a yodo, olor a ropa sucia, a sudor, a punziones, murmullos, cuchicheos en los cuartos,
cicatrices que no terminan de cerrar, pústulas reventando, puertas que se abren con un chasquido húmedo, quejas, susurros,
un sonido suave, un golpeteo, un rumor acercándose, un chirrido aproximándose por los corredores,

el frú-frú de las medias de nylon al rozarse en los muslos, pasos, pasos en el linóleo,
crujido de suelas de goma,
cofias blancas en la luz espectral, temblor de vidrios, de frascos agitados bajo un lustre
de luz fluorescente: un ámbito narcótico.

Adiós ahora, adiós, adiós.

4

Ojos de polvo, facciones de polvo, ceniza, hojas revueltas, remolinos oscureciendo las
ventanas que dan a los fragmentos de un territorio mítico:
las hondas galerías del Museo de Moneda, la tumba de Pakal (entonces no sabíamos su
nombre), la ciudad de los dioses, los yerbazales de Tepexpan, corredores y salas de
Tepetzotlán y de Acolman,
que en ciertos rincones, entre las vigas, en el remate de los arcos, en el entablamento de
algún friso, continúan reflejando algún aspecto de ti
fieles a la pasión que te hacía recorrer, ligera, sus espacios y subir y bajar y cruzar
referencias y fechas y motivos arrebatada por una emoción y una sed contagiosos.
Bajo la telaraña de la lluvia surgen otras vivencias: la nieve en la ciudad, esa mañana, por
todas partes, en las banquetas y copas de los árboles, cuando el invierno izó en el
altiplano sus pabellones de seda violeta o blanca,
sus guirnaldas de niebla, sus cortinas de luz helada, y tú nos llevaste a verla, nuestro gozo
infantil bajo los copos, las chimeneas prendidas en aquella casa en el Chico,
los poemas de López Velarde que me leías, tu temprano entusiasmo por Rulfo, tu devoción
por Kafka,
vigilante cuando bordeamos el abismo, admiradora de los jóvenes: los juglares ingleses, el
poeta-filósofo, las piedras,
supiste ejercer tus simpatías transportando estudiantes aquel otoño del 68, cuando creímos
que el tiempo se movía de nuestra parte.
Lánguida, susurro sosegado, la lluvia hace añicos edificios, esquinas, casas en los charcos
donde se ahonda el reflejo de la ciudad,
Insurgentes esquina con Reforma, y un poco más allá, la incipiente caligrafía de los
anuncios luminosos centelleaba en todos los puntos de la glorieta,
el pulso de la noche bajo la empalizada de la lluvia ensanchando sus tentáculos, sus
galerías, sus compuertas,
hojas, susurro de hojas, el telar de la luna, el patio bajo la lluvia, pasos, la barda con la
jardinera donde la yedra alzaba su cerca de verdor: luz de agua encharcada,
un vaho gris pardusco en los espacios de la casa que tu ausencia tiñó de una coloración
parecida a márgenes de ríos, a pantanos y sombra.

Cierra los ojos y ve.

A veces la oscuridad se hace tan densa que tenemos que palpar con las manos, tentar en las tinieblas para poder seguir.

Ángeles tristes, cruces, columnas rotas. Susurros. Un viento áspero, polvo, arena, lodo, vapor, humo en todas partes, niebla gris. Madre, déjame oír lo que no oigo, déjame estar más cerca. ¿Dónde estás? ¡Si pudiera abrazarte sin que te desvanezcas como un sueño!

Madre, créelo, puedo oír tu respiración, la sombra clara sobre el muro, más cerca, como un rostro con los ojos vendados. ¿Me quedará con algo? Coronas mohosas, polvo muerto. ¿De quién eran los ojos con que vi las tumbas de los reyes en la basílica que me pediste ver por los tuyos? ¿Las viste tú a través de los míos?

Pienso en ti, e imagino que te desprendes de la sombra e irrumpes y vienes a mi encuentro, y por un instante estás aquí, con tu determinación y tus maneras árabes, con tu nariz hindú, tus ojos de gitana, tu pragmatismo, con el sonido ronco de tu voz, con tus manías y tus supersticiones, con tu cáncer, tu ineptitud en la cocina, tu propensión al sufrimiento, con tu curiosidad bienhechora, tu gusto por la música.

De regreso a la tierra, hundida en los surcos de las llamas, como una mata de salvia que asciende hasta la casa del amor, paz a tus cenizas donde ahora reposen: rumor de alas que levantan el vuelo, se hunden en lo oscuro y no volverán.

PROSA DEL POPOCATÉPETL

(2006)

*En su origen las montañas tenían grandes alas.
Volaban por el cielo y se posaban en la tierra, a su capricho.*

RIG VEDA,
en el umbral de *La ruina de Kasch*.

Las alas del volcán

ALUMBRAMIENTO DEL VOLCÁN

No era sino la primera noche, pero una serie de siglos la había ya precedido.

TALMUD

1

ERA DE NOCHE cuando la tierra se agitó como un jabalí sagrado,
de noche cuando comenzó a hervir, brusco mar inestable,
como si fermentara en un fondo de pantano, borboteante, flamígero, el suelo,
de noche cuando un estrépito de rocas como una urna de hierro
o el acorde de muchas aguas encorvándose soltó las asechanzas de su diversidad,
de noche cuando la tierra retrocedió espantada como un ciervo en el agua,
cuando la asimetría del comienzo sesgado por las sombras se inflamó
cediendo paso a la convulsión y al tumulto, pétalos desgajados,
de noche, de noche cuando el erizado culmen de la tierra cabeceó
en las ondulaciones de una orfandad que aquella danza transformaba.

Borbotones de fango altos como paredones de espuma o secuoyas despeñándose
crecieron y se precipitaron en la proliferación de las tinieblas
con la fiereza de un reptil que largamente incubara la vida en sus vísceras.

Bajo la respirante geometría de otras estrellas su lomo se encrespó;
su pecho fosforecía en la noche, una anegadiza borrasca lo atravesaba como una onda
raída.

En las hendiduras del silencio que se arremolinaba saltando en el aire encogido
ranuras secretas rodaron como las sílabas de una frase aún no dicha por nadie.

La noche abría sus brazos de murciélago, sus herrumbrosas bisagras,
chirriando como una quijada salivante y henchida en el momento de morder,
trititando poco a poco con sevicia las brotantes semillas de piedra.

Era de noche cuando el lodo se alzó en grandes olas y se arrojó al vacío.

Era de noche cuando el barro gimió y de su lamento brotó como un lirio una filtración
escarlata.

Recostado en lo cóncavo el abismo deshacía su poción escamosa.

La noche ardía en las rocas, en el vaivén de un sonido concentrado
a punto de volverse cristales, pulsación.

Llamas humedecidas, lanzas de púrpura, láminas de espuma rebotada.

El viento estaba inmóvil, el agua había retrocedido,
ninguna cavidad se arrebujaba en las fisuras de su red.

En su ascensión sin prisa, los cristales trazaban ilaciones, enlaces, símbolos.

La imagen se acoplaba a la fluente cadencia del fuego, se arrimaba con sus oscilaciones
al contrapunto de su espacio, con el ímpetu ávido de cada una de sus vértebras,
como si a los arenales de un playón llegaran los reflujos de un mar viscoso y vítreo.

Algo se desprendió, en alguna parte.

Desde aquellos torreones de sombra al volcarse la marea comenzó a burbujear como un
potaje.

Sobre la orla de las emigrantes llamas ondeaban tirantes ramales de hierro.

La tierra retumbaba como un tambor, el cielo resonaba con una turba de trompetas.

Una espesa acumulación de acuosa tierra ígnea rompió el silencio acumulado
y al sesgo de su impulso la masa formó un pliegue, como la dobladura de un paño
cayendo,

surcos, rizos, hendiduras en el áspero pecho de piedras cubiertas por las brasas.

El jabalí braceaba entre los borborismos de lodo ardiente,

su cabeza era una inmensa bellota, sus colmillos peñascos,
abanicos, flechas del aire incandescente.

Y ahí donde el brote de aquella flor de fósforo frisaba entre las rocas

condensándose, en las raíces del relámpago, un bisel fulgurante, una arista de luz

rasgó como un estigma el ópalo recrudecido de la noche. Y roncamente

una emisión ígnea y siseante, una vibrátil víbora de denso esmegma expelió su ponzoña.

(Era de noche y ninguna de las cosas conocidas presencié la prontitud del borbollón
alzándose.)

El fuego extendió sus alas sobre el acantilado.
 Estrías como agujones rajaron el cordel de la corteza al sacudirse
 y un vaho tórrido doró con una aureola la conculcada altiplanicie.
 El viento se había partido como un hacha.
 Muros de metal henchido, laderas ríspidas, barrancas de ceniza.
 Un estrépito de siglos, estrépito de piedras y troncos calcinándose
 acompañó la crispada irrupción de rocas, guijarros, polvo, lunas, nubes,
 rompiente que ascendía complicándose, arrugada y temible, pujante en la sed de otro
 dominio.

El cielo ató a la noche.
 Una sombra brillante se levantó, como un ojo.
 El sueño se curvaba sobre esa emanación, se combaba rugosamente en la fijeza de su
 asombro.
 La tierra, evaporada por la conjugación del verbo, boqueaba detrás de colosales franjas
 de aire
 como si lo indefinido hubiera orquestado allí la confusión de un tumulto que ahuyentara
 a los ángeles.
 Librada a la creciente de su oleaje, la tierra se había convertido en un artificio de las
 llamas.

La noche goteaba otras estrellas cuando el metal de la memoria cambió el caudal de sus
 cascadas.
 En las horas hendidas, antes que el terror y el murmullo dejaran testimonio,
 que la voz decisiva del fuego, sus espasmos y rumbos trazaran ningún cauce,
 que figuras y signos radiantes aparecieran como una premonición y una sentencia
 tallados en los rasgos de las incomprensibles, desdeñosas máscaras de los muertos,
 antes que la muerte y el rencor de la muerte reconociéndose en esa mueca
 remedaran los gestos de la cara del hombre en la luna escindida de un espejo al
 romperse,
 antes que el pedernal y los conjuros comenzaran a urdir sus galerías, sus pasadizos, sus
 compuertas
 y el amor de la gloria inventara dioses, naves, batallas
 en el comienzo de algún reino expuesto sin resguardo a la intimidación y al desamparo,
 en la noche sin nombre todavía, en la mente agrietada de la tierra,
 como el río seminal de una palabra aún no pronunciada,
 accionó el escozor de un viento paleolítico.

Crujieron los goznes del amanecer, crujieron las anquilosadas coyunturas del mundo.
 La tierra librada a la velocidad de su volumen laminaba lunas, barrancas, árboles.
 Envuelta en un brillo asfixiante el alba se erguía con la embriaguez de una humedad desconocida.

Sobre los restos compaginados de la noche la brisa se disoció de la brisa,
 la geometría de otro perfil se recortó en lo cóncavo
 y en la piel de la noche dejó su testimonio la dimensión de otra estatura
 escrita sobre la tensa curva de la tierra.

LAS ALAS DEL VOLCÁN

ESTALLÓ la corteza visible del volcán.
 Un domo de discordes descargas desagregándose
 desperezó una tromba que se extendió en el valle.
 Nada escapó a su influjo.
 Bajo el trueno volaban las vibrantes volutas de brasas intrusivas,
 vaharadas de vehementes nubarrones desparramándose.
 Árboles súbitos, pinos, cedros, abetos de ceniza
 impelidos por la violencia del espasmo
 silbaban como un arpa de sombras.
 Con la velocidad del dios que ha alcanzado a la ninfa en la tierra
 y la cerca y con el ánimo enfocado en tenerla
 la oculta bajo la densidad de un cespío estrépito visible,
 la voladura de la polvareda, el lujo, el soplo sobre la arena ennegrecida
 con un ronquido de tezontle y pómez se incrustaba en la costra.
 La obcecación del viento engastándose en los acantilados y las grietas parecía
 encontrarse,
 verterse en lentas olas de ceniza desde el vértice con el ímpetu de una reverberación
 endemoniada.
 Ante impasibles intemperies, en la campana de las horas más hondas,
 la vívida vesania vesical arremetió con la violencia de una profanación,
 con la potencia de una pulsión que se entreabre en donde el aire se hace sólido.
 El cielo, de la costa distante, espejeaba en los ramajes de una veladura
 reflejada en la flagrantia de esa luz bordeada que surge desde abajo.
 Pero el espesor de la sombra que se aprisiona en el hueco de lo natural desconcertado
 no cede y su penetración oblicua emerge como una nueva sutura
 y rinde su tributo a la tierra y al fuego y al humo que lo envuelve.

(La escritura ha infectado aquí al paisaje.)

VARIACIONES DEL VOLCÁN

(El volcán y su sombra)

*Aparato
de siglos belicosos, orfebrería extinta,
luce nieve de antaño tinte antiguo.*

STÉPHANE MALLARMÉ

1

SIDERAL, progresivo, fustigando el espacio
de rojo inusitado, abre su ala terrible
que en el abismo tensa niega el horizonte:
lo que se eleva, alaba.

Solo en su base de basalto y lavas,
murmurante, tiñe el matiz antiguo.
Bate solícito con su plumaje
el haz de la planicie ilimitada.

Rocas y viento y pájaros vacilan
cuando el pozo de sombra congrega su alquitrán
en el hondo aguamar de las piedras absortas.

Una pesada nube sin sigilo se posa
sobre esa orfebrería, aquí no extinta.
Y a la sombra responde roncamente.

2

Equidistante de la piedra y de la nube,
puntuando su equilibrio, que en la noche
sin estrellas resiente eternidades,
sueña el volcán el lujo de sus alas.

Desparramado en sus raíces, laberinto
alzado por la luna el eco corporal
hacia los cuatro puntos cardinales
despliega su laconismo imborrable.

Abanico de erguidas claridades
materializan la extensión y la forma
la avidez de un volumen que aún sueña subir.

El monte vuela y halla un centro en todas partes,
con una piedra pómez lija sus abalorios
y se arrebuja en la oscuridad rezumante.

3

Ya la lengua del volcán enemigo
moviliza sus rocas, trenza con acrimonia
en el aire su opacidad, su audacia.
Reciamente desparrama su estela.

Entre la eternidad y la nada
paletadas de plata negra.
Un rastro de terror, soplo del soplo.
Y su atracción aumenta. Quemándose, se crea.

Así, cuanto más vacila su cuerpo rajado
más armoniza la cauda de ese oleaje,
como si despuntara el cono traslaticio.

Y lleva por el llano su batalla hasta el alba
mientras los ojos fijan el cántaro morado
y su espiral en el paisaje.

4

Al caer sobre el monte, la noche ata
con tenaz parsimonia sus llamas sibilinas
a la cresta nupcial, anegándola.
A tajos suben nubes.

Entre el volcán y el aire se interponen
los ruidos del comienzo. El ojo se acomoda
a la alta lejanía, como animal terrestre.
El ojo agrupa el grumo del volcán.

Con las manos abiertas entonces rememora
la fruición del espacio que circunda y sujeta
la experiencia de la inmovilidad.

Dios hundido en la piedra, aire sin nieve,
solo, agudo de rocas, iza su soledad
azul, su pavoroso centelleo.

5

El volcán bruñe su territorio inconciliable,
sumergido en la sombra y ascendiendo
(como todo lo vivo) reverbera
y se olvida de la noche y el viento.

Arenisca o roca dura, es lo mismo,
atentas a la veloz diversidad.
Un brusco vaho imanta como montón confuso
el cuerpo no movilizado.

Y en los dominios de la luz cuajada
relativiza el ala de su círculo,
aun en el auge de su ardor ligera,

aun en el brillo de su acción arcana,
entre la indiferencia del granito
y la melancolía de la nieve.

CRÓNICA

EL HOMBRE abrió los ojos
y la imperiosa dimensión,
templo, cubil, madriguera del rayo,
ya estaba.

Piedras sueltas

A Vicente Rojo

LA LUNA EN LA MONTAÑA

LA LUNA en la montaña
entre nubes parece
tejer su telaraña.

LUEGO DE UN AGUACERO

BLANDA sobre la cuesta
nieve recién caída.

MEDIODÍA

EL SOL blanquea
los troncos de los árboles
derruidos por el viento.

EL VIENTO

DESDE los escarpados picos
lanza nubes de arena
contra los zacatales.

VOLCÁN BAJO LA NIEVE

BLANCO tigre en reposo.

MAÑANA

EL VOLCÁN se despereza:
sobre la ruda cabeza

asciende la fumarola
blanca, como una escayola.

SUITE

EN EL bosque de pinos
se desbordan los trinos.

PASTORAL

¡ES TAN claro el torrente
entre los oyameles!

IDILIO

SUPLE el rumor del mar
el viento en el encinar.

EN EL AMANECER

UN TRIÁNGULO de luz
azul encima
del soberbio testuz

perfilado: en la cima
de sí geometriza
el imponente cono de ceniza.

TEMPORAL

EL AGUACERO es tal
que podrías pensar
que la arboleda está
sumergida en el mar.

EL GLACIAR

CONTRA la bóveda oscura
rielando en la ladera
el sol lo transfigura
sin tocarlo siquiera.

CREPÚSCULO [I]

EL VIENTO en los arenales
afila sus puñales.

Fugaces esculturas,
remolinos, torres oscuras

que el polvo arduo recrea
en árida pelea.

CREPÚSCULO [II]

NO logro descifrar
lo que dice el pinar.

EXHALACIÓN

LA ESCARPADA montaña
despertó con migraña:

una crespa melena negra
le ciñe la cumbre como una culebra.

De pronto deja oír un estruendo que espanta
y una ardua fumarola se levanta

convulsa y ominosa. Asciende, crece.
La diáfana mañana se oscurece.

Poco a poco bajo el cielo apacible
cala una bruma triste.

Pegajosa, sin prisa
toda la tarde lloverá ceniza.

UN RELÁMPAGO

SOBRE la cumbre
elástico y violeta
latigazo de lumbre.

TRAS EL RAYO

RETUMBA en la ladera
se desparrama, rueda
un derrumbe de piedras.

EL VIENTO ENTRE LOS RISCOS

INDÓMITO entra a saco
en el acantilado
royendo los peñascos.

ATARDECER

UN VIENTO sin sosiego
brama toda la tarde
en el desfiladero.

EL VIENTO CONTRA LOS GRANDES PINOS

FUERTES árboles doblegados.
Ramas que se revuelven,
follajes descompuestos.
Sopla con furia, azota
la trabazón de ramas.
Muchos troncos se inclinan.

Aunque no sople el viento
es visible su efecto.

EL VIENTO EN LAS ALTURAS

ANÓNIMO, invisible
rostro eterno del tiempo,
el viento en la montaña
indomeñable lima los peñascos,
aceza entre los cardos y las nubes,
arremete contra los bosques,
quebranta los acantilados,
muge sobre los crespos zacatales.

Esparcido y mordiente,
el viento de carbón y escombros,
el viento sobre las piedras calcinadas,
el viento, el viento, el viento,
el viento que es el eco
fugitivo del tiempo.

Volcán erguido bajo la luna llena

BROCAL EN ERUPCIÓN

ENTRE la bruma, bajo las blancas nubes
vastas como una bahía
que se abanican sobre el valle,
el volcán veleidoso
vocifera con brío
sus bárbaras bravatas.
Virulento, vocea,
sus vocales de brasas,
sus vocablos de brisa abrasadora,
sus vagidos de valva o tolva,
sus nubes en volandas
sus bestiales badajos de brea.

Los bruscos bloques turbios,
las briznas de su polvo vibrátil,
su vaho, sus vórtices de humo:
vuelco de babas ávidas, su báculo
de brevas basálticas:
baza, vaina, vestíbulo.
Voluptuoso y bestial silba
sus bagatelas y sus valeses,
sus balazos sin brida
sus burbujas brutales,
su bacanal de lava,
sus vaharadas,
sus befas, sus bribonerías,
sus brocados de vides bravas.

Desde el brocal bullente, báratro borrascoso,
con la voluminosa voz
bramando se vacía, se vierte, va viniéndose:
vuelan las blancas bocanadas,
las volutas de su bronco vapor vacilante
que baja a borbotones
sobre su base vítrea

bañando valles y cañadas,
veredas y voladeros,
barandales, barrancas, vados.

Visto desde abajo,
válvula, brasero, vaso, brújula,
el báratro es un bálano.

DESALOJADOS

¿IRÁ A seguir enojado el volcán
las noches que vendrán?

INSTANTÁNEA

MONTAÑA y cielo negros,
nubes como sacos de sombra,
dunas agrestes.
Sopla un viento gris, luído.
El nubarral se aprieta.
Vapor, vapor color de luna sobre la arena negra:
ha empezado a llover.
Una imprevista flor de tenues pétalos
asciende entre las nubes, un haz de aire:
vuela una mariposa
blanca sobre la tierra negra.

NOCTURNO

BAJO la luz vidriada de la luna,
vaporosa, irisada,
tenue como un pistilo, indefinible
como un vellón de espuma
o un airón oscilante,
una columna de gasa rosada
grácil como un bullón de nácar
en la aurora ambarina,
o una flauta de nubes,

una apenas caricia, lánguida
la fumarola asciende
impalpable y erguida
en la azulada claridad.

ECLIPSE

ENTRE bancos de nubes, el volcán
desaparece. Se diría que
se ha ido, que no está más en su sitio,
que la masa sonámbula lo eleva,
lo despega del suelo, lo deslíe.
La muralla rocosa pierde peso,
se vuelve de vapor, un haz de humo,
y es invisible ya, y ninguna traza
deja sobre la tierra despojada
como si nunca ahí se hubiera erguido.

VOLCÁN ERGUIDO BAJO LA LUNA LLENA

1

DIFUSA, emborronada,
áspera isla asediada por las olas
de un borrascoso mar de nubes
o como una ballena surgiendo de las aguas
ondulantes bajo la luz agónica,
submarina azulea la montaña flotante.

2

De noche la montaña se agazapa,
su imponente volumen se apacigua,
simula descansar en hondo sueño.
Parece que la sombra condensara
la faz de su volumen, que su altura,
replegada en sí misma, se acortara.
La penumbra inconstante de la luna
la ha trocado en un monte inofensivo.

ESTAMPA

COMO un prepucio inmenso levantado
sobre el regazo curvo de la tierra,
o una jeta de morsa que asomara
por encima de la playa rocosa
en las aguas costeras de un mar vítreo,
o como la cabeza cercenada
de un gigantesco cíclope, deshecha
la melena de rocas y vaciado
el ojo cruel, el cono del volcán
indómito y estriado se recorta
en el crepúsculo de su reposo.

SOBRE EL CRÁTER

CON UN fragor de fragua
fumarolas silbantes,
vapor amarillento, remolinos
ascienden desde el fondo,
trepan hasta los bordes carcomidos,
hacen valer sus preceptos de niebla.

Paredes verticales
verdosas, grises, rojas
como placas de bronce
corroídas por ácidos.

Un penetrante olor a azufre
impregna la medida
del cielo lacerante.

Abajo, honda en el valle,
fugaz como una anunciación, se mece
la etérea sombra de un pájaro.

El jardín de los pájaros

—Nunca he oído a esos pájaros en nuestra tierra.

—Yo tampoco, cantaban en mi sueño.

OLIVIER MESSIAEN, *SAN FRANCISCO DE ASÍS*

Cristalina delicia del trino del jilguero.

LEOPOLDO LUGONES

EL COLIBRÍ

¡MÍRALO ahí,
de pronto, el colibrí!
¡Vivo fulgor, zigzag viril, vibrante
aparición, un haz
de luz, joya fugaz
brillando en el instante!

EL CARDENAL

DEL matorral
emerge un cardenal:
se asusta de asustarme, y alza el vuelo.
En el atardecer
semeja ser
un ascua contra el cielo.

EL CENZONTLE

CON LA dulzura
del sol que se aventura
entre los altos muros de tezontle,
se enciende en el jardín,
¡óyelo al fin!,
el canto del cenzontle.

EL GORRIÓN

HURGA el gorrión,
nervioso, en el montón
de migajas dispersas en la mesa.

Después, adusto,
se posa en un arbusto,
alzando la cabeza.

EL ZORZAL

ES EL zorzal
un genio musical.
Como un diamante pule su gorjeo:
sonora pedrería
que agrega al día
su diáfano deseo.

EL CARBONERO

INTENSAMENTE
el carbonero siente
la suavidad del aire que lo eleva:
en el soto de al lado
se ha encontrado
una pareja nueva.

EL PINZÓN

CANTA el pinzón
la más dulce canción
como un claro venero bajo el cielo.
Me mira de perfil,
cantor gentil,
y escapa con recelo.

EL CLARÍN

OYE al clarín
en lo alto del jazmín,
el hermoso clarín jilguero. ¡Cuánta
satisfacción
expresa su canción,
con cuánta dicha canta!

LA GOLONDRINA

LA golondrina
viene con la neblina
de marzo. Anidará en la enredadera,
bajo el tejado,
como el año pasado.
¡Llegó la primavera!

EL JUNCO

VE, en la techumbre,
al junquito ojilumbre:
quiere echar a los pájaros fuereños
del territorio
que guarda con notorio
amor por sus pequeños.

EL AZULEJO

EL azulejo
brilla con el reflejo
de un zafiro oriental de Samarcanda
o de Estambul,
intensamente azul,
muy quieto en la veranda.

LA ALONDRA

QUÉ dulce trina
en la luz matutina
la alondra musical. Un trinar fino
que nos cautiva
como una fuente viva
al borde del camino.

LA PALOMA

DESDE la loma
desciende la paloma;
luego gira encrespándose y emite
sobre un musgoso tronco
su arrullo ronco
que sin cesar repite.

EL COLORÍN

EL colorín
desgrana en el jardín
en flor su canto. Pronto echa a volar.
Meciéndose en la brisa,
terso, se irisa.
Diminuto juglar.

EL MIRLO

TRINOS, silbidos,
gritos entre los nidos
de los mirlos que aturden el sauzal,
de tal manera
que parece que fuera
un bosque de cristal.

EL RUISEÑOR

EL ruiseñor:
sonoro surtidor
de notas cristalinas. No hay ninguna
música comparable
al oro amable
de oírlo bajo la luna.

El viento entre las ramas

EL PINO

ALGUIEN dice: es el pino
una emblema del tiempo,
un alminar barbudo
inmóvil pero activo,
una vivaz veleta
vuelta a los cuatro vientos
(acércate y escúchalos),
un cendal, un rumor, un címbalo.

Bajo el oro del aire,
en el bosque ceñido
por el fulgor solar
no sales de tu asombro y miras
su cúpula irisada,
sus aguijadas hojas
su vibración cordial.

Es el pino una antorcha
hecha de mil bujías, un puro haz
de inextinguible claridad.

EL OYAMEL

BRISA y fulgor
el oyamel,
presencia fiel,
fragante olor,

flama, temblor
de tersa piel
sin oropel,
savia, verdor.

Flexible alfil
del ajedrez
que vez tras vez,

campal, viril,
juega a ganar
diseminar.

EL SAÚZ

EN LA piel
de la luz
tiembla el saúz:
ámbar y miel.

EL CEDRO

ERGUIDO, erguido
y corpulento
cono de crespas ramas,
temerario, incansable,
sobresale en el soto,
alto dardo imperioso
apuntando hacia el cielo
la puya de su copa.

Al pie de la montaña
señero y concluyente
predomina en el hondo
espacio del jardín.

Macizo faro oscuro,
el cedro magnifica
la luz que lo atesora.

EL ENCINO

EN LOS ojos del día
como un don del bosque,
acerado, fulgente
hasta la transparencia,
llama por aire y agua,
el encino tapiza
la tierra que lo apoya.

Pone en manos del viento
el limbo de sus hojas
como un franco molino
sus aspas bienhechoras.

EL MADROÑO

EN LA tez del madroño
radiante reverbera
un tatuaje escarlata.
Mapa de claridades:
un renuevo que tiene
algo de alga marina.

Fresca fragilidad
abierta como anémonas.

A la orilla del bosque
de ramas retorcidas
bajo el aire de lumbre,
izada y ondulante
arde con parsimonia
la hoguera del madroño.

Alta ajaraca de la piel luciente.

EL FRESNO

RECIO verdor vibrátil,
centinela apremiante,
en el alto verano emites
como un surtidor de alas
un caudal de semillas
volátiles cuando decides,
estratega del aire,
mariscal victorioso,
asegurar tu especie
y ampliar tus territorios de conquista.

Sueltas tus escuadrones:
la andanada de semillas aladas
como autogiros diminutos.

Pronto abundará en las cercanías
tu madera tenaz de yemas pubescentes.

Agrietado, infrangible,
el fresno es un estado de ánimo.

Te acoges a su sombra
como quien vuelve a su suelo natal.

OTRO PINO

SU TRONCO, como el cielo
cubierto por un velo

de nubes de tormenta,
con pertinacia lenta

trasuda cristalinas
lágrimas de resina

que escurren como estrictas
y pálidas estalactitas.

Se diría que el pino entero fuera
no sólo de madera

(y el símil no es infiel),
sino de ámbar de Simojovel.

CEDRO EN EL ABISMO

COMO un arisco búfalo de bruces
o las garras de algún ave prehistórica
encajadas y corvas en el pecho
rajado de la tierra, paquidérmico,
obtusos, como un pulpo excesivo
todo trompas y brazos, tentáculos crispados
o serpientes convulsas, tal vez voraces boas
infligiendo a la tierra sus cuerpos retorcidos,
las ramas y raíces asidas con violencia
como un puño de hierro o un velero de sombras
encallado en la margen pedregosa del río
brusco de la montaña, tozudo, inusitado,
con las uñas se aferra el cedro a la barranca
y en su filo se mece, leñoso equilibrista.

EL OCOTE QUEMADO

Hosco, intratable, renegrido,
chamuscado desde las plantas,
astroso y destroncado como un paria
entre lagos de sombra donde el rayo
posó con impiedad su pie abrasivo,
en la pradera de zacate negro
sobre piedras dispersas
alza con aflicción su torso torturado.

La guadaña del fuego rebanó,
trozándolo, al ocote de hojas aguzadas.
Cirio de las tinieblas en el paisaje lúgubre.

Un despojo aterido que suplanta

la soledad del sueño.

Cerrazón de la tierra calcinada.

UN EUCALIPTO

AGITAS, eucalipto, tu melena
plateada como quien dice un salmo
a su congregación.

Vuelto hacia el aire tiembles
mientras espejeas en el crepúsculo.
Fuste prolífico y mordaz,
pelas los dientes y perturbas
todo el espacio en torno.

Tu corteza brilla como una ráfaga,
látigo inhabitual, sed desafiante.

Esbelto, denso y flexible
tu mirada glauca y tus hojas corvas
cortan el aire y embalsaman
la clara tierra viva.

En tu vaivén percibo, eucalipto aromático,
los sueños por venir cuando tu copa
levantada como un cimborrio
iridiscente cabrillea.

EL AHUEHUETE

ELÁSTICO, ramoso, corpulento,
alto y longevo abuelo de brazos como remos
surcando el mar del aire, sin moverte desplazas
siglos de fe y estirpe y esplendor.

Viejo amante del agua
mil motivos tendrás para durar.

Elocuente cayado de pájaros perpetuos,
insignia, templo, tiempo
absoluto, presente cardinal,
maestro de los años, ahuehuate
fundamental, resistes desde el fondo
de tu saber esta época sombría.

Y aguardas sin despecho el tiempo cuando todo
animal y todo árbol y los hombres en pleno
acatarán tu ministerio.

Bajo la sombra del volcán

*Un volcán sus líneas sube
y el valle con la tarde se ladea.*

CARLOS PELLICER

ALBA

EN LAS puertas del día,
alta como una alondra
portadora de dones,
luminosa, radiante
sobre la adormecida
ladera del volcán,
una gota de luz
abultada de noche,
iridiscente perla
en el oriente diáfano
o límpido diamante
engastado en la bóveda
de zafiros y esmalte,
cristalina refulge
la estrella matutina.

CANCIÓN

EN LA madrugada
bajo las estrellas
un triángulo azul
alza su volumen
contra el cielo malva:
alto dios erguido.
Sol de tierra negra,
zarpas de ceniza,
más viento que tierra.
Gajo de granito,
estribo sañado,
cima y precipicio.
El volcán es noche,

sombra condensada,
avatar del lodo
primordial. Pirámide
de vértice al sesgo,
volumen prolijo,

Triángulo magenta,
cuajarón de sombras,
alto dios erguido,
alcázar de hielo,
silo de luceros,
roca tutelar.

Silenciosamente
bajo las estrellas
la estrella del alba,
cauda de cristales,
más agua que viento,
trepas tus laderas.

La luz te perfila
señor de la aurora,
cono taciturno.
Vela por nosotros,
alto dios erguido,
pirámide, grial.

IMAGEN VIRTUAL

EN LA PUNTA del pino más alto,
manchando la blancura
de la ladera del volcán,
inmóvil pero tensa,
bajo el sol sin fisuras
el águila escudriña
la extensión frente a ella:
bosques,
 cenizales,
 barrancas
peladas como huesos.
La montaña bajo la nieve

reverbera con un brillo metálico.

Abajo

bulle la vida, minúscula,
invisible para cualquiera
pero nítida en el ojo del águila.

Al fin abre las alas.

Se levanta

oscilando
en la cresta del viento,
mirando fijamente el abismo.

El águila se cierne
en la cumbre del cielo.

Pronto se precipitará
fulmínea, cenital,
vibrante como una navaja
sobre su presa

—hambriento
amasijo de músculos y plumas,
y confundiéndose con ella
la remontará en sus garras de sílex.
Velocísima en su poder
es un fulgor cenizo
entre la cordillera
y el sol que azulea.

Como al águila,
un mundo
nos convoca allá abajo,
entre los arenales desolados...

UNDER THE VOLCANO

UNA VASIJAS de madera,
una jarra de vidrio azul,
la pintura de un templo frente al mar,
una inscripción en piedra rematando un pórtico,
el retrato de una mujer,
una lámpara y un espejo de bronce,
una cama deshecha, con almohadas de lino,

un corredor de mármol verde junto a un sombreado jardín,
una calle de tierra con tapias bajas, un patio, una fuente.
La furia del Vesubio, que arrasó tantas cosas,
tantas casas albergando movimiento y pasión,
dejó intactas, a través de los siglos,
vivas imágenes del ser de una ciudad.
Al destruirlas, las preservó.

Allá arriba humea el Popocatepetl:
una parda columna de muchos metros
ensombrece como un remordimiento
la mañana apacible.

Me pregunto:

¿Iremos a ser pasto de la ceniza ardiente,
a nuestra cama la anegará el lodo volcánico?
¿También a nosotros, una tarde, una mañana,
el cielo ennegrecido, repentino y terrible, nos cubrirá?
¿La jarra del té, los sillones de mimbre,
los frascos cuidadosamente alineados en la repisa del comedor,
las ollas y cazuelas de barro,
la gran mesa de cedro, los discos, los libros,
los retratos de la familia en sus marcos,
la terraza frente al jardín,
las rosas, las veredas de árboles,
el portal de anchas vigas desaparecerán
sepultados por montañas de *flujo piroclástico*?

¿Será que un día, buscando otra cosa,
alguien descubrirá
y exhumará y clasificará
entre objetos diversos: monedas, vasos, muebles
"perfectamente conservados en los bancos de lava",
un par de negros bultos enlazados
(la atroz reliquia del fervor que fuimos)
que hacinarán en las vitrinas
de algún museo arqueológico?

Bajo un cielo sin nubes el viento esparce la densa fumarola.

SUBSTANCIA DE UNA SOMBRA
(2011)

Him who is the substance of his shadow.

JAMES JOYCE

MAMA, YOU BEEN ON MY MIND

VEN A VER, allá abajo, el mar,
el alba que entra en la bahía: tenue
fulgor, tenue pulsión creciente
de las aguas, espuma y brisa rápidas,
olas de jade y níquel,
un cuenco verdegrís

—como tus ojos.

Cuenco de aguas amargas.

Después de muerta regresó en un sueño,
el cuerpo carcomido brotando de lo oscuro,
parda mortaja suelta hecha jirones,
helada y rígida
esperando las llamas,
esperando que la hija volviera de su viaje
para entrar en la gloria del horno
¿cuántos días?

Un olor a cenizas mojadas.
(Pudiste haberte arrodillado).

Un espejo, un collar
de corales en el cajón, y hierbas:
hojas de toronjil, romero, salvia,
ramas de ruda.

Y un retrato
requemado en los bordes
sobre la cama.

¿A dónde, a dónde vas?

Tenía abierta la puerta,
quería oír la música.
De niña redactaba en su cuaderno
precisas descripciones
de las cosas que le gustaban;
animales, objetos, sitios, caras.
Decía que para ella
ésa era la mejor
manera de guardarlas.

No sabía
dibujar, jamás aprendió.

Su torpeza era tal que si intentaba
figurar una casa
en medio de un jardín,
todo el mundo veía
a un pájaro en su jaula.
¿Dónde está ahora?
Había puntos de ansiedad en sus ojos,
gotas de angustia, tosiendo en la cama,
exhausta por la falta de aire.

Podrías haberte arrodillado.
Madre, madre, qué pronto te dejé.
Un cirio, ojos vidriosos,
una cama deshecha junto a un muro líquido.
Gotas por la ventana abierta.

Mar ensombrecido.
Ay,
yo también moriré.
Llamita a la intemperie,
la costa se proyecta mar adentro
como tantas mañanas
en que todavía estabas aquí.
En el sueño tu aliento
viene sobre mí: ojos
verdegrís, viendo desde el más allá
de la sombra mortal.

Ahora, déjame vivir,
luz del sol, alma mía.
Adiós, adiós, adiós.
Que no te desconsuele
el amargo misterio del amor.

Pálidas palabras temblando,
pálida luz de plata
inundando la brillante bahía,
pies de oro sobre las olas,
blanco pecho del mar,
blancas olas sobre la marea.

Y una voz, una voz oída desde el mar.
Cruel química de estrellas.
Aquí estoy.

MAR DE FONDO

VIENTO en la cresta de las cosas, viento
de sinsabor, viento de humo.
Y uno con el rostro vacío
formula una pregunta
(una frase, una frase impaciente):
“¿Puede algo que nunca ha sido existir?”
Fabulado por la memoria,
un cuento, como cualquier otro,
una pura invención.
¿Qué nos queda entonces?
El pensamiento
que es el pensamiento del pensamiento.
¿Eso es lo real? ¿Lo único
tangible de la vida?
Teje, tejedor del tiempo.

No recuerdo el lugar: una colina
que se alza desde una planicie
abarrota de cadáveres.
El camino subía y bajaba.
Gritos, y una alta polvareda,
trote de caballos oscuros,
sudor y polvo, el temblor de la tierra.
Tumulto de voces amontonadas.
Y un general, militar de carrera,
arengando a sus tropas
(cualquier general, no importa a qué tropas).
Todo por el amor de Dios.
Repique de campanas.

Defender la realeza de Cristo.
¡Dios, Patria y Libertad!
¡Qué caray! ¿Y tú qué piensas hacer?

Oigo la ruina del espacio,
vidrios rotos y muros derrumbándose,
estrépito de balas, estallidos.
Otro agarre como éste y nos acaban.
Aplastados, exhaustos.

Una bandada de tordos pasó
cruzando el cielo vacío
y se perdió en los cerros.
(Los vio o no los vio, porque el sol
¿o era la luna? le daba en los ojos.)
En las llanuras del Bajío
fango, ruido de guerra,
vómito de muerte de los que caen,
clamor de hierros rotos, ráfagas,
bayonetas en las tripas ensangrentadas
¿de cuántos? Y un clamor:
¡Viva la Iglesia! ¡Viva Cristo Rey!
Tinieblas brillando en la claridad,
en una claridad
que la claridad no podía comprender.
Venimos de esas turbas. ¿Luego, qué?
Matar en el nombre de Dios.
Resplandece, sombría alma del mundo.
Una abuela y su prole,
ancestros respetables,
vivieron ese horror.
¿Y si lo que pasó nunca hubiera pasado?
¿Es posible lo que no ha sido?,
¿puede algo que nunca ha sido existir
o sólo es posible lo que pasó,
reflejo de lo que pasa en lo que pasa?
No podemos cambiarlo.
La negrura, el enredo
y la confusión de nuestra época
raquítica y obscena,
¿naufragarán?
El alma es todo lo que es:
la forma de las formas.
¿Qué nos queda entonces?
Agravios, rencor, fanatismo,

conspiraciones, delaciones,
ejecuciones, exacciones.
No lo puede borrar el pensamiento.
La impotencia del fin,
la aflicción, la ruindad,
la disolución, la catástrofe,
el alma, el tiempo, el mundo,
¿todo vuelto una lívida
llamarada final?

La historia: una pesadilla
de la que no podemos despertar.
“¿Eso es Dios?”
Comenzó a llorar.
Su voz era secreta.
Los ojos hondos como el mar
viendo hacia el aire claro.

Eres sangre nacida de la suya,
y te llevó en sus brazos
y en su corazón. Eso es lo real.
Ramillete de lirios blancos
en su lecho de muerta.

Su sombra se extendía
sobre tu corazón, como
el trémulo esqueleto de una rama
quemándose: fue y ya no es.
¿Lo que no ha sido puede no-existir?
El viento dispersará todo.

TODAVÍA NO CUBIERTO DE ESPINAS

POR LA ORILLA en declive
bajando hacia la playa,
pensando a través de los ojos.
Fulgor de lo visible.
Refulge el agua verdeoro,
lo diáfano en los cuerpos cabrillea.
Mañana de verano, dicha cálida.

Cierra los ojos y ve:

un puente.

¿Hacia la madre?

Fría está y no responde.

La brisa caracoleaba en torno,
quieta extensión de la costa asoleada.

Caballos en el mar:

las blancas crines de las olas
encrespándose, tropeles de espuma,
rebaños de morsas, bajeles en volandas.

Un aire de ópera en el aire, un aria
palmariamente lejos.

A este lugar solías
venir con ella.

Cintas

de espuma en fuga sobre el agua,
efímeras mantillas de la sal.

Un bote de cerveza alzaba medio cuerpo
entre la arena. Luz áurea sobre el mar .

Silba la brisa en los pedruscos.

Unroquerío áspero y escarpado:
inmóvil catarata de granito.

Piedras calvas. Y atrás
un peñasco con forma de ballena,
rocosa mole erguida. La veía

apacible y enorme

surcada de algas, ríos
de sombra verde desde la ventana.

Las olas la rodeaban, lamiéndola,
la cercaban, pueblo manso de ovejas,
trepaban sus costados,
tropel de cabras crespas,
embate de corsarios, ciudadela asediada,
una horda de piratas
con chaquetas de cuero
corriendo, encaramándose
enarbolando dagas,
dando tajos en la verdosa carne
gris de la ballena.

Un paraje

que exalta la memoria.

Ojos suaves de marchitas pestañas,
ojos de aguamarina.

Oigo a mi voz decir:

¿En que momento te perdí?

Estruendo: vehemencia de las aguas
entre sierpes de mar,
potros encabritados, rocas,
remolinos de espuma,
el agua susurrante hinchándose,
meciéndose, arremolinándose.

En copas de rocas se empoza.

A la una, a las dos y a las... ¡tres!

Cresta sobre cresta, olas y olas,
rápidos bancos de peces diminutos,
escuadrones esquivos, deslizantes,
lánguidas frondas de algas
oscuras, conchas huera.

Respiración de la marea:

urdimbre de la luna.

El pelo le flotaba en el aire contra la cara.

En un banco de arena
cercado por el agua, un perro trota
husmeando aquí y allá, buscando algo
¿perdido en otra vida?

Por la orilla de encaje
de la clara marea se detiene
y rápido olfatea
un crespito bulto negro:
el rígido cadáver de otro perro,
fiambre hinchado, caído,
arrastrado: pelaje sucio, moscas,
cráneo, costillar deshecho. ¡Hermano!

Carcasa en el borde del mar.

Rastro disperso. Arrastrando las patas,
olisqueando aquí, allá y acullá
orina largamente
sobre una piedra que no husmea
y se aleja a lo largo de la playa.

Lanchas, papeles, latas de cerveza
frondas de algas,
troncos tallados por el viento,
pulidos por las olas.
¿En qué momento nos desencontramos?,
¿en qué instante perdí las cosas que
conservaba de ti, mamá?

Y una barca atraviesa la bahía
parsimoniosamente.
Velero silencioso.

ELLA TOCABA EL ACORDEÓN

VER las franjas del mar:
verde azul añil morado negro
resplandeciendo bajo el sol.
Enfrente un alto muro
trepado en el cerro, y las notas
de una canción, un radio,
trayendo y llevándoselas la brisa,
palabras desgarradas:

*¿Qué te cuesta
librarme de tanto mal?*

Una gata, la cola levantada,
frente a la rada ronda
una lata vacía de sardinas.
Flexible forma blanca,
verdes pupilas luminosas.
¿Tienes hambre, minina?
Y luego un trozo de cartón,
pardo despojo,
llega empujado por las olas.

Rápida luz tibia del sol
y una sombra dorada
corriendo, una muchacha:
su pelo rubio/lacio/suelto.
El dolor está lejos.

Risas y gritos y gotas,
abanicos de gotas.
El baño de la ninfa...
Ojos suaves mirando de soslayo,
una ondulante cabellera rubia.

Sous le pont, oui.
Simonetta, Simonetta, ragazza.

El aire libre ayuda a la memoria.

Mediodía: sol zureante.
Colinas de arena, elevándose,
fluyendo, manchones de breñas,
guijarros, troncos, algas
desparramadas sobre
la lámina del mar.

Un resplandor de gotas, aura amable.
Aureolas sobre las olas. Alas
de luces alhajadas
Frescos tramos, trozos de carne tibia.
Iridiscencias, lánguidas, rosadas: mojadas.
Labios como ascuas. Posarlos ahí,
en dulces labios leves de muchacha
o en pegajosos labios de mujer.
Farewell, my joy, for evermore.

Hace veinticinco años ya.
¿Te acuerdas?

Esa maestra de literatura,
con nombre de campesina austríaca
y el rostro de una virgen
de Zurbarán, bellísima
española de grandes ojos suaves
y susurrante voz de terciopelo.

Vos me habéis muerto.
Sin duda le gustabas: te apartó
de los otros. Severa, te sentaba

al fondo del salón en los exámenes,
“para que nadie te copiara”
(oh, discípulo aventajado),
y se paseaba morosa-mente
alrededor de tu pupitre.
Falda ajustada y clara,
pegada al cuerpo,
ciñendo la pasmosa
redondez de sus nalgas
finamente opulentas y flexibles y plenas,
más turgentes que pérsigos,
que posaba ante ti como si nada,
como si no pensara que su proximidad
podía trastornarte,
alterar tu equilibrio,
abismarte en la más
desesperada desesperación.
(¡Y pensar que ella entonces tenía apenas 20 años!)

Escucha: el ruido de su cuerpo
pasando junto a ti,
el roce de sus medias
en los muslos repletos
que la estrechez de la falda envolvía
con una nitidez inolvidable:
schsch, schsch,
dando vueltas en torno de tu banca.
schsch, schsch.

Luego se recargaba
fina como una corza
en la paleta del pupitre
vigilando a la clase.
Y su voz que ceceaba
dulcemente decía:
“¿Cómo, no has respondido esta pregunta?
¿Te has olvidado ya?... El Poema del Cid...”

Visitaste su casa, varias veces:
te invitaba, maestra muy solícita,
a corregir con ella los exámenes
de tus celosos condiscípulos.

¿Dios mío, qué pensaba?

Preparaba un refresco,
toronja y quién sabe qué de alcohol,
que te ofrecía despacio,
dueña del tiempo: ninfa en su antro.

Tocaba el acordeón. “¿Me atarías
las correas? Aquí,
alrededor de la cintura,
delante de los brazos,
un poco más ceñido.
Me dirás si te gusta...”

Ah, te hubieras podido volver loco.
Silbaba las eses.
Y se sentaba frente a ti, dejando
que miraras sus largas piernas,
cruzándolas sin el menor recato,
mostrándote el relámpago
oscuro de las bragas
entre los blancos muslos.
Su carne olía a nenúfar...
Una gata atigrada: llama parpadeante.
Me trema un poco il cor.
Contenías el aliento.
Tócame. Manos suaves.
Ah, tócame pronto, ahora.
Voglio e non.
Amor, consiglio!

Escalones de piedra,
paredes de ladrillo bajo las altas torres,
muros fríos. Y una voz, un murmullo
insinuante siseo
enhebrando relatos.
Un siseo de serpiente, largas uñas
de guitarrista, largos pelos lacios,
el profesor de ¿música?
narraba en El Castillo,
esa ala oscura del colegio,
inquietantes historias,

relatos tremebundos
que rara vez concluía.
Proyectaba películas,
nos intrigaba
Fascinación por el misterio.

Y mi niñez se agita
en el salón de clases.
La si daren la mano...
Vorrei e non vorrei.

Who? Unreadiness. Take her now who will!

¿COMO UNA SOMBRA EN EL RINCÓN, PADRE?

ALIENTO sofocado, jardín de mala hierba,
turbio aire estremecido,
tolvanera en el páramo
viene ahora a inquietarme
la sombra de mi padre.
Si la carne pudiera deshacerse,
disolverse en rocío...

Pobre papá. “No me gustan las cruces
panteoneras en la casa, no
me gusta el otro mundo”.

Apegado a la vida,
¿por qué quiso matarse?
¿No incumple con su muerte quien acorta su vida?
Acuérdate de mí, tú que acabaste
tú mismo con la tuya.
No hay escombros ni piedras ni guijarros
sobre su tumba: de pálido mármol
veteado y, un ángel
con una filacteria:
“Voló al cielo”.

Legado de un padre suicida.
No más dolor: un tiro en la cabeza

y ya no despertar.
Un fogonazo súbito.
¿Intencional? Quizá no lo quería.
Nunca podrás saberlo.
La sangre derramada, la vida detenida.
¿Pensaría en mí, en nosotros?
Ni una carta, un recado, nada.
Para mi hijo... Nada. No. Padre, padre,
¿por qué de esta manera?
No verlo nunca más.
Solamente la foto,
que alguien tomó ¿la policía?
Huera expresión serena.
Me alegro de no haber entrado
esa noche a su cuarto: verlo ahí,
al pie de su escritorio
(¿quién se lo habrá quedado?)
tirado en un charco de sangre,
boca arriba, con los brazos en cruz...
Era domingo de resurrección.
Rómpete, corazón. Adiós, adiós.
¡Que siga rodando todo!

Laberinto de tumbas.
Calles, manzanas, lotes.
Boato de la muerte: pompas vanas.
¿Todo termina aquí?
Haz de murmullos, de pasos cansados
detrás del ataúd.
Y luego en la capilla
graves figuras silenciosas
agolpándose en torno,
en susurros, señalando: difusas
voces cascadas. Frío,
malestar, coronas de flores.
Y la alta indiferencia
erguida frente a mí.

Fragmentos de figuras, brazos, manos
suplicando en silencio, sombras
sobre el cementerio color de polvo.

Tomados de las manos
al frente del cortejo
una tarde nublada.
¿Por qué dejar la vida?

Vetustas lápidas como terrones
agrietados, desmoronándose,
deshaciéndose bajo el cielo gris.

No, el fin del viaje de la vida no es
para todos igual,
aunque nuestro destino sea
un agujero en la tierra.
Ahora, paz a tus despojos.
Ruega por el eterno descanso de su alma.
El ser que fue mi padre
yace irremediabilmente aquí
bajo tierra, pudriéndose
entre ángeles entristecidos,
cruces, columnas rotas,
criptas.

Y de una losa
descalabrada por una raíz,
una rata, obesa bola parda,
se escurre sigilosa.

ÁRBOL DE LUCES VIOLETA (SOMBRAS DEL CREPÚSCULO)

DE ESPALDAS frente al mar,
sentada en una roca
en el atardecer,
ligera y fresca oyendo
el murmullo del mar,
viendo el sol de crepúsculo.
Claros ojos gitanos
mirando el horizonte.
Una hermosa figura:
cualquiera la querría.
Una camisa azul
que la brisa levanta,

cabellos ondulantes.
El oro de la arena
hace más luminosa
la miel de su mirada.
¡Oh, la locura de la expectación!

Había recogido un caracol
que se llevó al oído
como quien habla por teléfono.
¿Qué oía? El mar: espejo
en el espejo del sonido.
Atenta escucha, atenta
ondina junto al mar.
Daría lo que sea
por saber en qué piensas.
Ella miraba el mar
y él la miraba a ella.
Sus ojos la exploraban
avariciosamente.
Estaba oscureciendo.
Él la miró otra vez.
Ella se mordió un labio.
Sus ojos se encontraron
y una luz lo invadió.
Le hacía hormigear las venas.

De pronto detrás de ella
un estallido cegador,
un relámpago azul,
verde, naranja, guinda,
una esfera irradiante
se desparrama en tenue lluvia de oro:
en el pueblo festejan
con fuegos de artificio.
Destellos flotando, cayendo.
¿Vas avenir conmigo?
Ella deja caer el caracol.
Shash, shash. El mar lascivo
le lame los tobillos.
¿Cuántos
años tendrá? ¿16, 17?

Una bengala asciende, asciende y cae,
un racimo de estrellas
rojas, blancas, azules.
¡Pájaros de mi juventud,
regresen! No es lo mismo.
No hay que desanimarse.

*Me gusta la montaña,
me gustas tú...*

Sabe que la estoy viendo. ¿Cómo?
¿Qué hace? ¿Va a cambiarse de ropa?
¡No puede ser! ¡Se desnudó...!
¡Está exhibiéndose...! ¿Qué busca?
Me tiene a su merced.

¿Qué tal que fuera coja, como aquella
muchacha en el *Ulises*? ...¡No, por Dios!
La belleza insolente no tolera el escarnio.
Me hierve la cabeza: estoy ardiendo.
Duro como una piedra.
Cada bala tiene su blanco.

Por un suave declive
a un lado de las rocas
desciende hasta la orilla.
Lleva en la mano un tronco
que el mar pulió y que ahora
en su casa le servirá de adorno.

Había piedras, pedazos de troncos
en la playa, algas resbalosas.
Con cuidado, despacio.
Veo una estrella ¿Venus?
Todo se desvanece.
Tierra mía, goodnight.

UN CANTO DE SIRENAS

Sings too: Down among the dead men.

Ulysses, 11

SUAVES, seductoras palabras.
Un barco entre las olas.
Una vela, un vuelo sobre las ondas
ondulantes. Señuelo.

Vela fugitiva, regresa.
No todo está perdido ya.
Difusa luz dorada,
el viento alrededor.

Dos hermosas muchachas, ay,
el pelo a todo viento,
pelo de bronce y oro,
a todo viento, amor.

Ay, reina de los mares,
se borran las estrellas,
ya está rompiendo el alba.
Amor mío, adiós.

Y rompe el alba: un velo
sobre las ondas, ondulante.
Cuando el amor absorbe el tímpano
no todo está perdido ya.
Amor mío, amor.

La primera vez que te vi, ay,
el alba con rocío, alba de amor,
aljófar de rocío. Yo te vi.
No podría dejarte.
Amor mío, adiós.

No todo está perdido. Escucha:
música que resuena en lo más hondo,
en el oscuro centro de la tierra.
Amor, amor, regresa. Ven.

Se borran las estrellas.
Rompió ya el alba. Ven.

SOMBRA DE OTRA LUZ

VEN A VER la luna nueva, dijo ella.
Ah, yo era entonces más feliz, dijo él.
Creo que sí. Canturreábamos.
Está brillando, amor, está brillando
la primera luna de mayo,
dijo ella. ¿Era ése yo?
¿Quién soy ahora yo?
No podemos volver atrás:
como querer parar el agua con las manos.
¿Volver atrás?, dijo él.
El tiempo no regresa. ¿Volverías?
Porque he sentido tu alma
temblando al lado de la mía
y he dicho suavemente
tu nombre y he llorado viendo
cómo la belleza del mundo
pasaba por tus ojos.
Amoroso ma non troppo.

Tararea una canción,
te piden esos niños,
una que hable de la ciudad,
de sus acechanzas y de su tósigo,
de su condensación equívoca.
La noche no es igual afuera,
la noche entra en la noche.
¿Quién desearía tu mal?
Non jazmines con sus flores
había, nin pedrerías.
Dijo que no tardaba, dijo.
Entonces irá para allá, dije.
Ojalá que sí, dijo.
Pelo negro, falda verde, sandalias
ligeras. No hay tiempo ¿Qué hora es?

Tal vez la vida no se acaba aquí, dijo ella.
Quizá. Quizá justo en este momento
alguien piensa en tu muerte.
¿Quién lo puede saber?, dijo él.

Entonces, qué, dijo él.
La juventud se acaba, dijo ella,
todo tiene un final.
El olvido es más fuerte
que la fútil memoria.
Nadie puede recobrar el pasado:
viento que desbarata
las nubes en el cielo
del alma interminable.
¿De qué luz es esa sombra?, dijo él.

¿Te acuerdas, dijo ella,
esa tarde en la playa,
el mar junto a las rocas,
el niño que construía
un castillo de arena?
Yo me acerqué a la orilla, alcé
una estrella de mar
y la arrojé a las olas. ¿Sí, te acuerdas?
Tú creíste que era otra.

Tu mano tocó la mía, dijo él.
Tú mirabas fijamente un espejo,
alguien vio reflejarse a nuestros cuerpos
rozándose, dijo él.
Sus voces se entrecruzan y confunden.
Entonces, qué, dijo él.
¿De quién es ese cuerpo?
Es el principio del placer, dijo él.

El placer no tiene principios,
dijo ella.

¿Cuándo te perdí...?
Nada de lo que quieras
atesorar perdura.

*En un yerto prado
de cardos e ortigas...*

Un sonido sordo y hueco
en el bol de la noche.
Pasos, pasos que son de nadie.
Escucha, qué silencio, dijo él.

Y él mira en sus ojos y ve,
como una nube pasa, sin ambages,
destellar el vacío
—¿la mueca de la muerte?
Ya no hay obstáculos, dijo él.
Adiós, amor, adiós.
Canturreaban. Ella se alejó.
Sus pasos la siguieron.

¿Que harás tú con la imagen que los muertos
han dejado en tus ojos?
Ladraron unos perros.
Arriba de sus cuerpos tembló un cielo dormido.

OJOS DE SOSIEGO AJENOS

MADRUGADA. Un estanque.
Un paredón en ruinas
entre árboles vetustos.
Camino,
camino delirando.
Una bruma azulosa desdibuja
los contornos del mundo.
Como hechizado me acerco a la orilla.
Mi madre está en el fondo y me hace señas.
No consigo entenderla.
Éramos, somos tan distintos.
Sólo agito las manos.
Mis labios tararean
una canción desconocida.
De pronto oigo su voz.
Sangre de mi piel, huesos de mis huesos.

(Huele, de lejos, los jazmines).

Se hace tarde, debo irme.

Hace frío...

¡Qué lejos está todo!

Irse, volver, ¿adónde?

¡Madre! ¡Madre...!

¿Podrás

volver al punto de partida?

Nada de lo que quieras

atesorar perdura.

El tiempo nos impele

y su latir oscuro dice que no duramos.

Incapaces de dar, nos estrechamos

hasta diluarnos, como la cera que se funde

en los rescoldos de un tiempo sellado.

¿Dónde te replegaste, corazón compasivo?

EN LA LUNA DE UN ESPEJO QUEBRADO

1

VIVIMOS un instante,

dijiste, un parpadeo:

apenas

partículas de polvo

en el aire brillante,

motas de bruma, nada.

La certeza es tan sólo

lo que empieza y acaba.

Nada de lo que existe

tiene sentido, salvo

si lo volvemos nuestro.

Vencer al tiempo y resistir,

escapar a su cauce.

¿Librarse de la muerte?

Unidos por lazos innumerables

al pasado y al porvenir

nuestro destino nos vincula

¿Es absurdo
entonces querer restaurar
el lazo entra las épocas?
Ese lazo está roto.
Nadie puede recobrar el pasado.

borrosa
tierra anegada,
ciénaga de espejismos.
Simulacros entre la niebla
obtusa. ¿Qué perdura?
Habría que creer,
tener una certeza,
ponerse bajo el toldo de un cielo protector
o al menos arrojarse
con alguna evidencia, por insignificante
o anodina que sea.

Un asidero,
 requerimos de un asidero.
 Un ideal, cualquier ideal,
 tocar lo inalcanzable.
 ¡Ah, si pudiéramos ser felices!

Quizá todo esté bien.
Pero un artista, un creador,
alguien que poseído por su amor a la forma,
consciente y voluntariamente
consigue realizar algo,
y acierta al concretar
la traza de su tiempo,
el cuerpo del espíritu,
en realidad no
está comunicando nada:
sólo llena un vacío
que ya estaba en nosotros.
Por eso el público, al final,
siempre tiene razón.
(Aunque, quizá, nunca la tenga).
El artista siempre debe pagar.

Lo que me interesa, escribiste,
 es un hombre que lleve
 en sí al universo,
 que lo contenga, como el cántaro
 al agua de la fuente.

Ser

lo que nos sobrepasa...

Y una voz, un murmullo:
 “Si muero en la deshonra,
 si mi alma, incapaz de flotar,
 no llegara a fundirse en el aire y la luz,
 o al contrario, si acaso
 se desatara un día
 sobre ella el clamoroso
 estrépito de la celebridad,
 igual este teatro de sombras deshará
 cualquier rastro que subsista de mí.
 El olvido es la meta.”

Padre, habrías querido
 decir una palabra más durable que el tiempo.
 No, no basta. ¿Quién puede estar contento?
 Morir con levedad,
 encenderse, como una plegaria.
 ¿Es un error aquello en que creíste?

Amaste lo más vivo, padre.
 No los hechos, dijiste, ni las cosas
 o los rostros recuerdo,
 sino el eco, la sombra
 de su recuerdo en mí,
 como una epifanía que se empoza.

¿El amor? Es la sombra
 más vana, un suspiro, no más.
 Nos levanta, como a una gavilla
 en las manos del viento, nos arrastra
 y nos deja caer...
 De esas brasas venimos.

¿En qué piensas?

La felicidad tal vez no consista
en otra cosa que en actuar
con la certeza de que nada
va a perdurar, de que ninguna
acción, ninguna expectativa,
deseo o sentimiento
van a permanecer,
que no tenemos tiempo.
Queda poco que rescatar.

¿La vida es un error?
¡Ah!, querría poder creer,
descansar, apoyarme
en el firme soporte de alguna convicción.
Todo se desmorona.

Pero lo que has amado,
lo que entre todo y todos
tomaste como un don
irremplazable y único:
las facciones de una mujer,
los versos de un poema que sabes de memoria,
ciertos crepúsculos y ciertas caras,
el elemental pulso del amor,
lo que es de veras tuyo
nada, ni las presiones de la pasión política
ni la densa marea disolvente
de la razón envilecida
pueden arrebátártelo.
Lo que bienamas queda
y brilla en tu conciencia
como una llama inextinguible.

¿Es un error aquello en que creíste?
Deja que lo que deja dé contigo.

3

El hombre desconfía solamente
de las cosas que no puede entender.

Y sin embargo sus dudas presentes
pueden no coincidir con sus dudas futuras.
¿Quién descreo?

Mis dudas, que son sólo
una ínfima parte del tiempo,
un puñado discontinuo de luces
en la luna de un espejo quebrado,
¿son yo mismo también?

El mundo no existe sin mí, que dudo,
aunque yo soy el mundo y soy la duda.
El mundo es tiempo y yo también soy tiempo
e igual todas estas briznas de hierba
y las piedras en el vado del río
y la niebla que va cubriendo el valle
y el rumor de la tarde, son tiempo;
el guijarro que arrojo
y la onda que lo pule,
el pájaro y la lluvia,
las nubes sobre la casa
y las ruinas de la vasta abadía
donde anidan los búhos,
las losas y los ventanales,
y toda apariencia, son tiempo.

Y el raudal, incomprensible
tiempo que está llegando es también tiempo:
la luz en el jardín mañana,
el cielo sobre el patio que brillan
las lluvias por venir,
el mar contra la playa al alba
borrando las huellas de unos caballos
que nacerán dentro de un siglo,
su factibilidad y su inminencia,
son también tiempo,
tiempo consumido.

Pues si algo es, el tiempo es:

no puede
separarse de ti.
(Yo soy su substancia y su cumplimiento.)

¿Qué harás tú con la imagen que los muertos
han dejado en tu ojos...?

El viento dispersará todo...

EL HUEVO AZUL
y otros poemas
(2013)

Diario de fatigas

MAREA BAJA

UNA NUBE blanquísima
encima de otra más grande.
El horizonte es una interminable franja oscura.
La playa se desborda hacia el poniente
y parece oscilar con el hambre del mar.

En primer plano un ángel,
una talla en madera,
como un tronco caído entre la arena
nos mira con sus ojos vacíos.
Desesperanza y sal sonora.

HACIENDA EN RUINAS

NO CARECEMOS de esperanza.
Altos cúmulos como platillos voladores
revolotean encima de la vetusta casa
a la que llega un camino de tierra apisonada.
Ventanas y postigos como dientes cariados,
manchas de humedad.
Aquí no vive nadie y sin embargo
algo de una emoción perdura.

Nos alegramos de la tierra.
Un colibrí rasga la lámina cobriza de la tarde.
Las nubes parecen las cúpulas de un iglesia de pueblo.

CASA DE BENEFICENCIA

UN ASILO en el trópico.
Tras el jardín en breña
ancianos hacinados
dormitan en hamacas
esperando el fin del mundo.

RETORNO DEL 13 BAKTÚN

PESE a la barahúnda
sólo esta iguana sabe
que hoy da vuelta la rueda.
En el alba naranja
entre crespos laureles
reverbera el estrépito
de miles de zanates
¿El reverso del tiempo?
En la costrosa planicie
sale el sol del gran ciclo.

DE VIAJE

SAQUÉ la mano por la ventanilla
y un enjambre de moscas
se precipitó sobre mi palma.

Los árboles en el camino
tarareaban un Bowie destemplado.
Nada nos garantiza
que podamos llegar al punto de partida
y que una vez ahí
nos sea posible regresar.

Anoche me dijiste
que un alazán cuatralbo
había saltado de tu sueño.

Aquel niño que cantaba ayer
¿te recordaba a alguien?

Una tras otra las líneas de colores
del paisaje
se dispersaron.

REVELACIÓN

BROTÓ el agua de un pozo que no habíamos cavado.
Una culebra sinuosa y reluciente se arrastró
debajo de la piedra que quité con el pie.

Quizá lo mejor hubiera sido
dejar abierta aquella puerta.
Pero qué le vamos a hacer, estaba ahí
y nada de lo que hagamos o digamos
podrá cambiar las cosas.

Nos reíamos,
lo cual no impidió
que cuando entramos tuviéramos que usar velas.
En la precaria oscuridad
zarpar quién sabe adónde
pareció ser la única solución.
Y no obstante
nada de lo que supusimos
resultó al final cierto.

DESPUNTE

NO OBSTANTE que en el Sur la noches son más cortas
no hemos cesado de intercambiar notas
como si dependieran de ello
precisamente ahora nuestras vidas.

Alguna vez supimos
que todo esto terminaría en domingo.
Y aunque tal vez haya alguien esperándonos
no es probable que bien a bien
lleguemos a aceptarlo.

El canto de lo pájaros
pondrá cada cosa en su sitio.

CONVALECENCIA

CON EL PASO del tiempo acumulamos
falsas expectativas, certidumbres
que no se justifican,
explicaciones ilusorias
que el menguado transcurso de los días
se encarga de desbaratar.
Y así algún hueso roto,
un hueco mal sellado
o algún año de pie que ya no será igual
dejan sus escarmientos
que habíamos ignorado,
y no son ni siquiera un sueño,

al despertar constataremos
con pavor que a pesar
de nuestra mala vista
sólo podemos ver
la luz de las tinieblas.

EN LA PLAYA

ESA MUCHACHA ahí parece que flotara.
Con una falda azul
con vidritos dirías
que nueva Anadiomena
emerge de las olas,
salvo que su belleza no es mucha

FÁBULA

ME DIJISTE que no te molestara,
que no te llamara,
que ningún mensajito,
que qué whats ni nada.
Yo había colgado del ventanal de mi despacho
un banderín, una llama naranja
con la vaga esperanza de llamar tu atención.

Fue contraproducente, ahora lo sé.
Pero tendrás que concederme
que de noche
cualquier filacteria puede ser un misterio.

RESCOLDO

ALGUIEN se estaba yendo
también en otro sitio.
Sólo se oía el rodar de los autos
y el plop-plop de la lluvia.
Había llovido toda la noche.
Las calles bajo el alba espejeaban.
Hacía frío y el cansancio
de la noche pasada en blanco
pesaba más que un bulto de cemento.

Aún flotaba en el aire la ingrata sensación
de haber perdido algo para siempre.
Sí, algo se había irremediablemente roto.
No volveríamos a ser los mismos.

Nos habíamos prometido
no dejar que el tumulto
de las cosas del mundo,
sus asechanzas, sus intrigas,
sus rumores nos afectaran.
Ahora sé que fue inútil.
No complicar las cosas parecía
más bien una ingenuidad, un buen deseo.
Yo hubiera preferido que el asunto
no terminara así pero ya ves, el hilo
suele romperse por lo más delgado.
Ahora sabemos que ninguna
certeza es para siempre
y deberemos olvidarlo.

El huevo azul

SUITE NEOYORQUINA

EN EL comienzo de la tarde quiero
bajo este cielo de cobalto y oro
componer un poema como un himno
At the Flatiron Building.

Entrar en los pasillos que se angostan,
recorrer cada piso,
abrir todas las puertas
At the Flatiron Building.

Ir y venir en los elevadores:
arriba abajo arriba,
gozando de un por qué sin para nada
At the Flatiron Building.

Con los ojos cerrados
besarte en la azotea
hasta la última letra
At the Flatiron Building.

Con los ojos abiertos
dibujar una línea de fuga
donde se aloje el viento
At the Flatiron Building.

Acariciarte el pelo,
la curva de los hombros,
saber que estás conmigo
At the Flatiron Building.
Subir las escaleras de emergencia,
abrir de par en par los ventanales
(mientras no sea demasiado tarde)
At the Flatiron Building.

En el piso más alto
tomar el sol desnudos

y que el aire entre y salga
At the Flatiron Building.

Parado en la cornisa contemplar
las calles y colores
de la ciudad allá abajo
At the Flatiron Building.

Caminar, caminar, iluminarme,
ir de aquí para allá
a la luz de la línea de la vida
At the Flatiron Building.

Alzar la vista, adivinar
entre las claras nubes las estrellas,
bailar el pasacalle de la noche
At the Flatiron Building.

Ver que me ves que te estoy viendo
y en ese espacio libre acurrucarme
a la sombra de tus palabras
At the Flatiron Building.

EL HUEVO AZUL

A Ilhan, que tanto se divirtió con estos disparates.

1

YO TUVE un huevo azul,
un huevo bien plantado, grande, liso
y turgente, de fárfara hialina,
orbicular, orondo, encascarado
de vivo azul turquesa.
¡Ah qué elegante era mi huevo azul;
Facundo y desenvuelto como pocos,
sensible, competente,
dispuesto todo el tiempo a dar de sí
lo mejor a los otros.
Era un huevo ejemplar:

No le importaba el riesgo
factible ciertamente siempre
de romperse la crisma.

¡Qué huevo tan azul!, decía la gente
viéndolo prodigarse
ante cualquier apuro.
No prestaba atención a la maledicencia
ni daba pábulo a murmuraciones.
Era, para decirlo pronto,
un dechado de garbo y de buenas maneras.

Yo le cuidaba la figura
y ¿por qué no decirlo?,
la reputación. Lo mimaba,
lo guardaba en un sitio fresco y seco,
a veces por las tardes lo sacaba a pasear,
le daba su maicito, lo arreglaba,
le acicalaba el pelo.
El huevo y yo compartimos muchas cosas.

Si cualquier panegírico era nimio
parangonado con su gallardía,
no era menos verdad que él no le daba
la menor importancia.
Pero un mal día el huevo se paró,
perdió de pronto el pulso, no latía.
Y aunque no escatimé los medios de alentarle
ya no hubo modo de que caminara.
No obstante todos mis esfuerzos
no volvió a dar un paso,
se paró simplemente.
Lo arropé, lo curté,
le inyecté vitaminas, pero nada.
Desde entonces no puedo tratar con ningún huevo
de la forma o color que sean:
desde luego los arduos blanquillos de avestruz
o los pardos de pato o los de pez,
simplemente no puedo,
no los tolero más,
ni uno —íngrimo— de codorniz.

2

Mi huevo azul no toleraba el agua.
En los días de lluvia se recluía,
ceñudo, enfurruñado.
No le gustaba ni mirar la calle.
Se quedaba detrás de la ventana
ensimismado y triste, receloso
de quién sabe qué líquidos amagos.
Algún temor a hundirse, a endurecerse,
a perder su color, nunca lo supe.
Diagonal, vertical, finita o a raudales,
fuera como cayera,
la lluvia le hacía mal.
Lo ponía escamado, insoportable,
quería incluso sacarme mis trapitos.
Lo único era esperar a que escampara.
Entonces le volvía la clara yema al cuerpo.

3

Luminoso farol
en la calle, tinieblas en su casa.
Muchas veces el huevo y yo
discutimos, nos enfrascábamos
en discusiones más que bizantinas.
Era prolijo, necio, hasta ampuloso.
Lo que tenía de azul lo tenía
de soberbio, no soportaba
que le llevaran la contraria.
Pagado de sí mismo, huevo huero,
alardeaba de su galladura
y solipsista al fin
acababa mirándose el ombligo.
Le obsesionaba su perfil
(yo sospechaba que algo
lo estaba jorobando
pero nunca lo dije).
Incubaba odios súbitos
y entusiasmos no menos sorprendidos,
y cacareaba, quizá

evocando su origen, sinrazones
insostenibles (como él mismo
que no sabía estarse en pie).
Frangible, albuminado,
nada veía más allá de sí.
Con todo he de decir que me hace falta
y que lo echo de menos
y hubiera preferido incorporármelo
a tener que tirarlo a la basura ya inservible.

Sentado en una banca

LECTURA DE MODIANO

LA LUZ en la ventana trae el recuerdo de una tarde hace ya muchos años.
No había entonces ninguna señal, ningún indicio que permitiera
imaginar lo que con el paso de los años sucedió.
Y sin embargo, algo de aquel temblor perdura.
Nunca sabes cuándo vas a tener que recular.
En su mesita el florero ensaya una tonada nueva,
triste y dulce a la vez.
¡Tantas veces quisimos decirnos tantas cosas!
¿Juntas dos cosas que a nadie
se le había ocurrido antes juntar
y cambia el mundo?
Eso dice Barnes.
Unas veces funciona y otras no.
Nos hemos olvidado de lo que alguna vez nos separó.
Nadie ha venido a preguntar por ti.
Hablamos toda la tarde
y nada de lo que dijimos era cierto.
En la casa de al lado alguien ha encendido un televisor.
El cielo frente a nosotros parece derretirse.
Es el sol reflejándose en el mar.
Aquel niño que insistía en que lo llevaran al cine.
Sus tías atendían un taller mecánico.
Más tarde supimos que se lo habían llevado
o eso dijeron.
La historia quedó sin terminar.
El libro estaba mal editado.
Todos tenemos algo que ocultar.

LENGUA DEL ALMA

La pluma es la lengua del alma.
CERVANTES

LA MANO escribe
lo que la boca calla.

La mente piensa
lo que la mano escribe.
La boca no dice
lo que la mente piensa.
El cerebro traza en silencio
la sombra de un pensamiento.
Lo que la mano escribe sin pensarlo,
¿lo formula la mente?

La mano dice lo que dice
porque lo escribe,
no lo piensa.
La mano no piensa —escribe.
No necesariamente lo que escribe.
No dice lo que la mente piensa
sino lo que sin pensar
piensa mientras escribe.
¿Qué pienso cuando mi mano escribe?
Pienso que escribo.
Mi pensamiento dice
lo que la boca calla.
La mano escribe
lo que la mente sin callar
no dice.
La mano no concluye nada.

La mente dice sin decirlo
lo que la boca calla
mientras la mano escribe.
¿Pensamos lo que la mano escribe?
La mano
escribe lo que la mente piensa
pero no dice.
La mano tuerce
lo que la mente piensa,
lo tergiversa.
La mente no
escribe ni elabora
imágenes o palabras.
La mente piensa
imágenes, palabras, ideas.

La mano traza signos
que son y no son
lo que la mente piensa.

¿Qué dice lo que pienso y no digo?

SENTADO EN UNA BANCA

1

VEN, siéntate, aquí, un momento.
Disfruta esta improbable
bahía de calma.
Escucha, escucha:
suave como la piel de una naranja
el viento de noviembre entre los árboles.
Las flores en la banqueta frente a ti
¿nos dicen algo?
No dejes que el estrépito te abrume.
La memoria vive en cada conversación,
en cada tronco de árbol.
No sabemos adónde acabará.
Vendrá como un murmullo por la tarde o al alba.
Alguien pasa silbando un haz de brisa
entre arriates de lirios y humo denso.
Hay esquinas que brillan como espejos.
Frente al Ángel
una güera de no malos bigotes,
la mirada diagonal y la falda larga,
avanza, pestaña.
¿Qué nos iría a decir?
No somos lo que exigen de nosotros.
Nos movemos, creemos,
viajamos en nuestras palabras.
Tampoco tú lo ignoras.
Quizá no todo esté perdido, quizá
no sea más que el principio.
Vuela el polvo de otoño,
las hojas amarillas, un periódico,
un vaso de unicel.

Por este lado rejas, y hacia allá
los barrios elegantes, los salones de té,
camellones con tiestos de agapandos
y hortensias. No me olvides.
El mundo es como siempre.
No lo dejemos ir.

2

EN LAS CASAS que bordean la avenida
hay ventanas que nadie sabe abrir.
Tu voz disuelve apenas
la piel de las estatuas.
¿Qué hará aquel pájaro posado
en la punta de la casuarina
flexible y afectuosa?
Un avión blanco allá arriba se aleja
entre la algarabía de los gorriones.
Aunque no sepas adónde vamos
quédate junto a mí.
En el aire de la conversación destella
una palabra de cuatro puntas,
como un pañuelo.
Sueña el pasto en voz baja.
Un graffiti pintado en la pared
te recuerda que es viernes y aún no acabas.
El viento del crepúsculo remece
afecciones y frondas.
Alguien corre con un sobre en las manos
¿Nos diremos mañana
lo que no nos dijimos hoy?
Hay aristas de sol en que naufragan
las predicciones más sombrías.
Sentado en esta banca, bajo el cielo de siempre,
moviendo los ojos, sí,
moviendo los labios,
viendo cómo pasan sin pasar
los enredos, fatigas y catastros
de esta ciudad “que es sueño de alebrije.”

ENTRAR EN UN INCENDIO

(2014)

(John Keats a Fanny Brawne, febrero-agosto de 1820)

Febrero

HOY PODRÍA CANTARTE UNA CANCIÓN

HOY PODRÍA cantarte una canción,
una hermosa canción sobre el recuerdo,
una oda triste en que mi corazón
sublimara el dolor en que me pierdo.

Podría escribirte versos admirables,
la música más bella, los más sabios
motivos, melodías imborrables,
pero la enfermedad sella mis labios.

Seré tan terco como el petirrojo:
¡No cantaré en la jaula! Si no puedo
salir, gozar del aire, mi cerrojo

será mi sepultura. Que el olvido
se abata sobre mí. No tengo miedo.
no seré nadie cuando al fin me haya ido.

MEJOR NO VENGAS HOY

MEJOR NO VENGAS hoy. No tengo fuerzas.
Sentirte cerca me destrozaría.
Y aunque me recobrara, no podría
tolerar que te alejes. Si me fuerzas

diré que me torturas. No, no tuerzas
las cosas. Te idolatro, pero un día
a tu lado me agota, me vacía.
Aún puedes curarme, si te esfuerzas.

Te vi ayer un instante a contraluz:
¡Cómo colmas mi ser, cómo lo pueblas...!
Me duele contemplar tu hermosa luz

y luego regresar a mis tinieblas.
Amor mío, compréndelo, de veras,
estaría mejor si no vinieras.

¿QUÉ QUEDARÁ DE MÍ?

¿QUÉ QUEDARÁ de mí? Amor, necesito
responder a esta duda ponzoñosa.
Porque amé la belleza en cada cosa.
De haber tenido tiempo hubiera escrito

un canto que ensalzara el infinito
fulgor del sol, al pájaro, a la rosa.
La certeza de un término me acosa:
no concluiré jamás mi manuscrito.

Recobrarme no servirá de nada
si no puedo tenerte cuando sane.
Sé muy bien que por mucho que me afane

mi salud y mi vida quebrantada
no encontrarán la fuerza ni el abrigo
que ansío si no puedo estar contigo.

Mayo

QUISIERA QUE INTENTARAS

QUISIERA que intentaras, amor mío
una forma de ser feliz sin mí.
Que no te importe ya si vivo o si
estoy muerto, si lloro, si me río.

Que nada te perturbe. Sólo ansío
que sepas cómo prescindir de mí.
Destruye aquella carta que te di,
sin miramientos. No, no desvarío.

Olvídame, suprime mi memoria,
encuentra tú la paz que yo no tengo
y que nunca tendré... No te retengo.

Si aceptas que la dicha es ilusoria
y actúas como si ya no existiera,
sabrás muy bien qué hacer cuando me muera.

TU AMOR CANCELÓ MI LIBERTAD

TU AMOR canceló mi libertad. Soy
aquel cuya existencia está suspensa
en ti, el que ya no sabe qué hará hoy
ni mañana, ni nunca, el que no piensa

en otra cosa que en tu amor. Estoy
a tu merced. No espero recompensa.
Tu imagen me acapara, adonde voy.
Nadie podrá venir en mi defensa.

No obstante, ven, acércate un momento.
¿Mereceré tener confianza en ti?
Tu belleza me oprime. Ya no puedo

pensar, soy como un paria. Tengo miedo.
Siento crecer las flores sobre mí.
Pronto me iré de aquí. No lo lamento.

QUISIERA QUE FUERAS DESDICHADA

¡AH, QUISIERA que fueras desdichada
para que comprendieras cuánto te amo!
¿Por qué no me respondes cuando llamo?
¿Por qué finges estar enamorada

y actúas con tal frialdad, como si nada?
A esa reserva cruel es lo que llamo
la despiadada lógica del amo
y del esclavo: brutal, envenenada.

Mi amor puede ser una quimera
que en nada satisfaga a tu deseo,
y sin embargo sé que ahora veo

todo bajo una luz más verdadera.
Me lastima saber que no te importa.
Nada vale mi vida, que se acorta.

Julio

¿SABES LO QUE ES AMAR?

¿SABES lo que es amar? Quizá algún día
llegarás a saberlo, cuando entiendas
el dolor que produce, la agonía
sin fin que nos inflige. No te ofendas,

no llates a mi amor idolatría
ni lo tomes a mal. Cuando dependas
de alguien como yo de ti, vida mía,
entonces, tal vez entonces lo comprendas.

Prométeme que no verás a nadie
cuando yo ya no esté. Que no saldrás
ni querrás distraerte, que jamás

vas a impedir que mi recuerdo irradie
su luz sobre tu vida, y que en tu mente
estaré junto a ti, perennemente.

EL AIRE QUE RESPIRO

EL AIRE que respiro en los lugares
donde no estás, me asfixia. No soporto
no estar siempre a tu lado. Si te importo,
amor mío, no agraves mis pesares.

Sólo te estoy pidiendo que me aclares
a quién has ido a ver. Y me conforto
pensando: fue por un tiempo muy corto.
¡Ah, me parecen todos tan vulgares!

No me comporto como un hombre cuerdo.
Ojalá fuera fácil olvidarte.
Todo en torno aviva tu recuerdo.

Puedo afrontar la muerte, no dejarte.
En esto al menos estarás de acuerdo:
soy el más desdichado por amarte.

NUNCA PODRÁS SABER

NUNCA podrás saber cuánto depende
mi libertad de ti. Por cada instante
que no estás a mi lado y que, anhelante,
te requiero, mi aliento se suspende.

Tú dices que saberlo te sorprende,
que no lo imaginabas, y no obstante
te comportas como alguien cuyo amante
fuera un enajenado que no entiende.

¿Cómo podré decirte que ninguna
cosa que hagas o que dejes de hacer
podría nunca serme indiferente?

No temas que la errática fortuna
a pesar de tu extraño proceder
nos olvide: te anhele intensamente.

QUIERO DEJARLO TODO

QUIERO dejarlo todo, sí, morir,
no volver a saber nada del mundo,
sumergirme en el sueño más profundo
y olvidarte... Ya no quiero vivir.

Si no puedo tenerte quiero huir,
errar, desvanecerme. ¿Te confundo?
¿Querrás hacerle caso a un moribundo?
No tengo fuerzas ni para escribir.

Es horrible esta idea: que he de hundirme
en la tierra, no en tus brazos. Si al menos
te hubiera poseído, si guardara

en el alma la huella de tus senos,
el calor de tu vientre, podría irme
sin rencores, y tal vez me salvara.

DETESTO TODO LO QUE TE RODEA

DETESTO todo lo que te rodea,
las personas, las cosas que has tocado
o visto, todo aquello que no sea
yo, y no pienso cambiar. Estoy atado

a ti, soy como un reo que desea
saber que, pese a todo, me has amado,
No importa lo que el mundo piense o crea.
Por lo menos no soy tan desdichado.

El único motivo por el cual
mi anhelo de vivir es más intenso,
será, al final, la causa de mi muerte.

¿Podré soportarlo en mi estado actual?
Trato de no angustiarme más, y pienso
que el fin será cuando no pueda verte...

Febrero de 1823

QUIERO QUE MI EPITAFIO

CADA DÍA me siento más enfermo.
Roma no ha conseguido mejorarme.
Como poco y mal, y casi no duermo.
Pronto van a tener que embalsamarme.

Entonces, liberado del espacio,
ascenderé a fundirme con la Esencia
y así, transfigurado en luz, despacio
he de entrar en Su vívida Presencia.

Y puesto que la cruel muerte enemiga
vendrá por mí, ya sin limitaciones,
y que he de irme sin duelo ni oraciones,

quiero sólo que mi epitafio diga:
“Yace aquí un desdichado cuyo nombre
está escrito en el agua.” Sólo un hombre.

Nota: En el otoño de 1818 Keats conoció a la joven Fanny Brawne, entonces de 18 años, de la que se enamoró perdidamente (“todos sus deseos estaban concentrados en ella”, escribió uno de sus biógrafos). Estos sonetos, inspirados en las cartas, poemas y notas que en los últimos meses de su vida, ya muy enfermo, Keats dirigió a su amada, recrean imaginariamente parte de ese epistolario. Ninguna de las cartas de Brawne al poeta se conserva.

MÚSICA QUE CUENTA EL TIEMPO

(2016)

Este mundo, república de viento.

GABRIEL BOCÁNGEL

Campo magnético

OJOS QUE AMO MIRAR

A UNOS ojos, amor, de ángel o hurí,
Ojos que manan lumbré, ojos dorados,
Fulgurantes, profundos, sublimados
Por la gloria del sol, les vengo aquí

A cantar: ojos, sí, de zahorí,
Como los de un chamán transfigurados
O como los berilos incendiados
De un extático tigre bengalí.

Ojos que da miedo mirar. Su imperio
Me asedia, me sojuzga y no se apiada.
Soy el cautivo fiel de esa mirada,

Tu mirada, que es tósigo y cauterio.
Su fuego hizo conmigo lo que quiso.
No sabré liberarme del hechizo.

PUNTA SECA

TE DETIENES y apartas con la mano
El pelo que te cae sobre la frente,
Y ese ademán evoca de repente
Una tarde de junio en Positano.

Caminábamos juntos, el verano
Esmaltaba con su luz transparente
Tus ojos de sibila adolescente
Brillando sobre el mar amalfitano.

Te acercaste al pretil, resplandecía
Allá abajo la costa. Un fresco viento
Te alborotaba el pelo. “Sí, dijiste,

Quizá la dicha es esto: la armonía
De un instante...”. Tu voz era tan triste
Que hirió como un buril mi pensamiento.

RUTA MAYA

EL APRETADO y vaporoso tul
De la galaxia, el ruido de la selva.
Un penetrante olor a madre selva
Creciendo como mancha de aguazul.

Las piruetas de aquel mono gandul
Sobre la ciudadela que se enselva.
La floresta rayada como melva,
El rastro del jaguar en Calakmul.

¿No son más que apariencias? Las estrellas
Desparraman su luz estremecida.
Suspenso pienso en ti al mirarlas a ellas,

En ti, que eres la lumbre de mi vida.
Esta noche en la selva comprendí
Que un mismo astro nos rige a ti y a mí.

FOSFENO

NO SE acumula luz dentro del ojo,
Lo que vemos durar es instantáneo.
En alguna región de nuestro cráneo
Se amalgama y se acopla este manojo

De imágenes parciales. De reojo
Logramos detener lo momentáneo;
No la continuidad: su sucedáneo.
Una ausencia corriéndose hacia el rojo.

Yo guardo sin embargo en la retina
La representación de tu figura
Con una nitidez fija, constante.

Nada empaña su imagen cristalina,
Nada ataja su lustre, que fulgura
Como ríela en el agua un diamante.

TROPISMO

CON LA tenacidad del girasol
Que persigue a la luz, yo te persigo.
En todo cuanto escribo, pienso o digo
Resplandece tu imagen tornasol.

Semejante al lascivo caracol
Que prolonga la cópula, prosigo
Encadenado a tu esplendor: contigo
Mi volumen halló su facistol.

Pertinaz, tercamente voy a ti,
Animoso y febril te sigo el paso
Que hasta el fin de la ruta me guiará.

Ni el éxito me arredra ni el fracaso.
Cualquier impedimento es baladí
Sabiendo que eres tú mi Shangri-La.

ME SIENTO ARDER, Y SIGO

*Vuele el enjambre de las cantáridas
con su bruñido verde metálico.*

RUBÉN DARÍO

SALES del baño apenas enfundada
En una bata blanca que dibuja
Y resalta tu cuerpo, que aún me embruja,
Nimbada y refulgente, como un hada.

Siento crecer en mí la marejada
De un deseo apremiante que me estruja,
Me traspasa, punzante, ardiente aguja,
Y me exulta, me enciende y me anonada.

Devolvámosle al tiempo lo que el tiempo
No puede ni mellar ni restituir.
Amémonos, mi bien, aun a destiempo.

Mi cenit sigues siendo y mi nadir.
Ven, mitiga esta sed en que me abraso
Antes que nos eclipse el hondo ocaso.

CAMPO MAGNÉTICO

COMO la tierra vista desde el mar,
Como la misteriosa e imprevista
Conjunción de un poema taoísta
Con la tersura de la luz lunar,

Como una joya hallada en un bazar,
Turmalina, topacio o amatista,
Como la inspiración del violinista
A punto de empezar a improvisar,

Apareces de pronto en la ventana
Y el alma me da un vuelco: mis sentidos
Como el lazo de hierro que el imán

Traza en torno a sus polos, filigrana
De influjos, a tu brío sometidos
Tantálicos se afanan en tu afán.

VENUS ENDORMIE

NO QUISIERA que nada perturbara
El lánguido silencio en que reposas.
La mano que indolentemente posas
Sobre tu tibio sexo me acapara.

El sol te iluminó con luz no avara
Buscando reflejarse en tus hermosas
Pupilas —si no abiertas sí dichosas—
A través del celaje que se aclara.

Amo verte dormir, cuando desnuda
Y satisfecha te abandonas al
Sueño que como un alto, espeso río

De latidos te arrastra y desanuda
Los lazos del placer circunstancial,
Y mi alma se estremece a pesar mío.

LIFE STORY

Conocé el imposible en el bosquejo.

QUEVEDO

ME EMPEÑO en encontrar una figura
Que articule y enuncie con justeza
El encanto sin par de tu belleza
De manera elocuente en la escritura.

Es difícil hallar nomenclatura
Que pueda reflejar esta proeza
Excepcional de la naturaleza
Y con ello crear literatura.

La perfección es un impedimento.
Reniego del alcance del lenguaje
Incapaz de expresar mi sentimiento

Sin una substracción que lo rebaje.
Unas pupilas del color del cielo
Testimonian su gloria y mi desvelo.

Elogio de la forma

MAESTROS DEL CANTO

UNA NOCHE de excitación febril
En las inmediaciones de Provenza
Entendí que la forma más intensa
De la ciencia verbal, la más sutil,

La cifraron aquí hacia el año mil.
Es en este lugar donde comienza,
Prende, se cristaliza y se condensa
La extraña saga del amor gentil

Que encendió la conciencia de Occidente:
Aquí los trovadores modularon
La música más alta con que el hombre

Celebró a la mujer, una simiente
Que aún crece en nosotros. Lo que hallaron
Enaltece su gloria y su renombre.

APARICIÓN

EN LAS repletas playas de Mallorca
Surgió de pronto una alta marroquí
De belleza acuciante. Yo la vi
Y como en la metáfora de Lorca

La vi de fósforo y luna; una ajorca
En la que refulgía, astral, un rubí
Le adornaba el tobillo, un *bel* rubí
Parecido a un grano de mazorca.

Numinosa y sensual, casi era mágica
La forma en que avanzaba: se diría
Que no tocaba el suelo, que su andar

Electrizaba el claro mediodía.
Tenía un aire hostil de diva trágica.
Sus ojos parecían llamear.

HOTEL CENTRAL

ENTRÉ en la recepción y no vi nada
Más que la potestad de una belleza
De ojos claros y piel aceitunada,
Trenzada, altiva y rubia la cabeza.

Contemplándola tuve la certeza
De no olvidar jamás esa mirada:
En unos ojos de color turquesa
Me hundía como en una marejada.

Una mirada líquida, abisal,
Profunda y lenta y diáfana y distante.
Algo tenía de no terrenal.

Su altiva intensidad era extenuante.
Hoy lo escribo a la luz de la imperiosa
Sensación de haber visto a una diosa.

CONTRANOCHE

ESA NOCHE en las playas de Agadir
Flotaba una fragancia de canela.
Tú escuchabas *El cisne de Tuonela*,
Una obra más bien lánguida, *à vrai dire*.

Habías pedido un vaso de kir.
Yo trataba de seguir con mi novela
Hundido en una extraña duermevela.
Algo en el aire parecía hervir.

Ninguno de los dos supo a conciencia
En qué momento el frágil equilibrio,
O lo que semejaba su apariencia,

De pronto se volvió desequilibrio.
Nunca sabré por qué esa noche rara
Dejamos que lo nuestro se eclipsara.

QUE NADA CAMBIE NUNCA

VEN, acércate, y deja que comparta
Contigo el raro ardor de estos instantes.
¡Si la vida pudieran ser como antes!
¿Qué lo impide? Tu imagen no se aparta

De mí, a pesar de los años. ¿Qué sarta
De errores! Fuimos necios, petulantes,
Arbitrarios, pueriles, redundantes.
¿Querrás volver atrás? ¿Terminaste harta?

No me rechaces, deja que transcurra
Sin ningún sobresalto ni tristeza
El fervor de esta brisa que susurra

Entre la agitación y la belleza.
Sueño con tu regreso. Cuando ocurra
Juntos superaremos la extrañeza.

SOBRE EL VIENTO ARMADO

INDIFERENTE vas entre el gentío
Extravagante y túrgida, ay de mí,
Vestida con un saco carmesí,
Brillante y constelada de rocío.

¿Eres de viva carne o cristal frío?
Altiva vas dejando tras de ti
Un penetrante aroma de benjuí
Que me asfixia como un jugo sombrío.

Quiero entonces hablarte sin saber
Que eres un embeleco de la noche.
Al llegar al semáforo, un chofer

De taxi salta en llamas de su coche.
Yo siento que me empiezo a entumecer.
Una campana da la medianoche.

HE MIRADO HACIA ATRÁS

SI A LAS ALMAS de los muertos a veces
También se les concede regresar,
Si así pueden volver a su lugar
Y a su gente, ¿por qué tú no apareces?

Sigo esperando en vano que regreses.
¿Nunca nos volveremos a encontrar?
Siento esta clara noche frente al mar
Que apenas pienso en ti, te desvaneces.

Cada día que pasa más te alejas.
Te me nublas, no cedas al encono
De la nostalgia y, díscola, me dejas

Entre la expectación y el abandono.
Yo finjo que tal vez consiga verte
Más allá de la odiosa, activa muerte.

LA VIDA NO ESCATIMA

¡DE QUÉ POCO hay constancia! Lo que somos
Y lo que pretendemos, lo que hacemos
Y lo que elucubramos, todo lo que hemos
Ambicionado siempre, sin asomos

De duda, sin intentar saber los cómo
Ni porqués ni cuándo, sin que les demos
Mayor crédito; e igual lo que tememos,
Lo que montado en los lustrados lomos

Del tiempo, intimidante, se aproxima:
Los empeños y las maquinaciones,
Los rencores y las expectativas,

Las venganzas y las humillaciones,
Las dudas y pasiones fugitivas,
Se eclipsarán: la vida no escatima.

SINCE THERE'S NO HELP

PUESTO QUE NO hay remedio, digámonos adiós,
Lo nuestro ha terminado, nada obtendrás de mí.
Ahora por fortuna considero los pros
Y los contras, feliz de librarme de ti.

Nos daremos la mano y júrame, por Dios,
Que si un día volvemos a vernos por ahí,
Nada en el gesto de ninguno de los dos
Mostrará que el amor pudo atarnos así.

A este amor que hoy exhala su último suspiro,
Cuando al fallarle el pulso la pasión yace muda,
La buena fe claudica, sin tener un respiro,

Y la esperanza, ciega, en recelo se muda,
Ahora, si quisieras, aunque expira aterido,
Devolverle la vida ¡nada estará perdido!

No soy mi vida

MUCHACHA VIENDO PÁJAROS/1

Caracteres tal vez formando alados.

GÓNGORA

EN EL CONFÍN del día una bandada
De leves tordos cruza la llanura.
Bajo el cielo impreciso cobra altura,
Una cinta pulsátil y ondulada

Que se eleva y desciende la hondonada
Y se ata y se desata, y que figura
Una engarzada trama que no dura
Mientras de un sitio al otro se traslada.

¿Quién te dirá si en ese breve trazo
Sinuoso y palpitante como un río
No está cifrado un símbolo, que esboza

La predestinación, su duro lazo,
O el arduo, elemental, libre albedrío?
Su alcance como un hálito nos roza.

MUCHACHA VIENDO PÁJAROS/2

ASOMADA al balcón miras pasar
La copiosa bandada, en cuyo vuelo
Que se eleva o desciende al ras del suelo
Percibes un diseño singular.

Errática en la luz crepuscular
La mancha se desplaza como un velo
Que palpita y dibuja bajo el cielo
Un signo que no logras descifrar.

Y de pronto te invade el sentimiento
De que en esa figura se dibuja
La imagen de tu vida, la inquietante

Certeza de que erramos en el viento
Y que un confuso anhelo nos empuja
Sin término y sin tregua ¿hacia adelante?

REVELACIÓN

ME ADENTRO en el sendero y corroboro
Que el bosque es un enclave sibilino.
Entre las densas frondas que adivino
En este atardecer de malva y oro

Mi corazón se colma. Nada añoro.
Y no obstante parece un desatino
Querer leer los signos del destino
Que la espesura expresa y que yo ignoro.

Tal vez este misterio que descubro,
Que creí descifrar, no es otra cosa
Que la gracia sutil de este lugar,

Muy lejos de las magias que elucubro.
Tal vez en esta atmósfera boscosa
Resida lo que llaman *hechizar*.

AL DESCENDER A LA TUMBA DE PAKAL

COMO AQUEL que el filósofo describe
Que al abrir una puerta, ve, perplejo,
Al final del pasillo su reflejo
Duplicado en la sombra, y no concibe

Por qué esa emulación que lo recibe
En el furtivo azogue del espejo
Es apenas un pálido bosquejo
De la invisible mano que lo escribe,

Y siente un vago horror de que esa imagen
Acechando en lo informe prefigure
El rostro que verá del otro lado

Después que hábiles dedos lo amortajen
Y en el valle sin luna se aventure,
Así me adentro aquí, sobresaltado.

ANTE LA “PUERTA AZUL”

¿QUIÉN me podrá decir si alguna vez
Volveré a recorrer el variopinto,
Denso, proliferante laberinto
Insensato de la Medina en Fez?

Rara alianza de fasto y fetidez,
Quién sabe si regrese a este recinto
Tortuoso como un nematelminto
Donde lo excelso se une a lo soez.

Quizá no vuelva nunca a contemplar
Las populosas fuentes, las madrazas,
Los santuarios, los zocos, las terrazas,

La espléndida mezquita, su alminar.
Aquí se ha perpetuado la Edad Media.
Su exuberante confusión me asedia.

LA METAMORFOSIS DE LOS DIOSES

DEAMBULO por la vieja ciudad.
¿Quién lo diría? Aquí se discutieron
Nociones y doctrinas que le dieron
A este sitio su insigne autoridad.

Poco queda de aquella intensidad.
A la luz de estos muros se midieron
Las sílabas y signos que expusieron
Un concepto de la divinidad

Que sigue siendo válido. Y no obstante
Algo esencial de esa sabiduría
Irremisiblemente se perdió.

La conciencia del hombre es inconstante.
Gime el viento en la plaza vacía.
Pienso en unas palabras de Malraux.

DE LA AMISTAD

La amistad es exigua.
CICERÓN

QUÉ RARA es la amistad. No la elegimos,
Tiene algo de fatal. Imaginamos
Que nace del afecto y olvidamos
Que es predestinación (quizá lo intuimos).

No engendran la amistad gustos o mimos,
No la atormentan dudas ni reclamos.
Catálogo de faltas que aceptamos,
Vívida afinidad que compartimos.

Nada puede igualarla. La amistad
Es ceñida y sutil, veraz, preciosa,
Responsable, discreta, silenciosa,

Está marcada por la fragilidad,
Es justa y dedicada: misteriosa
Metáfora de la felicidad.

TRAS UNA LECTURA DE SAN AGUSTÍN

SEÑOR, todas las cosas, las que son,
Las que han sido, las que están por venir,
Lo lejano y lo próximo, el flüir
Inextinguible de la tradición

Y del futuro, el ritmo y la razón
Del corazón del mundo, su existir
Más allá (o más acá) del tiempo, su ir
A ser, su haber sido, hoy, ayer, su acción

Y su pasión en Ti están contenidas.
A Ti deben su pulso y su existencia.
Eres la ley sutil de nuestras vidas.

El hoy no tiene fin en Ti. Su esencia
Está en Tu ser, eterno y absoluto.
Soy Tu virtud, Tu vínculo, Tu fruto.

NO SOY MI VIDA

LAS COSAS de mañana y las de ayer,
Las que están más allá y están detrás,
Las creaste ya hoy, y las crearás
Mañana, y siempre: es Tuyo ese poder.

Recibes lo que encuentras, sin haber
Perdido nunca nada, sin jamás
Pretender conseguir algo de más.
¿Quién puede reprochar Tu proceder?

Si desciendo al infierno, ahí estás Tú.
Yo aún no estoy ahí, pero Tú sí.
Todo Te pertenece y muestra Tu

Gloria. Ignoras cualquier coto o tabú.
No soy mi vida: mal vivo de mí.
No permitas, Señor, que mengüe así.

Música que cuenta el tiempo

EL SUEÑO DE LA VIDA

ES TAN extraño el vínculo que crea
El acceso carnal: denso, invasivo,
Acuciante y voraz; es adictivo.
Por eso el que se acuesta fantasea

Con la perturbadora, ingenua idea
De poseer al otro. Y sin motivo
Nos abismamos en ese cuerpo vivo,
Aunque su intimidad tan sólo sea

Un placer momentáneo, o comprado.
El que se acopla siente que ya es dueño
De la vida del otro, que el mero hecho

De haber hecho el amor le da derecho.
Aunque nos diluyamos como un sueño,
Aunque todo después se haya olvidado.

LA RUEDA DEL MUNDO

TODO pasa tan rápido, las cosas
Que nos marcan e importan: la primera
Vez que besamos a una mujer (era
El comienzo del año, había rosas...)

Facciones, frases, fechas, imperiosas
O lánguidas, se disipan. Ni siquiera
Serán sombra o recuento. Están ya fuera
Del frágil mundo: quietas, infructuosas.

Y lo que cesa pasa también. Pronto
Será tan sólo tiempo, desprendido
Del tiempo, un desgarrón, una fisura.

Lo que hice y pensé y dije no es. Lo afronto
Con la hostil sensación de no haber sido.
Nos desbarata el tiempo. Con usura.

NO CONCLUYE EL PASADO

NO CONCLUYE el pasado, no se acaba.
Está ahí, subyacente, y su latido
Puede quedarse así, sin hacer ruido,
O irrumpe en el presente, y lo socava.

Pero no solo eso. Su rebaba
Contamina también lo que no ha sido.
Al tiempo por venir, no establecido,
El pasado, tiránico, lo traba.

Lo que pasó estatuye lo que pasa
Y lo que pasará. Nada se pierde.
Lo que se fue estará siempre llegando

Pues siempre habrá una voz que lo recuerde,
Una voz, un deseo, un sueño cuando
Llegue la muerte y haga tabla rasa.

SONRÍE Y APARTA EL ROSTRO

Todo acaba atenuándose.

JAVIER MARÍAS

LAS personas y las cosas que cesan
No se ausentan del todo. Se diría
Que algo de lo que fueron todavía
Sobrevive a la muerte: la atraviesan.

De algún modo recóndito regresan,
Obran, se hacen presentes. Cada día
Vuelve el fulgor de su melancolía.
Podrán borrarse, mas de nuevo empiezan.

Este permanecer, o no haberse ido
Del todo, quizá sea una incongruencia
De la opaca memoria, saturada.

Al final, sin embargo, no habrá nada.
Se anula el tiempo y, vana, la conciencia
En su exasperación se da al olvido.

NIEBLA ANTES DEL ALBA

LAS FURTIVAS palabras, no bien dichas
Se convierten en humo, vuelan, huyen
Como una pesadilla, se diluyen
No importa lo que cuenten: penas, dichas,

Entusiasmos, pasiones o desdichas.
Los juicios que sus sílabas arguyen
Apenas enunciados, se derruyen.
Igual da si te avienes o encaprichas

Pretendiendo afirmar su permanencia
O te persuades de su inanidad.
Inasibles, confusas, su existencia

Repite o distorsiona la verdad.
Son un hueco, una herida, una carencia.
Lo real es su inmaterialidad.

MÚSICA QUE CUENTA EL TIEMPO

TODO DURA en exceso: las pasiones,
La piedad, los secretos, las manías,
Las vendettas y las idolatrías,
Los crímenes, el miedo, las traiciones.

Los odios que generan sinrazones,
Los ardores, desmayos y agonías
De saberse rehén todos los días
De asechanzas y de conspiraciones.

No existe forma de acabar con nada.
Lo que pasa no pasa, permanece.
Conforme fluye el tiempo, su andanada

De fatiga y horror se recrudece.
Perduran, con insidia inusitada,
El silencio y la angustia, y ya anochece.

TANTO SE CALLA

LO QUE CESA no se borra del todo.
Las palabras, las cosas no perecen.
No se extinguen ni ausentan: prevalecen.
Se diría que hallaron acomodo,

Secretas, tercas, en algún recodo
Inasible del tiempo. Languidecen,
Se eclipsan, pero no desaparecen.
Las causas, los afectos, de algún modo

Subsisten. Somos, sin más, el residuo
De lo que fuimos. Nada pasa, nada
Se va ni nada se extravía. Cada

Empeño, cada acción, cada individuo
Es la sombra que deja tras sus huellas.
Las cosas viven cuando se habla de ellas.

TODO NOS DEJARÁ

TODO lo que sucede, lo que hacemos,
Lo que pensamos y lo que decimos,
Nos dejará. No somos los que fuimos
Aunque a esa ficción nos aferremos.

Lo que pasó ya no es, si bien creemos
Que de algún modo vive: confundimos
El ayer con el hoy, y nos mentimos.
(Al final se entrelazan los extremos).

La vida prescribe y pasa y se pierde,
No importa lo que hagamos. Ningún acto
Perdurará. Nuestro estar se deshace

Y anula sin que nadie lo recuerde.
Ninguna devoción, alianza o pacto
Lo esquivará cuando al fin todo pase.

CANTO QUE SE DILUYE (NO HE QUERIDO SABER)

TODO PASA o prescribe. Sí, y se olvida.
Todo se olvida. Pero todo queda.
No se para la inabarcable rueda
De los lances y eventos de la vida.

Las amargas razones del suicida,
El dogal oscilante en la arboleda,
El chispazo siniestro, la moneda
En el aire, la mísera caída...

Sucedan tantas cosas sin que nadie
Las retenga o evoque o rememore.
Su sola perspectiva es disolverse.

No hay consuelo, ninguna luz que irradie
De lo que fue, ni habrá quien lo deplora.
Toda historia termina por perderse.

CONTRAPUNTO

(2020-2022)

El corazón del fuego

LLUVIA NOCTURNA

PERTINAZ, invasivo, hosco, fluctuando
en ráfagas que arrecian o declinan,
oigo en el filo de la madrugada
el rumor de la lluvia en la vidriera.
Un rumor apremiante, destemplado,
que aumenta, disminuye, viene, va.

Toda la noche cae esta agua brava.
Una lluvia iracunda e incisiva
que arroja sus agujas en el vidrio
como si ansiara abrirse paso en él.

Oigo en las sombras su tamborileo,
su danza sincopada, su canción
líquida y envolvente, decidida,
sus pisadas de ronca gata en celo,
su asedio, su respiración unánime,
sus zancadas de nómada en el vidrio.

Ahora se apacigua, tromba mansa,
una lluvia ligera aunque constante:
esbelta bailarina trasnochada.

Bajo el fulgor oblicuo de la luna
resplandecen las gotas y se astillan
y un instante después no tienen cuerpo,
sobre el nítido vidrio se deslían,
han perdido sus nombres y su hechura,
son agua ya, tan sólo, agua corriente.

Dos cuerpos que se juntan y repelen
sin virulencia pero inconciliables.
Fluidez sobre dureza: transparencias
enemigas, disímiles y hostiles.
Pugna de claridades antagónicas.

En la tupida trama de la lluvia
contra el claror del vidrio acribillado
y sin embargo indemne, impenetrable,
al continuo compás del aguacero
se compone el poema poco a poco.
Son del vidrio y la lluvia, versos de agua.

Como escurre la lluvia, rechazada
por la dureza hostil del ventanal,
resbalan en la mente las palabras.

No alcanzan a enunciar nada, incapaces
de dar cuerpo a la idea. La visión
del instante, entrevisto o entreoído
en una duermevela del lenguaje
cuya cadencia tratan de fijar,
topa con una imagen indecible:
la nitidez de dos oposiciones
concatenadas pero incompatibles.

Las palabras no dicen lo que dicen.
Por un momento brillan y se pierden
como las gotas ruedan en el vidrio
y al dispersarse por su superficie
solamente acentúan la ilusión
de un vano simulacro despojado.
Apenas un susurro, un balbuceo,
un reflejo tan solo, una metáfora,
un indicio, si acaso una paráfrasis.
Una cifra fugaz e intraducible
que aflora inapresable en la conciencia,
arde como una brasa unos segundos
y cintila, se extingue y se disgrega.

REVERSO

... Cuyas figuras, como sueños de enfermo,
se formen vanas...

HORACIO, *Arte poética*, 7-8.

COMO EL REFLEJO de un rayo de sol
en una esfera de vidrio proyecta
en el muro una imagen que recuerda
a una tenue galaxia o nebulosa
radiante y transparente, o una especie
de ala o medusa inmóvil e incorpórea
que vivamente brilla en ese muro
y traza claros círculos y formas
y es incluso posible imaginar
que es la fotografía de una partícula
subatómica, algún fugaz neutrón
resplandeciendo en una pantalla
segundos antes de desintegrarse
cuando cambie de posición la fuente
que estaba proyectando aquella luz,
por un momento, sin conciencia casi,
absortos en la magia de esa imagen
desconocemos que la ilusión óptica
que nos ha arrebatado es solamente
una figuración, un entramado
insustancial, inocuo e improbable,
un reflejo de nuestra propia mente
que se deja engañar, que no soporta,
pobre, un *exceso* de realidad,
y que todo al final es ilusorio.

E igual que en esa esfera se reflejan
los objetos en torno: la alta palma,
la mesa con sus libros, el sillón,
los floreros, el cuadro en la pared
deformados y curvos y extendidos,
percibimos el mundo transformado.

¿Es real la realidad que vemos?
Vivimos en un mundo de reflejos,
imágenes que ocultan y descubren

el espacio interior del mundo, acaso
una imagen de lo que ya no está,
tal vez el rostro hueco de la muerte
que nos mira detrás de la apariencia.

Porque es probable que en el fondo sean
los ojos de la muerte lo que vemos
cuando no vemos nada, ese vacío
encubierto entre nuestra percepción
y el secreto reverso de la vida
y que existe, tal vez, *del otro lado*.

IRREVERSIBLE

TODO ACTO es para siempre irrevocable.
Cada una de las obras que creamos,
de las cosas que vemos, de los seres
que amamos o que odiamos, todo el daño
o el bien que hayamos hecho, nunca vuelven.

No sólo es imposible regresar
a bañarse dos veces en el mismo
río o sentir la misma emoción
por la misma persona... Nunca nada
es igual, todo está desvaneciéndose.

Cada instante es distinto, irrepetible,
definitivo e irrecuperable.
La realidad es fija, sí, y unívoca,
su densidad (o su firmeza), estable,
no permite desvíos, variaciones,
cambios de temporalidad o ajustes.

El sueño en cambio es maleable, fluido,
a pesar de que su plasticidad
nos sea ajena por completo. (¿Quién
en nosotros concibe nuestro sueño?
nosotros no podemos ni elegirlo
ni dirigir su curso.) Los instantes
intangibles de los que está hecho el sueño

son como la neblina, evanescentes
e intercambiables, y sucesivamente
surgen, se desvanecen, se transforman
o sólo surgen una vez, quizá única.
Pero a veces volvemos a soñar
en el transcurso de la misma noche
con algo que ya habíamos soñado,
y revivimos con precisión vana
alguna situación, ciertos lugares
en los cuales ya habíamos estado
y se repite la misma secuencia
de hechos o eso creemos, y volvemos
a presenciar acciones o incidentes
que de un modo impreciso o en desorden
por absurdos o extraños que parezcan
vuelven a aparecer, como si en ellos
algo que de algún modo nos concierne
insistiera en mostrarse y dejar claro
algún mensaje o un significado
(que ciertamente se nos va escapar),
y vemos otra vez a una persona
desconocida o no, o en un paraje
ya visitado de nuevo enfrentamos
el mismo desconcierto o entusiasmo,
y es como si intuyéramos la lógica
que se esconde en aquellas imágenes
flotantes, elusivas, inconexas
al final sin ninguna importancia
o con una que no comprenderemos.

El sueño es nuestra mente deformada,
su imagen en un espejo oscurecido.
¿Podemos merecer lo que soñamos?

EL CORAZÓN DEL FUEGO

¿RECUERDAS esa vez que, contemplando
abrasarse los leños de una hoguera
y al corazón ardiente de las llamas
devorar vorazmente aquellos troncos
que fulgían vibrantes, asombrado
pensaste que ese fuego que atormenta
y altera la materia es una imagen
de la poesía: ígnea, incesante,
una viva pasión incandescente
que abraza los contornos de este mundo
opaco, los transmuta y los refleja
en el vacante espejo del espíritu?

TEODICEA

QUIZÁ como esas gotas
de agua en la mañana después
de una noche de lluvia,
que oscilando en el borde
del canalón un segundo antes
de precipitarse al vacío brillan
reflejando la luz del sol
y lanzan un intenso
resplandor instantáneo,
tal vez del mismo modo
las almas de los justos
destellen reverberando en la luz
infinita de Dios
antes de hundirse para siempre
en la ardua eternidad...

COMO EL VIENTO QUE SOPLA EN OTRA DIRECCIÓN

NO HAY LUGAR aquí para la certeza.
La realidad se despliega
en un cambiante fondo de contraste.
Ninguna cosa es ella misma.

Allí donde existe algo
casi instantáneamente
la verdad se disipa
y todo es otra cosa,
su réplica o su tácito contrario.

Signos en movimiento, imágenes
sin fijeza, fluctuantes
como ese incendio forestal
ardiendo en la montaña:
una densa humareda parda
en el día, pero un alto y poderoso
anillo de fuego resplandeciendo
en la noche y el viento.

Lo que a la luz del día
era un mechón opaco de humo y polvo,
de noche es un fulgor parpadeante
que parece apagarse
y un momento después
se aviva y resplandece.
Porque el fuego no cesa
y se consume sofocando.

Y es como si todo tuviera
que existir otra vez.
Nunca estamos seguros.

Contrapunto

AFORISMOS

COMO pájaro al alba alaba al sol.

*

La noche hace evidente lo que el día
oculta entre sus múltiples reflejos.

*

El insomnio, esa larga travesía
vertiginosa siempre, pero inmóvil.

*

¿Quién hace que en el sueño nos volvamos
dramaturgos, orfebres, arquitectos?

*

Guárdate bien de aquello que deseas
porque corres el riesgo de obtenerlo.

*

La pasión pasa siempre por los sitios
más lúbricos de nuestra anatomía.

*

El hombre y la mujer reviven siempre
el jardín primordial, y la serpiente.

*

No dejes de besarle los pezones
a una mujer: esas flores de carne.

*

Procura no caer en la ilusión
de imaginar que riges tus deseos.

*

Digamos que has estado más atento a sus nalgas
que a cualquier otro fruto del espíritu.

*

Es verdad: *Incurable*,
epíteto palmario del deseo.

*

El pasado no existe, fue y ya no es;
el futuro tampoco: nunca ha sido.

*

Sólo existe el presente, que es efímero:
deja de ser en cuanto pasa.

*

El instante, perpetuo tiempo en fuga.

*

Aunque es irrepetible y ya no exista
el pasado no se puede abolir.

*

¿Cómo será el profundo cosmos hoy?
Lo que vemos es un pasado remotísimo.

*

Encuentras en la calle a una beldad
de tu época. ¡Ay! El tiempo nos ultraja...

*

Extraña paradoja la belleza,
que es a un tiempo sensual y racional.

*

La verdad no tolera recovecos.

*

Poesía: la lengua incandescente.

*

La *Divina Comedia*: infierno y gloria.
Leerla *emparaísa* nuestra mente.

*

Lo sonetos de Shakespeare:
refutación de la melancolía.

*

El lenguaje es la prueba fehaciente
del curso rectilíneo del tiempo.

*

Aprende a conocer tus apetitos,
podrás satisfacerlos sin escarnio.

*

Satisfecho, el deseo nos enfrenta
a la nada, como morir un poco.

*

¿Qué es una causa justa? Una creencia
compartida por muchos.

*

Nunca somos los mismos. Como un cáncer
nos consume la corrosión del mundo.

*

El tiempo, discontinua sucesión
de instantes abismales.

*

No puede un estremecimiento
ser repetido a voluntad.

*

Te sueñas visitando espléndidas ciudades:
templos, palacios, cúpulas. ¿Las concebiste tú?

*

La conquista de la felicidad,
una lucha entre escombros.

*

La lectura, placer irrefutable.

*

Desconfiemos de lo definitivo.

*

Nada más irritante que esos actos
que fingen un aplomo inmovible.

*

Mi mujer a mi lado duerme. ¿Sueña?
No lo sé. Se estremece, gime, canta...

*

Se habla hoy de los derechos de cualquiera
pero nunca de sus obligaciones.

*

Nos hemos vuelto un tropel de exigentes
poco dados a disculpar errores.

*

Bajo la tiranía de las redes sociales
la desinformación es paradigma.

*

Hoy las buenas conciencias dictaminan
qué es lo cierto, correcto y verosímil.

*

Pienso en aquel mendigo que creía
que una flor crece más si rezas a su lado.

*

Mira el orden que guarda el universo:
las estrellas estallan y colapsan.

*

A fin de cuentas, todo va a dar a un hoyo negro.

*

De nada sirve actuar por accidente.

*

La amargura, esa vieja costumbre de quejarnos
de nuestras deficiencias y rencores.

*

Resentido, cobarde, desleal:
alguien siempre merece estos epítetos.

*

La nostalgia, dulzura amarga,
acre aderezo de la soledad.

*

Ausencia, amago de la muerte.

*

El tiempo nos arrastra...

ADAGIO IN D MAJOR

(Los demonios de la pandemia)

¿QUIÉN iba a decirnos que un día
despertaríamos amenazados
por un diminuto, recóndito
y taimado adversario
devastador y deletéreo?

¿Que despojados de una libertad
no por difusa o débil o acotada
menospreciada y admirable,
de pronto deberíamos prescindir
de los dones de la salud
y que indefensos y desamparados,
a la deriva y a merced
de una devastadora
enfermedad desconocida,
nos doblegaríamos
al miedo y a la pesadumbre?

Vejados, vulnerados,
confundidos como alguien

que ha sido detenido
sin veredicto ni dictamen,
encarcelado y obligado
a dejar, insidiosamente,
su modo de vida y sus derechos
y en adelante deberá
obedecer una disposición
veleidosa e improcedente
sin mediación alguna ni defensa?
Derogados nuestros derechos,
anulados los medios
para el acuerdo y el entendimiento,
con la cordialidad y la amistad
quebrantadas, amordazados,
confundidos y desasosegados,
dudando de todo, escondidos,
deshonrosamente parapetados
detrás de una pared
de desconfianza o indiferencia,
deprimidos, dispersos, doblegados
por la malignidad
de un adversario intimidante
que ha vulnerado nuestras vidas,
¿podremos durar de este modo?

¿Dejaremos que el miedo,
la incertidumbre y la desolación
dirijan nuestras vidas?

Escuchando una melodía
sorda y difícil, sin
medida ni continuidad,
desmesuradamente
dañina y discordante.

Duele el dolor, duelen la endemoniada
dispersión y el miedo y la distancia.
¿Podremos durar de este modo,
perdidos en la pérdida,
el depuesto deseo deshaciéndose?
La muerte no diluida y desafiante

dilata sus dominios
desmesuradamente disruptivos.
Todo es ya diferencia y desánimo.

¿La dimensión de la derrota?
La inquietud, la ansiedad
y el miedo nos han humillado.

Demasiados días difíciles.

Languideciendo de este modo odioso,
confinados, distantes,
ansiando la calidez de la vida
ordinaria, ordenada y compartida,
la dicha del deseo y la proximidad,
¿andaremos dando rodeos
durante muchos días,
perdido el derrotero,
sin un designio definido,
absurdamente descompuestos,
disgregados como desechos
o como aquel que deambula
desorientado, ensombrecido,
difuso en los dominios
de alguna aterradora pesadilla?

Algún día se hará evidente
la dimensión del deterioro
la ubicuidad de la intimidación,
la advertencia déspota
como una maldición
de un mal encarnizado,
difuso y destructivo.
El orden se derrumba.
O nosotros nos derrumbamos.

¿Podremos derrotar al desconsuelo,
detendremos la pesadumbre
y el poderío del padecimiento,
desmantelando a la desdicha
de su dañina duración,
cuando la salud, redimida,

no desfallezca ya
y al fin digamos: nada
quedó de la pandemia?

¿O habremos de quedarnos
distanciados, dolidos
como alguien que antes de decir
definitivamente adiós
se detiene y demora,
dudando, y da unos pasos
y después retrocede
y no se decide, y dirige
una mirada distraída
a la indefinida distancia
como si deseara acceder
ya sin intermediarios
al dolor de los días venideros,
y saluda con un ademán
desconsolado, despidiéndose?

¿Podremos durar de este modo?

CONTRAPUNTO

OIGO el mar, toda la noche oigo el mar.
Mis nietos se deslizan en la nieve.
El rumor incesante de las olas.
Empezó a nevar desde temprano.
Mece el viento las ágiles palmeras.
Todavía caen algunos copos.
Los estridentes gritos de los pájaros.
El termómetro marca menos cinco.
La tenue luna bruñe el agua oscura.
Vuelan los copos en el aire gélido.
Los cangrejos pasean por la playa.
Los niños lanzan un obús de hielo.
Va la espuma rodando hasta la orilla.
Oigo sus risas en el parque blanco.
Aquí es de noche, *allá ya es mediodía.*

Mañana nevará sobre el océano
de mi despierto y roto corazón.

ÁRBOL EN LLAMAS

ENCENDIMOS un fuego en la montaña,
una hoguera votiva con el árbol
seco de la pasada Navidad.
Lo pusimos de pie al centro del fuego,
lo prendimos, lo dejamos arder.
Se levantó una enorme llamarada.
Nos tomamos entonces de las manos
y bailamos en torno, y le pedimos
al fuego arrebatado que se lleve
el mal año del virus y su sombra;
que cohiba al Covid, que lo destierre
atado, atenazado, postergado,
que desbarate su corona horrenda,
que se aleje de ti, de mí, de todos,
y que igual que las brasas que se inflaman,
se elevan y se pierden en el aire,
que se vaya y se extinga y que no vuelva.
Que se retraiga y que desaparezca...
Aunque el árbol ardió hasta consumirse
no sabemos si nuestra ingenua magia
ayude a producir algún efecto,
pero ese acto, tan simple, nos llenó
de una confiada y plácida alegría.

CONJURO

DE JOVEN muchas veces
escuché esa obra melancólica
y sombría que son las *Kindertotenlieder*
de Mahler.

Durante años
las oí, conmovido
por su intenso lirismo,
aún sin saber qué expresaban.

Más tarde conocí la historia trágica
de estas canciones y tuve hijos
y sentí miedo y una especie
de horror supersticioso
a la atmósfera fúnebre
que rodeó a aquellas *lieder*,
y no volví a oírlas.

Ahora, inadvertidamente,
muchos años después
las escucho en la radio.
Me siguen conmoviendo igual que entonces,
pero no dejan de alarmarme...

El arte

de ser abuelo implica,
pienso, también en cierto modo
ser capaz de atajar toda acechanza
que amenace a los nietos.

Si los hijos

estuvieron expuestos,
elijo pensar que los nietos no.
Una especie de salto
generacional los protege,
no nada más de algún peligro
real o imaginario,
sino también de la zozobra
y los temores que generan
amuletos y cábalas.

E intento convencerme
de que el destino infausto
de aquellos niños muertos
que Rückert, el poeta,
y el mismo Mahler padecieron,
nada tiene que ver con mi entorno y los míos.

Si me decido a oír nuevamente esta obra
a pesar del rechazo que incubé tantos años,
es porque el fértil tiempo
y el abolengo me conceden

la esperanza y los medios
de exorcizar el miedo y la amenaza
potencial o ilusoria
de esas canciones tristes.

Y las conjuro aquí,
escribiendo estas líneas
a manera de antídoto
para que no me inquiete más
su gravitación trágica.
¿Podré reconciliarme
con su amarga belleza?

INTERLUDIO: BAGATELAS

LA SOMBRA de una esbelta
palmera en la piscina:
un oscuro crustáceo
sumergido en el fondo.

*

Al alba, las gaviotas
dejaron estampadas
las huellas de sus patas en la arena:
largas filas de pájaros en vuelo.
El zarpazo de una ola borra todo.

*

Una garza impasible se desliza
sobre el agua delgada de la orilla
que el sol de la mañana
ha vuelto deslumbrante.

*

Desde el inescrutable pleistoceno
sin mirarme me mira
esa iguana crestada.

*

De pie ante el mar cambiante
la joven se rocía
con protector solar;
emerge al fin, blanquísima,
en medio de una nube
de vapor *water proof*.

*

Coronadas de espuma
altas olas brillantes
como metal bruñido
se desplazan rodando
a lo largo de la playa sin nadie.
Estruendo y bruma y reverberación.

*

Al son que les toca el viento se arrullan
esta tarde las gráciles palmeras.

IMPROMPTU

A MEDIODÍA me acerco
a la espléndida, diáfana
piscina del hotel.
Risas, cantos de pájaros.

Camino distraído
bajo el sol deslumbrante
y de pronto me topo
con un ruidoso grupo

de graciosas muchachas
—¿son apsaras, huríes?—,
todas con cubrebocas
y en mínimos bikinis.

¡Oh el reflejo del sol
en la piscina azul!
¡Oh la luz destellando
en sus prístinos cuerpos!

Preso de esta visión
mágica, me sorprendo
frotándome los ojos:
¿Así es el paraíso?

Un chapuzón de pronto
me saca de mi ensueño:
las apsaras retozan
en las aguas celestes.

BOCETO

LAS ALTAS y delgadas y flexibles
palmeras en la noche, estremecidas
por la brisa del mar, balanceando
sus largas hojas, lánguidas y airosas,
que un reflector a ras de tierra alumbra
contra el profundo cielo azul cobalto
tachonado de estrellas de esta noche
de marzo, como hermosas bailarinas
egipcias en los muros decorados
de un templo, que cantan y se inclinan
y menean los brazos, cimbreados
al son sutil de sistros y de flautas,
fijas allá en la piedra dibujada,
inmóviles aquí, pero danzando,
altas, trémulas palmas cocoteras,
magníficas, mecidas por el claro,
ligero y susurrante viento rápido.

SCHERZO

DE PUNTITAS entró la primavera.
Te despertó:

encendió
un instante la luz.
Era la madrugada.
Se instaló en el jardín.

Los pájaros
rápidamente la reconocieron.
Todavía estaba oscuro
cuando empezaron a cantar,
despacito al principio,
después un coro a varias voces.
¡Bienvenida!, parecían trinar.
Era la madrugada.
No volviste a dormir.

CASI UNA FANTASÍA

PASÓ un águila sobre mi cabeza.
Con las alas abiertas
planeaba en el viento.
Yo levanté las manos,
las agité y le grité,
saludándola.
El águila gritó
también, agitando las alas
como si respondiera a mi saludo,
y se perdió en la altura.

ANDANTE

TE OIGO salir poco a poco del sueño.
Tu honda respiración acompasada
se vuelve irregular.
Suspiras, gimes,
balbuceas frases incomprensibles.
¿De dónde vienes?
¿Qué cosas veías,
qué imágenes te inquietan?
Lentamente te das la vuelta, toses,
y al fin abres los ojos:

“¡Buenos días!”,
dices desperezándote...

Volvemos
otra vez a estar juntos
de este lado del mundo.
Pero nunca sabremos quiénes somos,
qué queremos, de qué sentimos miedo
cuando andamos en las borrosas,
movedizas tierras del sueño.

DUENDES ENTRE LOS LIBROS

UN PAR de duendes de ojos vivaces
me miran desde los anaqueles
de mi biblioteca.
Aparecen frente a los libros,
saltan, corren, cuchichean
sin hacer ruido casi.

Uno se asoma, misterioso,
entre el María Moliner y el Corominas;
trae una larga bufanda verde
enrollada al cuello
y unos pantalones largos, rojos.

Otro, más pequeño,
con una camiseta a rayas,
meciéndose en un columpio
sonríe frente a la poesía completa
de César Vallejo.

Aparecen entre los libros
en distintos lugares:
un parque, una piscina
bajo un sol radiante,
la banca de un jardín.

Están a punto de hablarme.
Cuando trato de dirigirme a ellos
sin embargo permanecen
en silencio, inmóviles.

Se diría que me ignoran
si no fuera porque no dejan
de mirarme, sonrientes.
El más grande ahora me observa
desde una fuente,
el chico juguetea con una pelota.
Yo no me canso de mirarlos.
Aunque no me hagan caso,
¿cómo podría desentenderme?
Verlos, como dijo Victor Hugo,
es volver a la aurora.

Disfruto enormemente contemplando
cada día las fotos de mis nietos.

PLEGARIA

EN LAS HELADAS regiones del este
resuenan insistentes,
aciagos tambores de guerra
mientras dos niños juegan en la nieve
ajenos al estrépito
de las maniobras militares.

Mientras
desprevenidos líderes mundiales
intentan contener las asechanzas
de un déspota agresivo
que puede a cualquier precio
desatar una guerra,
dos niños (son mis nietos)
juegan riendo en la nieve,
ajenos por completo a la amenaza
que se cierne sobre ellos
—y sobre otros niños y hombres y mujeres .
que viven en esas comarcas.

Y yo no sé a quien pedirle, a qué dios
inexistente, obtuso, cruel,
que aquello no suceda, que se eviten
por esta vez al menos
la codicia, la matanza, el atropello.

Que esos niños no conozcan jamás
el horror de una guerra...

5 de febrero de 2022.

IMPRECACIÓN

TRES semanas después
de mi ingenua plegaria,
el autócrata enloquecido
desató, ruin, la guerra
con su cauda de estragos
y su azogue mortífero.

Déspota despreciable, que se ahogue
en un charco de culpa,
y que lo atosigue el remordimiento.

Furiosamente se combate
entre el pánico y roncadas amenazas
en el día inmoral, en la noche sin noche.
Ver con el corazón sobrecogido
arder los edificios
dispersarse las bombas,
desplomarse los techos,
niños y mujeres huyendo
entre el polvo y las llamas,
largas filas de ansiosos refugiados.
Y el dolor que crece y el miedo.

Una escena entre todas de esta horrible sutura:
la determinación en la mirada
de ese niño de no más de siete años,
que dice ante la cámara
llorando pero firme, que su padre
quiso quedarse en Kiev para ayudar
con la comida de “sus héroes”,
y que quizá él también tendrá que combatir.
En un cielo sin nubes, bajo y gris,
rasgado por la luz de los misiles
en esta madrugada malparida
resuena el ulular de las sirenas.

Inconsolable, a oscuras,
cada hebra de cada cabello
se encrespa y forcejea
entre la cobardía del ultraje
y el estertor de las fuerzas disímiles.
Y se empozan coágulos de sombra
y no sabemos ya cuánto nos duelen.

Hace frío. ¿No se puede hacer nada?
Hoy se hermanan la rabia y la desolación
mientras a pesar nuestro atestiguamos
el horror de esta guerra aborrecible.
No quiero ya saber de tanto daño.
Y caen sombras en el alma.

3 de marzo de 2022.

TURBIÓN: ALLEGRO CON BRIO

VOY ESPERANDO que la lluvia acabe,
que termine su danza frenética en el techo,
que levante sus impúdicos velos
de Salomé lasciva,
que deje de traquetear como una poseída.

Bailadora fanática no ceja,
da vértigo, ensordece.
Bate con una furia recurrente
el tejado oprimido.
Enhebra con sevicia
sus grises muros de agua,
va arremetiendo contra el lodazal,
desfleca las tapias yedradas.

Y no quiere ceder en su bailongo.
Que le pare a su bulla,
que nos deje por fin salir.

Estas lluvias del trópico...
Pasará pronto.

Esu hubiera querido.

Índice

TEATRO DE SOMBRAS (1981)

Poema del alba
Poema del fino amor

LIBRO DE HEXAEDROS (1982)

Hacia el principio
Abnegación
Alumbramiento
Veinte años
Confianza
Oposición
Beligerancia
Unidad
Gentileza
Tras la huella
Prosperidad
Detención
Solidaridad
Abundancia
Modestia
Entusiasmo
Adhesión
Corrupción
Proximidad
Contemplación
Determinación
Gracia
Separación
Vuelta
Inocencia
Acopio
Nutrición
Demasía
Sobre el agua
Como el fuego
Seducción
Seguimiento
Retirada
Sobre el poder

Progreso
Ocaso
Sobre la familia
Contradicción
Ocupación
Liberación
Decadencia
Ganancia
Resolución
Encuentro
Reunión
Exaltación
Opresión
El pozo
Revolución
El atanor
Como el trueno
Sangre fría
Auge
Viaje de bodas
Plenitud
El extranjero
El viento
La alegría
Dispersión
Moderación
Sinceridad
Minucia
Cumplimiento
La transición

DERIVA (1995)

1. Norte Deriva inaugural
2. Oeste Palinodia
3. Sur *The vision quest*
4. Este Deseo de Dios
5. *Frauengestalt*

FONDEADERO (2004)

Marina
Fondeadero

El nadador
Canto de sirenas
Pájaro cabalgando una ola
Ales Stenar (*Sixty non-rolling stones*)
Ales Stenar (*Segunda versión*)

CUENTA DE MIS MUERTOS (2006)

La estación más cruel
Elegía lejana
Elegía triste
Elegía sonámbula
Elegía trágica
Elegía nocturna
Elegía matutina

PROSA DEL POPOCATÉPETL (2006)

Las alas del volcán

Alumbramineto del volcán
Las alas del volcán
Variaciones del volcán (*El volcán y su sombra*)
Crónica

Piedras sueltas

La luna en la montaña
Luego de un aguacero
Mediodía
Volcán bajo la nieve
Mañana
Suite
Pastoral
Idilio
En el amanecer
Temporal
El glaciar
Crepúsculo (I)
Crepúsculo (II)
Exhalación
Un relámpago
Tras el rayo
El viento entre los riscos
Atardecer
El viento contra los grandes pinos

El viento en las alturas

Volcán erguido bajo la luna llena

Brocal en erupción

Desalojados

Instantánea

Nocturno

Eclipse

Volcán erguido bajo la luna llena

Estampa

Sobre el cráter

El jardín de los pájaros

El colibrí

El cardenal

El ceniztli

El gorrión

El zorzal

El carbonero

El pinzón

El clarín

La golondrina

El junco

El azulejo

La alondra

La paloma

El colorín

El mirlo

El ruiseñor

El viento entre las ramas

El pino

El oyamel

El saúz

El cedro

El encino

El madroño

El fresno

Otro pino

Cedro en el abismo

El ocote quemado

Un eucalipto

El ahuehuete

Bajo la sombra del volcán

Alba
Canción
Imagen virtual
Under the Volcano

SUBSTANCIA DE UNA SOMBRA (2011)

Mama you been on my mind
Mar de fondo
Todavía no cubierto de espinas
Ella tocaba el acordeón
¿Cómo una sombra en el rincón, padre?
Árbol de luces violeta (sombras del crepúsculo)
Un canto de sirenas
Sombra de otra luz
Ojos de sosiego ajenos
En la luna de un espejo quebrado

EL HUEVO AZUL Y OTROS POEMAS (2013)

Diario de fatigas

Marea baja
Hacienda en ruinas
Casa de beneficencia
Retorno del 13 Baktún
De viaje
Revelación
Despunte
Convalecencia
En la playa
Fábula
Rescoldo

El huevo azul

Suite neoyorquina
El huevo azul

Sentado en una banca

Lectura de Modiano
Lengua del alma
Sentado en una banca

ENTRAR EN UN INCENDIO (2014)

Hoy podría cantarte una canción
Mejor no vengas hoy

¿Qué quedará de mí?
Quisiera que intentaras
Tu amor canceló mi libertad
Quisiera que fueras desdichada
¿Sabes lo que es amar?
El aire que respiro
Nunca podré saber
Quiero dejarlo todo
Detesto todo lo que te rodea
Quiero que mi epitafio

MÚSICA QUE CUENTA EL TIEMPO (2016)

Campo magnético

Ojos que amo mirar
Punta seca
Ruta maya
Fosfeno
Tropismo
Me siento arder, y sigo
Campo magnético
Vénus endormie
Life Story

Elogio de la forma

Maestros del canto
Aparición
Hotel Central
Contranoche
Que nada cambie nunca
Sobre el viento armado
He mirado hacia atrás
La vida no escatima
Since there's no help

No soy mi vida

Muchacha viendo pájaros/1
Muchacha viendo pájaros/2
Revelación
Al descender a la tumba de Pakal
Ante la “Puerta Azul”
La metamorfosis de los dioses

De la amistad
Tras una lectura de San Agustín
No soy mi vida

Música que cuenta el tiempo

El sueño de la vida
La rueda del mundo
No concluye el pasado
Sonríe y aparta el rostro
Niebla antes del alba
Música que cuenta el tiempo
Tanto se calla
Todo nos dejará
Canto que se diluye (No he querido saber)

CONTRAPUNTO (2020-2022)

El corazón del fuego

Lluvia nocturna
Reverso
Irreversible
El corazón del fuego
Teodicea
Como el viento quer sopla en otra dirección

Contrapunto

Aforismos
Adagio in D major
(*Los demonios de la pandemia*)
Contrapunto
Árbol en llamas
Conjuro
Interludio: bagatelas
Impromptu
Boceto
Scherzo
Casi una fantasía
Andante
Duendes entre los libros
Plegaria
Imprecación
Turbión: allegro con brio

